



COLEGIO DE POSGRADUADOS

INSTITUCIÓN DE ENSEÑANZA E INVESTIGACIÓN EN CIENCIAS AGRÍCOLAS

CAMPUS MONTECILLO

POSTGRADO EN SOCIOECONOMÍA, ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA

DESARROLLO RURAL

**FUNCIÓN SOCIOCULTURAL DE LA INSTITUCIÓN
ASILAR ADELA MARTÍNEZ, ZONA RURAL DEL MEDIO
Y ALTO BALSAS, GUERRERO**

EVARISTO ARCOS MIRANDA

T E S I S

PRESENTADA COMO REQUISITO PARCIAL

PARA OBTENER EL GRADO DE:

DOCTOR EN CIENCIAS

MONTECILLO, TEXCOCO, ESTADO DE MÉXICO

2019

CARTA DE CONSENTIMIENTO DE USO DE LOS DERECHOS DE AUTOR Y DE LAS REGALIAS COMERCIALES DE PRODUCTOS DE INVESTIGACION

En adición al beneficio ético, moral y académico que he obtenido durante mis estudios en el Colegio de Postgraduados, el que suscribe Evaristo Arcos Miranda, Alumno (a) de esta Institución, estoy de acuerdo en ser partícipe de las regalías económicas y/o académicas, de procedencia nacional e internacional, que se deriven del trabajo de investigación que realicé en esta institución, bajo la dirección del Profesor Dra. Mercedes Aurelia Jiménez Velázquez, por lo que otorgo los derechos de autor de mi tesis Función sociocultural de la institución asilar Adela Martínez. Zona rural del Medio y Alto Balsas, Guerrero,

y de los productos de dicha investigación al Colegio de Postgraduados. Las patentes y secretos industriales que se puedan derivar serán registrados a nombre del colegio de Postgraduados y las regalías económicas que se deriven serán distribuidas entre la Institución, El Consejero o Director de Tesis y el que suscribe, de acuerdo a las negociaciones entre las tres partes, por ello me comprometo a no realizar ninguna acción que dañe el proceso de explotación comercial de dichos productos a favor de esta Institución.

Montecillo, Mpio. de Texcoco, Edo. de México, a 3 de OCTUBRE de 2019



Firma del
Alumno (a)



Dra. Mercedes Aurelia Jiménez Velázquez

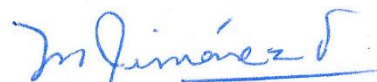
Vo. Bo. del Consejero o Director de Tesis

La presente tesis titulada: **Función sociocultural de la institución asilar Adela Martínez. Zona rural del Medio y Alto Balsas, Guerrero**, realizada por el alumno **Evaristo Arcos Miranda**, bajo la dirección del Consejo Particular indicado, ha sido aprobada por el mismo y aceptada como requisito parcial para obtener el grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS
SOCIOECONOMÍA ESTADÍSTICA E INFORMÁTICA
DESARROLLO RURAL

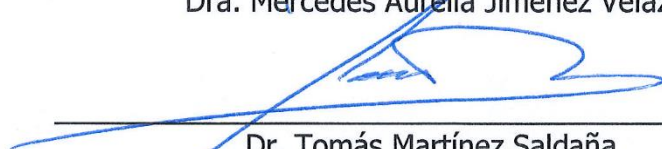
CONSEJO PARTICULAR

CONSEJERA



Dra. Mercedes Aurelia Jiménez Velázquez

ASESOR



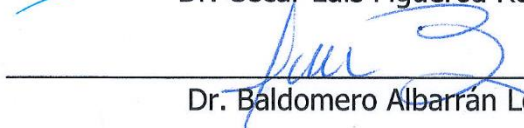
Dr. Tomás Martínez Saldaña

ASESOR



Dr. Oscar Luis Figueroa Rodríguez

ASESOR



Dr. Baldomero Albarrán López

Montecillo, Texcoco, Estado de México, Octubre 2019

FUNCIÓN SOCIOCULTURAL DE LA INSTITUCIÓN ASILAR ADELA MARTÍNEZ, ZONA RURAL DEL MEDIO Y ALTO BALSAS, GUERRERO.

Evaristo Arcos Miranda, D. en C.

Colegio de Postgraduados, 2019

RESUMEN

Se analiza la función sociocultural del asilo de ancianos rural Adela Martínez y la manera en cómo se desarrolla el proceso de envejecimiento en su interior. La forma que cobra el envejecimiento institucionalizado, marcado por el asilamiento, la invisibilidad y la muerte social de los envejecidos rurales guerrerenses, se aborda desde un enfoque cualitativo de investigación que priorizó la interacción directa con el sector envejecido asilado con el fin de conocer sus condiciones de vida, la forma en que visualizan su institucionalización y la función sociocultural que el asilo Adela Martínez desempeña en el medio rural del Medio y Alto Balsas, Guerrero, estado que al igual que otras entidades federativas, presenta un alto porcentaje de población envejecida. Se profundiza asimismo en los motivos y causas que inducen el internamiento de los ancianos y cómo el asilamiento termina por anular la presencia social, cultural, económica, política e histórica de los envejecidos. En un marco de envejecimiento demográfico inexorable, en esta investigación se destaca la importancia de modificar el funcionamiento sociocultural de las instituciones asilares, como espacios que promuevan la participación de los ancianos en los terrenos públicos, donde estos puedan continuar formando parte de la vida sociocultural y la toma de decisiones, situación que permitiría a los ancianos envejecer positivamente y a los establecimientos asilares posicionarse como espacios con preponderancia en la realidad sociocultural.

Palabras clave: asilo, envejecimiento, cultura y sociedad.

**SOCIAL-CULTURAL FUNCTION OF THE ASYLUM INSTITUTION ADELA
MARTÍNEZ, RURAL ZONE OF THE MEDIUM ANH HIGH BALSAS, GUERRERO.**

Evaristo Arcos Miranda, D. en C.

Colegio de Postgraduados, 2019

ABSTRACT

The social-cultural function is analyzed in the Adela Martinez retirement home and the way aging process progress inside it's walls. The way that institutionalized aging, mark by the retirement home, the invisibility and the social death of the old people of rural Guerrero, the investigation is address with a qualitative focus that prioritized the direct interaction with the aging sector that have been put on retirement homes in order to understand their living conditions, the way they visualized their institutionalization and the social function of the Adela Martinez retirement hall in the rural environment of the Medium and High Balsas, Guerrero, state that as other federal entities, has a high percentage of old people. The motives and causes were deepened that induced the interment of the old people and how the isolation end the social, cultural, economic, political and historical presence for the old people. In a framework of inexorable demographic aging, this research highlights the importance of modifying the socio-cultural functioning of the asylum institutions, as spaces they promote the participation of aging people in public spaces, where they can be a part of socio-cultural life and make decisions, situation that gives old people positive aging and the retirement homes position it selves as spaces with preponderance on the socio-cultural reality.

Key words: retirement hall, aging, culture and society.

DEDICATORIA

Para Adela, astillero de mi corazón.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Colegio de Posgraduados por apoyarme teórica y metodológicamente para realizar esta investigación.

A los ancianos que me brindaron su confianza y amistad, que hicieron posible la realización de esta investigación, pero sobre todo por otorgarme la oportunidad de conocerlos.

Al asilo de ancianos Adela Martínez, noble institución que me abrió sus puertas, y la oportunidad de trabajar en sus instalaciones, conocer a los internos y las ecuánimes personas que en él laboran.

A todo mi consejo:

Dra. Mercedes Aurelia Jiménez Velázquez, gracias por apoyarme y guiarme en esta aventura que en un principio se dibujaba descabellada, gracias por guiarme cual Virgilio a Dante.

Dr. Tomás Martínez Saldaña, agradezco sus consejos teóricos, y sobre todo por el conocimiento transmitido, así como su contribución a mi lenguaje.

Dr. Oscar Luis Figueroa Rodríguez, gracias por permitirme explorar nuevas temáticas y por sus consejos.

Dr. Baldomero Albarrán López, gracias por el seguimiento, y por todas aquellas molestias que esta aventura académica pudo ocasionarle.

De igual manera agradezco a todo el personal administrativo del Colegio de Posgraduados, que me apoyó en todo momento con responsabilidad y respeto.

CONTENIDO

RESUMEN	iv
ABSTRACT	v
LISTA DE CUADROS.....	x
LISTA DE FIGURAS.....	xi
INTRODUCCIÓN	1
CAPÍTULO I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	6
Interrogantes que orientarán el trabajo de investigación	8
Objetivos.....	8
Objetivos generales.....	8
Hipótesis de trabajo.....	9
Justificación	9
Metodología: una etnografía fenomenológica.....	11
CAPÍTULO II. MARCO TEÓRICO PARA ENTENDER LOS ASILOS DE ANCIANOS	16
Espacio sociocultural de los asilos de ancianos.....	16
Disciplina, reglamentación e identidad de los viejos internados	24
La ruptura del asilo: sujetos, objetos, espacios	31
Teorías y modelos sociales de envejecimiento	39
<i>Teoría de la actividad</i>	39
<i>Teoría de la continuidad</i>	41
<i>Teoría del apego</i>	41
<i>Teoría del medio social</i>	43
<i>Teoría de la modernidad</i>	45
<i>Teoría del retraimiento</i>	46
<i>Teoría de la desvinculación</i>	47
<i>Teoría de los roles</i>	48
<i>Modelo teórico de los ancianos como subcultura</i>	49
<i>Modelo teórico de los ancianos como grupo minoritario.</i>	51
CAPÍTULO III. LA MIGRACIÓN... CAUSA DE ASILAMIENTO	52

CAPÍTULO IV. CARACTERIZACIÓN DEL ASILO ADELA MARTÍNEZ: ESPACIO, TIEMPO Y ACTIVIDAD.....	66
Asilo Adela Martínez: la etnografía	66
El edificio principal.....	67
<i>Las habitaciones.....</i>	67
<i>Los sanitarios y las regaderas</i>	68
<i>El comedor y el área de televisión</i>	69
Trabajo de campo	75
CAPÍTULO V. MOTIVOS DE ASILAMIENTO	82
CAPÍTULO VI. EL INTERNAMIENTO: RUPTURAS Y DESVINCULACIONES.....	100
CAPÍTULO VII. EL AFUERA Y EL ADENTRO: MUERTE SOCIAL DEL ASILADO .	116
CAPÍTULO VIII. EL ASILO ADELA MARTÍNEZ Y LAS FORMAS DEL OLVIDO.....	132
Una caracterización del olvido positivo.....	134
Las formas del olvido: retorno, suspenso y reinicio	139
CAPÍTULO IX. UNA ETNOGRAFÍA: OPINIÓN DE LOS ANCIANOS ASILADOS ACERCA DEL ASILAMIENTO	150
CONCLUSIONES	168
BIBLIOGRAFÍA	174

LISTA DE CUADROS

Cuadro 1. Actividades de observación de octubre.....	77
Cuadro 2. Actividades de observación de noviembre.....	78
Cuadro 3. Actividades de observación de enero.....	78
Cuadro 4. Actividades de observación de febrero.....	79
Cuadro 5. Actividades de observación de marzo.....	79
Cuadro 6. Actividades de observación de abril.....	80
Cuadro 7. Actividades de observación de mayo.....	80
Cuadro 8. Actividades de observación de junio.....	81

LISTA DE FIGURAS

Figura 1. Plan de trabajo para la investigación-acción.....	71
--	-----------

INTRODUCCIÓN

Cuando una persona sabia y de edad muere, desaparece una biblioteca entera.

Marc Augé

La presente investigación expone un análisis de la función sociocultural que cumple la institución asilar “Adela Martínez” y las repercusiones que el asilamiento tiene en los sujetos envejecidos que envejecen al interior de esta institución, localizada en el medio rural de la Cuenca del Balsas en la región Norte del estado de Guerrero, con la finalidad conocer cómo se desarrolla el proceso de envejecimiento al interior de un asilo de ancianos ubicado en el medio rural, así como el papel sociocultural que esta institución desempeña en la localidad en que se encuentra, partiendo del principio de que “toda institución es reflejo de la sociedad que la ha alumbrado” (Barenys, 1992, p. 5).

El estudio del asilo de ancianos “Adela Martínez” permite comprender las dinámicas socioculturales emergentes en el medio rural, contexto históricamente marcado por la pobreza, marginación y exclusión (García, 2006), mismo en el que no pocos estudiosos sociales han centrado su atención y mostrado con amplitud las implicaciones que vivir en este medio conlleva, sin embargo, de la misma manera en que han explicado las contrariedades que demarcan y definen el medio rural, también han exaltado sus rasgos positivos como contexto cultural, donde las costumbres y tradiciones del ataño se conservan hasta nuestros días.

Bartra expresó en 2003 que, los habitantes de la ruralidad lejos de cosechar alimentos, y cultivar la tierra, “cosechan la inagotable muchedumbre de usos y costumbres”(Bartra, 2003, p. 34), que nos definen como mexicanos. Warman por su parte, asume que la ruralidad es la base del funcionamiento nacional y el punto en donde la cultura encuentra continuidad, por medio de la articulación de las tradiciones y costumbres que dotan de identidad al pueblo (Warman, 2001).

Empero, esta imagen de la ruralidad que la considera epicentro cultural, en el que la cultura, las tradiciones y las costumbres perduran, se mantienen y se proyectan al futuro, empieza a ser modificada por las nuevas problemáticas que enfrenta, entre las que destaca el “envejecimiento demográfico” (González, 2015), fenómeno poblacional que altera por completo la organización social y cultural de las sociedades en las que se presenta (Laforest, 1991), mismo que ha producido en el medio rural, transformaciones estructurales que lo acercan funcional y simbólicamente al medio urbano, al adoptar prácticas propias de este contexto: el asilo de ancianos. Este parecido no puede ser catalogado como positivo o negativo, sino analizado como una transformación estructural que atraviesa la ruralidad, y la obliga a adaptarse, tomar acciones respecto a las problemáticas que enfrenta. Las distancias simbólicas y socioculturales entre la ruralidad y la urbanidad en cuanto a acciones y actitudes colectivas, específicamente el trato a la vejez, se aproximan de manera visible, situación que deviene del hecho de que ambos contextos encaran el mismo problema, el envejecimiento demográfico, fenómeno que aqueja a ritmos distintos a todo el planeta (Perales y Ruiz, 2002).

El envejecimiento demográfico plantea cambios estructurales a nivel social, cultural, económico, político e histórico (García, 2006), razón que lo ha colocado como un problema público tanto para la mirada comunal como gubernamental, sin embargo, esta modificación demográfica producida por el aumento de la población longeva no encarna un problema novedoso, ni sorprendente, las previsiones de este fenómeno son conocidas décadas antes del inicio de este siglo, no obstante que las medidas tomadas respecto a su presencia sean casi inexistentes (Ham, 2003).

Este incremento de la sociedad envejecida, aparte de alterar el rumbo económico de México modifica la percepción sociocultural sobre los viejos, situación de la que han derivado prácticas colectivas perniciosas sobre este grupo: discriminación, aislamiento. De la Serna apunta que el papel sociocultural de los sujetos de edad avanzada se caracteriza por ser pendular, su estatus y lugar social dependen de la cantidad que sean (De la Serna, 2003), sentencia que Marc Augé (2016) retoma en *El*

tiempo sin edad, al afirmar que al incrementar la densidad de viejos la vejez pierde su carácter excepcional, posicionándose como un estigma social para los sujetos que la cursan, estigma que Cicerón describió mediante el caso de Ennio, hombre que envejeció tanto que tenía que cargar dos cargas “la pobreza y la vejez” (Cicerón, 2008, p. 50).

En la actualidad, el caso de Ennio no se encuentra alejado de la realidad que viven los envejecidos del presente, la población de viejos en nuestros días es una de las menos adineradas (Warner y Willis, 2003), es vulnerable, y enfrenta uno de los momentos más críticos que la vejez ha experimentado: la modificación de la visión sociocultural que impera sobre ella. Los tiempos en que los viejos eran apreciados y valorados por su experiencia y sabiduría se han quedado atrás, rezagados en el pasado, actualmente se encuentran desprovistos de este sitio social.

Estas modificaciones sociales en cuanto al trato a la vejez han permeado de igual manera las estructuras familiares, constantemente los viejos son maltratados por sus propios consanguíneos, si a esto se le suma que en la actualidad las familias extensas son menos abundantes que en épocas anteriores, los viejos cuentan con menos alternativas y opciones de apoyo, volviendo a esta etapa de la vida una de las más complicadas para el sujeto.

Este panorama, que no es propio de ningún lugar, sino de todos los contextos del planeta, como lo muestran los datos estadísticos, las instituciones asilares se posicionan como una alternativa de vida para los sujetos que han alcanzado edades avanzadas, mismas que como resultado del sostenido aumento de la población envejecida y los cambios socioculturales respecto al trato a la vejez, se vuelven cada vez necesarias y pertinentes para afrontar las necesidades que la sociedad demanda. La cultura del asilamiento es nítida en nuestros días, y se encuentra cargada de estigmatizaciones negativas; la familia que institucionaliza es censurada socialmente como ingrata, el viejo institucionalizado es contemplado como desafortunado, empero la cultura del asilamiento, aunque a paso lento va avanzando de manera visible.

Dicha cultura de asilamiento surge en México en los contextos urbanos, siendo este medio el primero en crear este tipo de instituciones a inicios del siglo pasado, para brindar apoyo y cobijo a los viejos en situación desventurada, como lo deja entrever Quintanar Olguín en sus investigaciones sobre esta temática (Maroto y Cáceres, 2014), no obstante, como corolario del alarmante aumento de la población envejecida a nivel global y los cambios socioculturales vinculados al trato de la vejez, los ámbitos rurales también han adoptado este tipo de prácticas socioculturales. El asilo de ancianos “Adela Martínez” es una muestra clara de ello.

De tal modo, las instituciones asilares han dejado ser propias de las grandes urbes, contextos históricamente marcados por la modernidad y la rapidez de la época, contradiciendo así los postulados teóricos que afirman “que la posición social de los ancianos es inversamente proporcional al grado de industrialización” (Maroto y Cáceres, 2014, p. 11), de la sociedad en que se encuentran, dado que el medio rural ha tomado las mismas medidas que el urbano para hacer frente a las problemáticas que lo aquejan: el aumento de la población envejecida.

La investigación de la institución asilar “Adela Martínez”, localizada en el medio rural de la zona norte del estado de Guerrero, permite entender las múltiples formas en que puede desarrollarse el proceso de envejecimiento humano, y analizar la función sociocultural que los establecimientos asilares cumplen no solo en este medio, sino a nivel nacional, así como las repercusiones que el asilamiento atañe a los viejos que lo experimentan. Conocer de manera profunda el papel que esta institución desempeña, es una de las claves para comprender el lugar sociocultural que poseen los viejos en el presente, momento histórico en que su figura se encuentra distante de lo que fue en el pasado: veteranos de la vida, fuente de consejos y sabiduría.

El “Adela Martínez” es analizado a través de los postulados de Erving Goffman y Michel Foucault, con los que se desglosan las repercusiones que el asilamiento(encierro) (Foucault, 2009) inflige a los viejos y la forma en cómo el asilamiento delinea en gran medida el lugar sociocultural y la calidad de vida de los sujetos institucionalizados, analizando de manera paralela las características que

estructuran a esta institución asilar como institución total, categoría institucional que revela que los asilos de ancianos son espacios diseñados para el asilamiento y reclusión de los viejos (García, 2006). Profundizar en la función sociocultural que este establecimiento desempeña a nivel local, contribuirá a interpretar el lugar sociocultural que los viejos ocupan en la actualidad, y generar propuestas para mejorar la calidad de vida de este segmento poblacional, especialmente el que envejece al interior de estas instituciones: los asilos de ancianos.

CAPÍTULO I. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

El envejecimiento poblacional se presenta en la actualidad como un tema central a nivel nacional. El incremento sostenido de la población mayor a sesenta y cinco años encarna una problemática que ha obligado a la sociedad y al Estado a volver la mirada hacia este fenómeno. En el presente, el porcentaje alcanzado por este sector corresponde al 10.4% del total de la población en México (2015) proporción nunca antes alcanzada por este grupo en la historia demográfica del país (González, 2015).

El envejecimiento demográfico se posiciona como una de las problemáticas que más atención demanda en la época contemporánea, siendo que este fenómeno altera por completo el funcionamiento social, cultural, económico, político e histórico de la nación, considerando que dicho envejecimiento poblacional se perfila en el siglo XXI a empatarse con el porcentaje compuesto por la población joven. Se habla entonces de un momento histórico, en el que la población joven y la población envejecida a mediano plazo lograrán cifras equivalentes (Perales y Ruiz, 2002), situación que obliga a reflexionar sobre el destino de los viejos, quienes representan una de las poblaciones más vulnerables de la sociedad.

Este inédito e inminente escenario «una sociedad envejecida», tiene orígenes diversos como el sustancial desarrollo del área médica, expresado en avances sanitarios sobre el control epidemiológico en forma básica (Marmolejo, 2008). El aumento en la esperanza de vida y la disminución de los índices de natalidad, que constriñó asimismo los porcentajes de la sociedad joven, motivo por el que ese décimo de la población conformado por los sujetos de edad avanzada debe llamar la atención de manera urgente, al evidenciar una de las problemáticas que en los decenios próximos repercutirá de manera directa en las esferas que estructuran la sociedad: el envejecimiento demográfico.

Se prevé que en el año 2050, el porcentaje de viejos ascenderá al 21.5%, porcentaje semejante a la que conformará la población menor a 15 años en la misma década (20.7%) (González, 2015, p. 113). Este nivelamiento porcentual entre grupos,

invita a la reflexión del fenómeno demográfico y sobre las problemáticas que le acompañan, sobre todo cuando los sujetos envejecidos enfrentan la vejez bajo condiciones precarias, de pobreza y pobreza extrema, y en un contexto sociocultural no preparado para hacer frente al aumento sostenido de sujetos de edad avanzada como ocurre en el medio rural del estado de Guerrero, que, junto con la Ciudad de México, es una de las entidades con mayor índice de población envejecida, como se ha expresado, junto con un bloque de estados se perfila para envejecer de manera más acelerada (González, 2015, p. 113). Jalisco, Puebla, Guanajuato y Oaxaca, son las entidades con porcentajes más altos de población envejecida. Si a este escenario, se agrega que Guerrero junto con Chiapas y Oaxaca es uno de los estados con los índices más elevados de pobreza y población envejecida, el estudio del envejecimiento en esta entidad federativa se vuelve de suma importancia, específicamente en el medio rural de su zona norte, subregión Alto Balsas, contexto históricamente marcado por la pobreza y la marginación.

Bajo este panorama de envejecimiento y pobreza que el estado de Guerrero presenta, el estudio de la vejez en esta entidad se vuelve de suma importancia, considerando que ante su elevado porcentaje de población envejecida solo existe una institución asilar diseñada para el cuidado y atención de la sociedad mayor en todo el medio rural de la zona norte, subregión Alto Balsas: el asilo de ancianos Adela Martínez, institución que cuenta con capacidad para atender 22 personas envejecidas, capacidad verdaderamente insuficiente en relación al porcentaje de viejos en la entidad (9.6%), (González, 2015, p. 113).

La gran mayoría de los envejecidos guerrerenses no cuenta con los recursos sociales y materiales necesarios para cubrir sus necesidades fundamentales en este periodo vital, hecho que los condena con frecuencia a cursar esta última etapa de la vida en condiciones de existencia deplorables, bajo los estigmas del olvido social, relegados al “espacio de la no-significancia, de la improductividad económica, de la carga social, del desprecio cultural y familiar” (García, 2006, p. 24). Analizar el papel sociocultural que el establecimiento asilar Adela Martínez cumple en este contexto es

fundamental para comprender el sitio sociocultural que los viejos ocupan en el presente.

La investigación del asilo Adela Martínez muestra la poca preparación del Estado y la sociedad para encarar el problema que el envejecimiento demográfico plantea, y al mismo tiempo permite analizar la forma en cómo se desarrolla el proceso de envejecimiento al interior de las instituciones asilares, instituciones totales (Goffman, 2001), que terminan por repercutir en el bienestar social y emocional de los sujetos envejecidos que lo habitan, al colocarlos fuera de la sociedad, alejados de sus referentes identitarios, relacionales e históricos (Augé, 1992). Por tanto, el estudio del asilo de ancianos en cuestión es fundamental para comprender lo que significa envejecer en la ruralidad guerrerense.

Interrogantes que orientarán el trabajo de investigación

- ¿Qué función sociocultural desempeñan las instituciones asilares dentro de la sociedad, considerando el sostenido aumento de población envejecida en la época contemporánea?
- ¿De qué manera se desarrolla el proceso de envejecimiento al interior de los establecimientos asilares, considerando el espacio de exclusión social que significan para los viejos institucionalizados?
- ¿Qué padecimientos socioculturales son los que más repercuten en el bienestar de los viejos internados en los asilos de ancianos, y de qué manera éstos impiden el surgimiento de un envejecimiento óptimo?

Objetivos

Objetivos generales

- Analizar la función sociocultural de la institución asilar Adela Martínez dentro del medio rural de la zona norte del estado de Guerrero, como espacio destinado al cuidado y atención de los sujetos envejecidos, considerando que el encierro propio

de estas instituciones termina por anular la presencia social, cultural, económica, política e histórica de las personas internadas.

- Investigar las afectaciones que el asilamiento produce en los individuos envejecidos que lo experimentan, cuando este priva a los viejos de continuar siendo parte de la vida pública, la toma de decisiones y de continuar desarrollándose socioculturalmente.

Objetivos específicos

- Estudiar el funcionamiento interno de la institución asilar Adela Martínez, como espacio destinado al cuidado y atención de los sujetos de edad avanzada, como alternativa de vida para los sujetos que envejecen en el medio rural.
- Mostrar cómo las instituciones asilares representan espacios de confinamiento y anonimato sociocultural para los sujetos envejecidos que lo habitan, situación que termina por truncar su acceso al envejecimiento positivo.

Hipótesis de trabajo

- Los asilos de ancianos representan en la época contemporánea instituciones cerradas que terminan por anular la presencia social, cultural, económica, política e histórica de los sujetos envejecidos institucionalizados, al negarles oportunidades de crecimiento y desarrollo dentro de la vida pública y la comunidad.
- Para la mayoría de los sujetos envejecidos internados dentro de una institución asilar, la vejez representa una etapa vital poco satisfactoria, situación que potencia la aparición de estadios anómicos que repercuten en su salud física y emocional, como resultado del espacio cerrado en que se localizan.

Justificación

El análisis del proceso de envejecimiento que se desarrolla al interior de las instituciones asilares, resulta fundamental para comprender que la vejez se encuentra alejada de poder ser comprendida meramente como una etapa vital demarcada por alteraciones cronológicas o corporales, que los sujetos experimentan al acceder a

edades avanzadas, sino como un periodo existencial que escapa a estas visiones deterministas, dado que el envejecimiento es un proceso polisémico demarcado por la sociedad y la cultura.

El proceso de envejecimiento no puede entenderse entonces, sino se considera el contexto social y cultural en el que los sujetos lo cursan, dado que son la sociedad y la cultura, los encargados de delinear la forma en la que sus miembros envejecidos hacen frente a esta última etapa de la vida. El envejecimiento es un proceso social y cultural, que escapa a las interpretaciones cronológicas, posicionándose como un fenómeno sociocultural que para ser desdoblado debe ser analizado a partir de las conductas sociales y comportamientos culturales que el contexto ejerce sobre los sujetos que han envejecido (García, 2006, p. 236).

Con esta premisa, el estudio profundo del proceso de envejecimiento que se desarrolla dentro del asilo de ancianos Adela Martínez, localizado en la zona rural del Alto Balsas, Guerrero, se posiciona como un punto referencial para interpretar cómo dicho proceso se desarrolla en los ámbitos rurales, como se ha señalado, representan los contextos más empobrecidos y marginados. El análisis de la función sociocultural del asilo Adela Martínez y el lugar sociocultural que ocupan los viejos institucionalizados en su interior, resultan enclaves esenciales para expandir el conocimiento acerca del proceso de envejecimiento humano y cómo este se presenta dentro de la ruralidad.

La investigación del asilo Adela Martínez representa en sí un fenómeno sociocultural novedoso, si bien los estudios sobre establecimientos asilares o en términos goffmeanos el estudio de instituciones totales destinadas al cuidado y atención de los ancianos, han incrementado en tiempos recientes (Barenys,1992). Estos se caracterizan por situarse en zonas urbanas, sean estas medianas o de dimensiones colosales como la Ciudad de México, Cuernavaca, Querétaro u otros, grandes centros urbanos del país, lo que convoca a realizar el estudio del asilo rural Adela Martínez, que al igual que las instituciones localizadas en la urbanidad, muestra una tendencia totalizante que termina por anular la presencia sociocultural de los

sujetos envejecidos que las residen, al colocarlos al margen de la consideración sociocultural, la vida pública y la toma de decisiones.

El establecimiento asilar Adela Martínez reproduce con su proceder dinámicas excluyentes, que condenan a los viejos al olvido y la desaparición social, mostrando un fenómeno sociocultural poco conocido en los contextos rurales, que había sido atribuido por la generalidad de los casos a los ámbitos urbanos, donde se encuentran casi la totalidad de estas instituciones. La presencia del asilo Adela Martínez obliga al estudio del envejecimiento en la ruralidad, contexto histórico que sufre modificaciones propias de la modernidad y termina por influir de manera directa en el proceso de envejecimiento.

Metodología: una etnografía fenomenológica

La investigación se realizó en la región Norte del estado de Guerrero, en la institución asilar Adela Martínez, partiendo de la importancia de conocer el papel que juegan los asilos de ancianos en el presente. En este sentido, resulta fundamental para el análisis del marco espacial asilar, considerar que el estudio contextual (Augé, 2007a), no solo reconoce la interpretación funcionalista de los roles que un espacio cumple, también permite interpretar el sitio sociocultural de los sujetos que los habitan y articulan. Para la investigación de la citada institución asilar como marco espacial con una dinámica social propia y el estudio del proceso de envejecimiento disímbolo que presenta, se recurrió al método etnográfico y al método fenomenológico, en busca de comprender lo que envejecer dentro de esta institución significa.

La etnografía resultó esencial para el análisis del funcionamiento interno y externo de la institución asilar como contexto cerrado, y el acercamiento directo con los ancianos residentes en ella como sujetos excluidos de la dinámica social. A través de la observación, la observación participante, la entrevista en profundidad y el diálogo horizontal con las personas mayores, quienes, derivado de la cotidianidad, la convivencia y la interacción frecuente, pueden externar sus pensamientos, sentires y necesidades como internos (Guber, 2001), situación que posibilitó la obtención de

información necesaria para comprender lo que envejecer en el asilo Adela Martínez significa.

Así, la etnografía representó el enfoque metodológico predominante en la investigación, “debido a sus caracteres particulares que permiten, impulsan y obligan el contacto directo con el grupo de estudio” (Galindo, 1998, p. 350). Este proceso permitió la obtención de información de primera mano, a través de la insustituible convivencia con los protagonistas de esta última etapa existencial, utilizando análogamente métodos biográficos como la historia de vida (Mallimaci y Giménez, 2006), y el estudio de caso (Nocedo, et al., 2002), para profundizar sobre las problemáticas sociales que el asilamiento atañe al segmento mayor.

La interacción con el otro que la etnografía posibilitó en este trabajo (Galindo, 1998), simboliza una de las piedras angulares para el entendimiento de las condiciones de vida y los malestares socioculturales que los adultos mayores institucionalizados enfrentan. La experiencia de convivir con los ancianos dentro de sus ambientes cotidianos (asilo de ancianos), será un punto de partida para la explicación del envejecimiento institucionalizado.

El acercamiento surgido a partir del trabajo en campo (Galindo, 1998) permitió la consolidación de una *descripción densa* (Geertz, 1991), que posibilitó exponer la complejidad del asilo de ancianos Adela Martínez como contexto cerrado y de olvido, en el que los sujetos cursan la etapa más larga de su vida: la vejez. El poder interactuar y convivir con los ancianos dentro de los terrenos propios al asilo, fue un elemento clave para comprender la forma en que los viejos asilados en el medio rural hacen frente a esta etapa de la vida.

Para ampliar los aportes etnográficos y profundizar en el estudio del asilo Adela Martínez como espacio cerrado, se echó mano del método fenomenológico para el análisis objetivo de la subjetividad de los «objetos ideales» (Schutz, 1962, p. 119), objetos que componen el mundo, la realidad de los envejecidos institucionalizados, y muestran cómo el mundo y la realidad no sólo son determinados por las condiciones

físicas, materiales, espaciales y socioculturales del proceso de existencia, sino por los objetos ideales originados a partir de las condiciones físicas, materiales, espaciales socioculturales en las que el sujeto se desenvuelve (Schutz, 1962).

En el análisis metodológico requerido para lograr la profundidad etnográfica, se acudió a los fundamentos fenomenológicos de Schutz, así como a la interpretación de los *objetos ideales* (Schutz, 1962), compuestos por los sentimientos, sueños, anhelos, fantasías, utopías y todo tipo de pensamientos ilusorios que conforman gran parte del mundo personal de los envejecidos internados, se sujetó a lo que ellos consideren importante, pues en todo momento, la realidad que se consideró en esta investigación, fue aquella que los entrevistados percibían como importante (Taylor y Bogdan, 2013), ello ayudó a explicar las características que presenta la cultura de la ancianidad como alteridad inmediata.

El lugar sociocultural de los viejos asilados no puede respaldarse sólo en la interpretación sensible del contexto espacial-asilar, a causa de que tal acción impediría comprender las problemáticas y malestares socioculturales que el asilamiento produce a los adultos mayores como desolación, desesperanza, depresión y tristeza, anomias características de los viejos asilados. De esa manera, la interpretación fenomenológica (sentir; objetos ideales), permitió la reflexión del proceso de envejecimiento en el interior de este asilo rural, sobre todo porque “el mundo se funda en la singularidad de la realidad como la experimenta el individuo” (Osorio, 1998, p. 1), por lo que el conocimiento de los elementos fenomenológicos presentes en los sujetos asilados fue trascendental para comprender el contexto de olvido que el asilo Adela Martínez configura en el presente.

De la aplicación de la etnografía y la fenomenología surge una etnografía fenomenológica, que a través de la anamnesis etnográfica de la información recopilada en campo y la interpretación fenomenológica en torno a cómo los ancianos asilados viven y significan la experiencia del asilamiento (Martínez, 2012), pudieron analizarse las repercusiones que el olvido social tiene sobre los viejos y la posición sociocultural que las instituciones asilares ocupan en la construcción de la realidad, sobre todo,

porque esta institución connota dentro de la ruralidad, un marco espacial anulado de participar en las esferas sociales, culturales, económicas, políticas e históricas, situación que daña la figura de los ancianos a nivel global, potenciando su desaparición de los terrenos públicos.

El método etnográfico brindó las pautas fundamentales para lograr una investigación de la función sociocultural y el lugar de los viejos internos en el asilo Adela Martínez; toda vez que, como se ha mencionado, este esfuerzo etnográfico fue acompañado de una visión fenomenológica que permitió penetrar más allá de la llana observación, sea esta participante, acompañante o a distancia, para de esta forma poder desdoblar el mundo subjetivo de los envejecidos institucionalizados.

La fenomenología puede entenderse como la metodología que permite una nueva contemplación de la ancianidad, considerando que esta no solamente destaca lo tangible u observable de la realidad y el presente que transitan los viejos, también, posibilita comprender los amores y desamores que conforman el pensamiento de los envejecidos, quienes se esfuerzan por subsistir dentro de una institución asilar que los mantiene al margen de la dinámica sociocultural, sometidos al estigma de la *muerte social*(Laforest, 1991).

El estudio profundo del asilo rural Adela Martínez se sustentó sobre la función sociocultural que cumple en el presente y lugar sociocultural de los viejos que lo habitan, así como en los horizontes de espera que le aguardan y puede construir (Ricoeur y Aranzueque, 1998, p. 119), como institución de vida. Por esas causas el contacto directo, propio de la etnografía, y la interpretación profunda propias de la fenomenología, resultaron sustanciales para comprender que esta institución asilar configura, el análisis del proceso de envejecimiento disímbolo que presenta, y el estudio de la exclusión sociocultural de los viejos institucionalizados. “Ni el sentido común ni la ciencia pueden avanzar sin apartarse del examen estricto de lo que es real en la experiencia”(Schütz, 1962, p.35). Esta formulación fundamenta su análisis de la organización del pensamiento. Hasta la cosa percibida en la vida cotidiana es algo más que una simple presentación sensorial. Es un objeto de pensamiento, una construcción

de índole sumamente compleja, que sólo incluye formas particulares de sucesiones en el tiempo, que “la constituyen como objeto de un solo sentido –por ejemplo, la vista–, y de relaciones espaciales, que la constituyen como objeto sensorial de varios sentidos –por ejemplo, la vista y el tacto–, sino también presentaciones sensoriales hipotéticas, imaginadas, que la contemplan” (Schutz, 1962, p. 119).

CAPÍTULO II. MARCO TEÓRICO PARA ENTENDER LOS ASILOS DE ANCIANOS

Espacio sociocultural de los asilos de ancianos

Pía Barenys sostiene que los asilos de ancianos en la época contemporánea encarnan una “fase específica de la evolución de aquellas instituciones cuya función dentro de la sociedad ha sido dar cobijo, custodiar, recluir a individuos con fines dispares (socorro, prevención, cura, castigo)”, (Barenys, 1992, p. 2), dando como resultado intrínseco el surgimiento de la institución asilar tal como hoy en día la conocemos, institución destinada al cuidado, auxilio y atención de los sujetos de edad avanzada.

Dicha evolución de las instituciones asilares se encuentra en la secularización lograda entre estos establecimientos y otros tantos como cárceles y manicomios (Foucault, 2009), originando una institución distinta a aquellos espacios plurales propios de los siglos XV, XVI, XVII en los que encerraban por igual a “locos, delincuentes, alquimistas, vagabundos, enfermos venéreos, blasfemos y ancianos” (García, 2006, p. 228), aquellos indeseables que eran encerrados bajo el cometido de volverlos invisibles y potenciar su olvido.

En el presente, los asilos de ancianos se posicionan como establecimientos de amparo y cuidado para aquellos que como resultado de su longevidad necesitan atención y apoyo de manera constante. Sin embargo, la secularización alcanzada, entre los establecimientos asilares y las cárceles y manicomios constantemente parece inexistente, los asilos de ancianos continúan cumpliendo en la actualidad –bajo distinciones obvias– la función de “leprosaria”, de espacios de encierro de clausura vital (Foucault, 2009, p. 164), que privan al sujeto de interacciones sociales, separándolo sea con barreras físicas o simbólicas (Goffman, 2001) de la vida pública. Por esos motivos estas instituciones se hallan en gran medida incapacitadas de otorgar a los viejos una calidad de vida saludable.

Porque si bien los establecimientos asilares en la actualidad no son en sí aquellos espacios de tormento y maltrato, continúan manejándose en gran medida bajo los principios que le dieron origen; encierro, reglamentación, principios que vuelven a la institución asilar un espacio que de manera frecuente resulta poco grato para los sujetos que lo experimentan, debido a que los viejos asilados se ven obligados a someterse a las reglamentaciones que imperan y estructuran la institución asilar.

Estas características que los establecimientos asilares presentan –reglas, horarios, restricciones, sanciones– vuelven de estos espacios “instituciones totales”(Goffman, 2001, p. 18), tipificación espacial que Erving Goffman emplea para referir a aquellos espacios que producto de sus cualidades; reglamentados, cerrados (mismos que no pueden ser abandonados por el sujeto según su deseo o voluntad), en los que el sujeto desarrolla casi la totalidad de su vida, muestran de forma contundente que los asilos de ancianos son espacios en los que el viejo, una vez institucionalizado, termina por repercutir de modo directo en su vida y, por ende, en su calidad. Goffman (2001) describe la institución total de la siguiente forma.

La tendencia absorbente o totalizadora está simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y al éxodo de los miembros, y que suelen adquirir forma material: puertas cerradas, altos muros, alambre de púa, acantilados, ríos, bosques o pantanos... características generales de estos establecimientos: instituciones totales (p. 18).

Las palabras de Goffman resultan lapidarias, podríamos decir desalentadoras de lo que las instituciones totales personifican, empero debe aclararse que existe una amplia variedad de estas, y si bien todas son regidas por “tendencias absorbentes”, que obligan al sujeto a acatar reglas y restricciones, no todas ellas poseen el mismo rigor, porque la naturaleza de estas instituciones varía en dependencia, la función sociocultural que desempeñan. Goffman clasifica las instituciones totales en cinco grupos.

En el primer grupo se localizan aquellas instituciones que tienen como objetivo cuidar o apoyar a sujetos desventurados o incapaces de responsabilizarse de sí mismos de manera óptima como asilos de ancianos, hogares de huérfanos y alberges para indigentes, enfatizando que los sujetos que estas instituciones acogen son inofensivos y se encuentran en ellos por motivos ajenos a la índole penal.

En el segundo grupo se encuentran las instituciones que albergan sujetos que más allá de ser incapaces de cuidarse por sus propios medios, representan involuntariamente una amenaza para la sociedad, “hospitales para enfermos infecciosos y los hospitales psiquiátricos” (Goffman, 2001, p. 18), espacios que entrañan un férreo control, con el propósito tanto de proteger y brindar atención profesional a los sujetos en situación infortunada, como de velar por el bienestar de la comunidad al mantener bajo cuidado a las personas que representan un riesgo para ella.

El tercer tipo de institución total comprende aquellos espacios diseñados para custodiar y contener a los sujetos que “constituyen intencionalmente un peligro” (Goffman, 2001, p. 18) para la sociedad, como son las cárceles y reclusorios mismos que lejos de ponderar como primordial el bienestar de los internos, basan su proceder en el cometido de mantenerlos en su interior, Michel Foucault en *Vigilar y castigar* describe con cruda profundidad cómo estas instituciones son espacios diseñados para la contención y castigo de aquellos infractores, delincuentes y criminales que deben ser encerrados en pos del bien común (Foucault, 2009).

La cuarta clasificación corresponde a espacios destinados “al mejor cumplimiento de una tarea de carácter laboral”, como barcos, internados escolares y estancias para trabajadores (migrantes), espacios donde los sujetos se encuentran por voluntad propia o por motivos externos a la institución, sin embargo, en su interior, los sujetos deben adaptarse a las reglamentaciones propias del espacio, mismas que deben ser acatadas y respetadas para poder dar continuidad a su estancia.

El quinto grupo de instituciones totales, a diferencia de los anteriores carece de una definición concreta, como resultado de la subjetividad espacial que los conforma y la amplia gama de instituciones que pueden formar parte de esta categoría, entre los que resaltan monasterios, conventos, seminarios y otros centros de índole religiosa, que pueden ser comprendidos también como “refugios del mundo” (Goffman, 2001, p. 18).

Es patente que los asilos de ancianos forman parte del primer grupo de instituciones totales –como se explica al inicio de este apartado–; tal colocación es resultado de la evolución sociocultural que estos establecimientos han logrado al paso del tiempo, misma que los distingue del resto de las categorías descritas, pero a pesar de dicho logro, los establecimientos asilares continúan posicionándose como instituciones totales, posicionamiento que debe ser analizado para comprender con precisión la función sociocultural que estos establecimientos cumplen en el presente, tiempo en el que las instituciones asilares se vuelven indispensables a fortiori de las nuevas necesidades sociales como el envejecimiento demográfico (Pelcastre y Márquez, 2006).

La finalidad de mostrar cómo los asilos de ancianos representan instituciones totales se encuentra alejada de la intención de vilipendiar o menoscabar el papel que estos centros cumplen, más bien, es mostrar cómo, a pesar de la evolución sociocultural que han atravesado continúan reproduciendo a través de su funcionamiento (interno, externo), los patrones que definen a las instituciones totales, escenario que impide que estos establecimientos logren colocarse como espacios de vida reales donde los viejos puedan cursar de manera óptima este último peldaño de la vida y acceder a la vejez exitosa (Nocedo, et al., 2003).

Goffman(2001) afirma que las instituciones totales son espacios cerrados, reglamentados (horarios, restricciones, sanciones) que truncan el éxodo de sus habitantes, mismas que son delimitadas por fronteras físicas y simbólicas que limitan y regulan las incursiones e interacciones del sujeto con el mundo exterior, exaltando que estas fronteras son claves para la categorización de estas instituciones como

instituciones totales, porque son estas las que materializan el encierro y el estadio de clausura vital (Foucault, 2009), de los internos. Afirmación que encuentra sustento en los aportes espacial-sociológicos de Simmel, quien explica que “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Pineda, 2013, p. 75), revelando con tal enunciación que la totalidad de dichas instituciones es resultado inmanente del funcionamiento y papel sociocultural que desempeñan. A grandes rasgos, para que la institución asilar cumpla sus objetivos y función sociocultural, hasta hoy observa rasgos «totalitarios», por lo que, al igual que cualquier otra institución, sin importar el grupo institucional al que pertenezca, sin estos rasgos se encontraría imposibilitada de consumir sus propósitos; socorrer, prevenir, curar, castigar (Barenys, 1992).

Dichas cualidades totalitarias, si bien vuelven a estas instituciones espacios poco gratos para los sujetos institucionalizados, su presencia es fundamental. Solo imaginemos una institución sea esta un reclusorio, hospital psiquiátrico, internado estudiantil, lo que sucedería si en estos no existieran reglas, horarios, restricciones y sanciones; imperaría en ellos un desorden total, situación que impediría a estos establecimientos cumplir sus metas y objetivos socioculturales, por tanto, los cánones totalitarios son fundamentales para el óptimo funcionamiento institucional. Ello encierra una aporía espacio-sociocultural, porque, así como los cánones reglamentistas (horarios, sanciones, restricciones) terminan repercutiendo de modo directo sobre el sujeto y su calidad de vida, estas son básicas para la institución, de tal modo que realizar un diagnóstico acerca de su pertinencia siempre resultará un tema complicado que debe ser abordado de manera crítica para no minar la figura de estas instituciones.

Las instituciones asilares, destacan los autores sobre el tema, no son homogéneas ni se conducen con los mismos grados de totalitarismo (Barenys, 1992). En su tipología sobre estos establecimientos Fericgla (2002) describe cómo cada institución, en dependencia a la categoría a la que pertenezca, presenta diversos grados de totalitarismo que se hacen evidentes en el trato a sus habitantes.

Según este autor, en la primera categoría se encuentran aquellas residencias públicas subsidiadas por el Estado, mismas que se hallan con regularidad en los contextos urbanos, pero su localización también puede ser el medio rural (escasas) con la finalidad de otorgar a los viejos un ambiente apacible alejado de las vicisitudes propias del contexto citadino. Los viejos que habitan estas instituciones son por lo general sujetos con escaso poder adquisitivo o en situación de calle (Fericgla, 2002). Los costos de estas instituciones son variables, cobrando por decirlo de algún modo “lo que el viejo o la familia puedan pagar”, aunque en la mayoría de los casos la estancia suele ser gratuita, siendo el Estado el que asume los costos de la institucionalización.

En estas instituciones, las aplicaciones reglamentistas suelen ser por demás rígidas. Horarios rigurosos; aseo corporal, alimentación, esparcimiento, visitas, delimitaciones espaciales; no pasar, siendo que cuando estas reglamentaciones no son respetadas por los viejos, si bien no son castigados, se les llama la atención, perdiendo la oportunidad de acceder al servicio o asistencia a la que no acudieron con puntualidad, un internado comenta; “me quedé dormido, y pues ya se pasó mi turno de baño, y pues ya no me bañé ese día por no despertarme temprano, es que hacía frío”, mostrando el totalitarismo imperante en estos establecimientos.

La segunda categoría está conformada por asilos de ancianos propios de órdenes religiosas, mismos en los que el personal a cargo suele ser en su gran mayoría sujetos pertenecientes a dichas órdenes; monjas, novicias, sacerdotes, seminaristas. Estas residencias de manera frecuente albergan viejos de clase baja o media (Fericgla, 2002), su ubicación puede ser tanto en el medio rural como urbano. Los costos de estas instituciones son flexibles, y suelen ajustarse a la situación socioeconómica del anciano.

En estas instituciones, los cánones reglamentistas son marcados y rigurosos Fericgla (2002) apunta que “estos hogares se caracterizan por el riguroso control que los religiosos/as mantienen sobre los residentes: horarios, salidas reguladas, tipo de relaciones dentro del establecimiento”(p. 298). Esto muestra que las instituciones no

solo regulan las acciones operativas del sujeto, sino que también demarcan los tipos de relaciones que pueden establecer entre ellos, prohibiendo a menudo noviazgos, formas de expresión y maneras de socializar. Denotando que el totalitarismo de estos establecimientos controla las formas básicas de socialización de los sujetos, situación que Goffman describe como una “mortificación del yo”(2001, p. 39), porque una vez negado al sujeto el derecho de decidir sobre el ejercicio de sus relaciones sociales ve interrumpida su libertad individual, lo que termina repercutiendo en su calidad de vida.

El tercer lugar corresponde a los asilos privados, instituciones reservadas para viejos de nivel económico alto, que tienen la posibilidad de cubrir los honorarios del establecimiento. Este tipo de asilos habitualmente se encuentran cerca o dentro de centros poblacionales importantes, lugares ciertamente privilegiados, ciudades turísticas, pueblos mágicos, contextos gratos y saludables que minimizan los malestares que acompañan el proceso de internamiento.

Según Fericgla (2002), en estos establecimientos las aplicaciones reglamentistas, totalitarias son diferentes, podría decirse que mínimas, los viejos tienen horarios extensos y flexibles, o en su caso no hay horarios, pueden programar sus tiempos de descanso, aseo corporal, alimentación, esparcimiento según su conveniencia y comodidad. Escenario posibilitado por las características materiales de estas instituciones; baños individuales, habitaciones individuales, brindando a los viejos niveles de libertad superiores a los que poseen en las dos tipologías anteriormente expuestas. Los grados de totalitarismo en estos espacios, como puede notarse, son exigüos, sin embargo existentes porque a pesar de la extensa libertad de la que gozan los viejos en estos establecimientos también deben acatar ciertas reglamentaciones como no hacer ruido a ciertas horas del día, dormir en su habitación, lo que muestra que estos establecimientos aun con la amplia libertad e independencia que otorgan a sus internos son instituciones totales que terminan cuartando de algún modo la libertad del anciano.

En el cuarto y último sitio se ubican las estancias privadas, esta categoría escapa por completo a la figura que encarnan las instituciones asilares, por tanto a la

institución total, lo que no significa que en ellas no exista totalitarismo en algún grado, ni que no cumplan una función sociocultural importante como lo hacen los establecimientos asilares. Estas estancias se localizan en contextos urbanos, en unidades habitacionales o edificios con rentas de bajo costo que son empleados para la renta de “pensiones baratas”, que los mismos arrendatarios destinan para viejos de bajos recursos económicos; en ellas no se sirve comida, los viejos deben cubrir por sus propios medios esta cuestión. Por este motivo, pueden salir durante día, pero volver antes de determinada hora para poder ingresar, de lo contrario se verán obligados a pernoctar fuera. De manera general, estas se encuentran “en los barrios más populosos y degradados” (Fericgla, 2002, p. 298).

Esta categoría de estancia privada es distinta a las anteriores, a diferencia de las demás, los viejos cuentan con el derecho de salir durante el día y responsabilizarse de su alimentación, empero, la libertad de la que gozan es limitada porque estos establecimientos también cuentan con reglamentaciones infranqueables; no realizar reuniones sociales, no hacer ruido a ciertas horas del día, no albergar amigos o parientes, no mascotas, lo que devela el totalitarismo presente en estos espacios, que terminan delineando el comportamiento de sus residentes.

Vista la amplia variedad de instituciones asilares y los diversos grados de totalitarismo en ellas presente, resulta sencillo comprender que no todos los establecimientos asilares son lo mismo, ni repercuten en sus habitantes de la misma manera. Los grados de totalitarismo son distintos, dependiendo la institución asilar a la que se haga referencia, pero como se expresó al inicio, estos espacios aún continúan cumpliendo en gran medida la función sociocultural de leprosería, en donde van a parar los viejos imposibilitados de hacerse cargo de sí mismos, sea en cuestión económica, física, social, aquellos desafortunados que han extraviado parte o toda su independencia.

A partir de lo anterior, se concentrarán los esfuerzos en la primera categoría de instituciones asilares, aquellas subsidiadas por el Estado y destinadas a viejos de bajos recursos económicos o en situación de calle. Por motivo de que esta categoría es la

más cercana al asilo estudiado en cuanto a funcionamiento, origen y condición económica de los ancianos adscritos a la institución asilar sobre la que esta investigación concentra su atención.

De este modo, se dejarán de lado principalmente la tercera y cuarta categorías, la tercera referente a “asilos privados destinados a viejos de estatus económico alto”, porque estos centros son escasos y los viejos que pueden tener acceso a estos espacios son poco numerosos; y la cuarta categoría “estancias privadas”, a causa de que esta modalidad no es en sí una institución asilar y su presencia en México es poco considerada. A continuación se desarrollan los principios totalizantes propios de instituciones asilares destinadas a viejos de escasos recursos monetarios, que reproducen con su funcionamiento instituciones totales alejadas de poder brindar a sus habitantes una calidad de vida adecuada.

Disciplina, reglamentación e identidad de los viejos internados

Las instituciones asilares son espacios totalitarios que regulan el comportamiento de los internos por medio de cánones reglamentistas y aplicaciones disciplinarias que después de un tiempo terminan por repercutir en la identidad de los viejos institucionalizados. Los establecimientos asilares como se ha descrito, son espacios que funcionan a partir de ciertos estatutos que tienen la finalidad de producir en su interior un ambiente de orden y pasividad, lo que de forma constante repercute en la identidad de los viejos.

Debe considerarse que los asilos de ancianos, a diferencia de otras instituciones (escuelas, empresas, seminarios, cárceles), no son espacios en los que el sujeto se encuentra por motivos de índole profesional o legal, sino por la tácita necesidad de atención y cuidado, sin embargo, en su interior las distinciones entre este espacio y los demás es nítida, en ocasiones cuasi inexistente, porque en este al igual que los otros se “suscitan innumerables manifestaciones de disciplina” (Mayora, Rojas y García, 2012, p. 36), y control, terminan despojando a los viejos de su identidad aquella que puede ser descrita como “interiorizada, somatizada, sentida” (Vendrell, 2009), porque el

espacio en que se localizan a través de sus gravámenes totalitarios regula el comportamiento de los internados y moldea en gran medida su identidad.

En primer lugar se aborda el uso y empleo del espacio, mismo que es regulado y controlado de manera constante, medida que va delineando la identidad del sujeto. Foucault esboza que “la disciplina procede ante todo a la distribución de los individuos en el espacio” (Foucault, 2009, p. 164), siendo que es la dimensión espacial el punto sobre el que los sujetos desarrollan su vida cotidiana y formulan sus nexos con la realidad y el mundo circundante (Halbwachs, 1990), lo que hace del espacio el punto sobre el que los sujetos articulan y dan origen a su identidad, bien describe Augé (1992) que los espacios que pueden ser comprendidos como lugares logran tal categorización por ser espacios de “identidad, relacionales e históricos” (p. 83), enfatizando que el dispositivo espacial resulta básico para que los sujetos formulen su identidad y cosmovisión.

Entonces, cuando el espacio es regido por reglamentaciones y restricciones, la connotación de esta dimensión se vuelve otra, ajena a las teorizaciones que Halbwachs sostiene, al aludir que es sobre la dimensión espacial donde los sujetos conforman sus “gustos y deseos”, y formulan los “lazos que los unen a varios grupos” (1990, p. 109), porque un espacio regulado, controlado, es un espacio que impide que los sujetos puedan fraguar de manera saludable su vida e identidad.

Las instituciones asilares, al reglamentar el espacio producen una ruptura en la identidad del viejo, principalmente porque el envejecido al interior de estos establecimientos debe adaptarse a las reglamentaciones que configuran el espacio: zonas específicas para cada actividad, una habitación propia o compartida, misma que no es permutable a menos que la institución lo decida de esa manera, va prefigurando localizaciones elementales, divisiones zonales (Foucault, 2009, p. 164), donde cada sujeto ocupa un sitio específico dentro de la institución.

La disciplinarización del espacio tiene la finalidad de maximizar el orden, el funcionamiento institucional, tener un mayor y mejor control de los internos; poder

regular con facilidad las “presencias o ausencias”, saber con puntualidad el sitio donde los sujetos se encuentran, vigilar con facilidad el comportamiento tanto individual como colectivo de los viejos (Foucault, 2009). Las instituciones asilares al volver el espacio un elemento disciplinario van instaurando su totalitarismo, mismo que al controlar el espacio –elemento fundamental para el desarrollo del sujeto– van denigrando su identidad, porque no dispone a voluntad de su espacio de vida.

Goffman destaca que las instituciones totales rompen el “ordenamiento social básico” establecido en la sociedad moderna, donde los sujetos determinan de manera concreta y discurrida sus espacios de vida, mismos que son elegidos, seleccionados en dependencia a las actividades a realizar; “dormir, jugar, trabajar” (2001, p. 19), espacializaciones elegidas según los gustos del sujeto. Estas elecciones, pueden ser vistas como dadas inmanentes en nuestra época, son truncadas de tajo por la institución total, donde los viejos ya no disponen del espacio, porque se encuentra reglamentado y forma parte de los cánones disciplinarios, circunstancia que potencia el extravío de la identidad de los viejos institucionalizados, porque en estos sitios se les ha negado la libertad de establecer, emplear sus espacios y en ellos sus rutinas vitales, lo que va deteriorando la identidad de los viejos.

Dicho deterioro de la identidad de los asilados, principalmente surge por dos motivos, primero: “todos los aspectos de la vida se desarrollan en el mismo lugar” (Goffman, 2001, p. 19), segundo: no se elige en compañía de quien realizan tales aspectos de la vida, lo que vuelve del espacio un terreno impersonal incapaz de cobijar y respaldar la identidad del sujeto, porque este espacio reglamentado, disciplinado posee una gigantesca predisposición e intencionalidad a la generación de “cuadros vivos” (Ibíd.),¹ (terminología que Foucault emplea para referir a aquellos espacios

¹La primera de las grandes operaciones de la disciplina es, pues, la construcción de *cuadros vivos* que transforman las multitudes confusas, inútiles o peligrosas, en multiplicidades ordenadas. La construcción de *cuadros* ha sido uno de los grandes problemas de la tecnología científica, política y económica del siglo XVIII: disponer jardines de plantas y de animales, y hacer al mismo tiempo clasificaciones racionales de los seres vivos; observar, controlar, regular la circulación de las mercancías y de la moneda y construir así un cuadro económico que pueda valer como principio de enriquecimiento; inspeccionar a los hombres, comprobar su presencia y su ausencia, y construir un registro general y permanente de las fuerzas armadas; distribuir los enfermos, separarlos unos de otros, dividir con cuidado

propensos a ordenar todo objeto y ser viviente en su interior), característica que repercute de manera directa en la identidad del viejo quien se encuentra privado de disponer y controlar el espacio que habita.

Simmel esboza que los espacios capaces de brindar identidad al sujeto son aquellos que logran encontrar “seguridad y certeza” (Pineda y Elvira, 2013, p. 76), mismos que le proveen de oportunidades de desarrollo y crecimiento, en los que puede sentirse cómodo y moverse con libertad, principios fundamentales para que determinado sitio geográfico logre ubicarse como espacio de identidad. Pero como se ha explicado, los asilos de ancianos no otorgan a sus residentes dichas libertades y comodidades, determinante que vuelve a estos establecimientos espacios que terminan fragmentando la identidad de los viejos. Acerca de ello, Goffman (2001 escribe: “en las instituciones totales, suele perderse el sentido de seguridad personal” (p. 19), razón por la que un espacio privativo, disciplinario, reglamentado como las instituciones asilares terminan por quebrantar, deteriorar la identidad de los sujetos que en ellas se encuentran: los viejos.

Los asilos de ancianos, instituciones totales que hacen del espacio parte de sus aplicaciones reglamentistas, inducen a la pérdida de identidad del sujeto, porque en este marco espacial no es libre, se encuentra sometido a los estatutos y aplicaciones disciplinarias. Por estas causas la complejidad de comprender la identidad social y sus nexos con la dimensión espacial (misma que podríamos nombrar identidad espacial, territorial, geografía), estriba en que la identidad no es palpable, medible, observable, cuantificable, por lo que para interpretar la relación sujeto-espacio deben considerarse la vasta gama de factores que intervienen en dicha relación, sin duda dialéctica (Pineda y Elvira, 2013).

Estos factores a considerar no solo son aquellos que aluden a la forma en la que el sujeto se apropia de un espacio determinado, sino en las oportunidades que dicho

el espacio de los hospitales y hacer una clasificación sistemática de las enfermedades; otras tantas operaciones paralelas en las que los dos constituyentes –distribución y análisis, control e inteligibilidad– son solidarios entre sí (Foucault, 2009, p. 172).

espacio le proporciona al sujeto, sean estas de desarrollo, crecimiento o libertad, condiciones que permiten al sujeto formular su identidad, empero cuando el espacio no ostenta estas características, cuando este es regulado por localizaciones elementales y divisiones zonales, como las instituciones asilares, este espacio termina por repercutir en la identidad del sujeto, porque ha dejado ser libre y debe acatar las reglamentaciones que estructuran el marco espacial al que se ha integrado: el establecimiento asilar.

Los patrones reglamentistas y fórmulas disciplinarias de la misma manera en la que controlan el espacio, también lo hacen con el tiempo, ambos se encuentran regulados y son controlados por la institución, mediante el establecimiento de ritmos, actividades determinadas y ciclos de repetición (Foucault, 2009). Barenys (1992) concluye que este dominio del tiempo exhibe con claridad la totalidad de las instituciones asilares donde los viejos se hayan privados de establecer sus actividades, rutinas básicas, triviales, indispensables, porque de alguna manera no disponen del tiempo, este es propio de la institución.

El sujeto institucionalizado pierde la libertad de administrar su tiempo; tomar una siesta si se encuentra cansado, comer un tentempié entre comidas, hacer ejercicio a ciertas horas del día, recibir visitas, etc. Lo que produce que el sujeto vaya extraviando su identidad a consecuencia de las privaciones «temporales» a las que es sometido, donde el ambiente de rutina y repetición son los elementos que configuran con mayor fuerza la atmósfera predominante.

Factores que vuelven al tiempo una dimensión ajena al sujeto, quien no tiene dominio sobre este. Las regulaciones y parcelaciones del tiempo son establecidas por la institución, cuartando la libertad, independencia del sujeto, puede entenderse como una agresión a su identidad porque se le niegan las condiciones mínimas de autonomía. No debe perderse de vista, los sujetos que se encuentran en estos establecimientos son personas envejecidas con una historia personal por demás larga, razón por la que las alteraciones a sus rutinas vitales –aunque minúsculas– pueden arrojar resultados funestos, catastróficos a su identidad misma que forjaron al paso del

tiempo, en el recorrido de su vida (Mishara y Riedel, 2000), y una vez truncadas pueden ser motivo de malestares, perjuicios sobre su constitución. Respecto al empleo del tiempo, Goffman (2001) señala:

Hay un vasto sector de la actividad individual en que la autoridad se abstiene de juzgar o de intervenir, y cada uno queda librado a sí mismo. En tales circunstancias, puede uno programar sus actividades concentrándolas entre sí para su mayor provecho, en una especie de «economía personal de los propios actos». Es lo que hace una persona al posponer unos minutos la comida para terminar una tarea, o bien al dejar una tarea poco antes de terminarla para ir a comer con un amigo. En una institución total, en cambio, el personal puede someter a reglamentos y a juicios, segmentos minúsculos de la línea de acción de una persona; la permanente interacción de sanciones emanadas de la superioridad de la vida del interno, sobre todo durante el periodo inicial de su estadía, antes de que acepte sin pensar los reglamentos (p. 48).

El tiempo en las instituciones asilares es controlado, generando una “rítmica del tiempo”(Foucault, 2009, p. 173), horarios preestablecidos para actividades estipuladas; levantarse, asearse, alimentarse, dormirse, repeticiones monótonas que vuelven el día que transcurre un día prácticamente idéntico al anterior y al siguiente. Por ello el tiempo en estas instituciones aparte de no pertenecer al sujeto, pareciese que se encuentra estancado en suspenso, porque no se distingue de su pasado ni de su futuro (Ricoeur, 2000), el tiempo se encuentra podríamos decir preso de la monotonía, la rutina, la repetición, circunstancia que afecta la identidad de los viejos asilados.

El tiempo reglamentado va dando origen al surgimiento de un nuevo sujeto, con una identidad renovada, que ha dejado atrás su independencia, su capacidad de programarse por sí mismo. Estas responsabilidades le han sido delegadas, se encuentran ahora bajo la tutela de institución asilar que le impone horarios, mismos que, de no ser respetados pueden acarrear amonestaciones, sanciones, llamadas de atención, la privación del sujeto a establecer y manejar su tiempo según sus deseos,

necesidades, caprichos producen que se desprenda de sí, de piezas fundamentales de su identidad, aquella que construyó al paso de los años y que ahora le es ajena.

En torno a ello, García (2016) afirma: “no existe el tiempo sino las cosas temporales. El tiempo, por tanto, no existe sin nosotros” (p. 114), lo que significa que, así como el tiempo depende del sujeto para su existencia, el individuo depende del tiempo por la misma razón, porque si el sujeto no goza de su tiempo, si este le pertenece a un otro, el individuo no puede construirse a sí mismo. En las instituciones asilares se efectúa tal acto, el sujeto es ajeno a su tiempo, ruptura propiciada por los cánones reglamentistas y aplicaciones disciplinarias que desprenden al sujeto de su autoridad temporal (propia-personal-individual), lo que termina afectando su identidad.

La regulación y control del espacio y tiempo terminan repercutiendo en la identidad del sujeto, al reglamentar estas dimensiones se le priva de su libertad de decisión, porque “todo reglamento frustra al sujeto en su empeño de ajustar sus necesidades a sus objetivos de la manera que le parezca más eficaz; además lo hace susceptible de sanciones. La autonomía de su actuar le es arrebatada” (Goffman, 2001, p.39), porque al no disponer del tiempo ni del espacio se efectúa una remodelación del yo, de la identidad del viejo, quien como resultado del régimen totalitario en el que se localiza termina por ser alguien más, un sujeto construido a modo por la institución, que acata órdenes, respeta horarios y espacios (Barenys, 1992).

La pérdida de identidad del envejecido se encuentra aunada a la pérdida de autonomía, a la pérdida de control sobre sus tiempos y espacios, no poder disponer, controlar sus horarios, sus actividades cotidianas, básicas, indispensables encontrarse privado de recorrer el espacio a voluntad (Barenys, 1992), circunstancias que van minando su identidad, identidad que depende del control que este puede tener sobre sí mismo, mostrando que la autonomía es fundamental para que el viejo conserve su identidad, misma que como se ha venido señalando es fragmentada intrínsecamente por la institución asilar y sus procedimientos totalitarios.

La ruptura del asilo: sujetos, objetos, espacios

La movilidad espacial produce en los sujetos alteraciones vitales de gran magnitud, de este hecho dan cuenta una gran gama de escritos que han concentrado sus esfuerzos en comprender cómo el cambio de espacio repercute de múltiples formas en el bienestar de los sujetos que lo experimentan. Dentro de las investigaciones que han enfocado su atención en este suceso destacan aquellas que se han dado a la tarea de explicar dinámicas poblacionales como la migración, fenómeno sociocultural polisémico que no solo significa para quienes lo atraviesan un mero cambio de entorno, sino una ruptura que repercute en su identidad y cosmovisión (Bartra, 2003).

Siendo que cuando esta se presenta, los sujetos se ven obligados a adaptarse a un nuevo espacio, un nuevo ambiente que posee características propias, mismas que pueden acarrear *choques culturales*, malestares en el sujeto, porque el espacio al que se ha integrado le resulta ajeno al igual que los patrones de conducta que le gobiernan, la organización espacial que lo conforma y las reglamentaciones que lo estructuran, lo que de manera común despierta nostalgia, melancolía en el sujeto, por aquello que quedó-dejó atrás, en su antiguo espacio (lugar de vida); seres queridos, relaciones sociales, lugares importantes, objetos preciados, mismos que fungían como pilares fundamentales de su identidad y estilo de vida.

Ello muestra que el cambio de espacio se encuentra alejado de significar meramente una movilidad geográfica, sino un movimiento que repercute de múltiples maneras en la vida del sujeto, quien una vez descontextualizado debe adaptarse y sobrellevar los cambios que acompañan el movimiento que ha emprendido. De esta manera, la movilidad geográfica puede entenderse como una movilidad socio-geográfica que obliga al sujeto a modificar su comportamiento, sus rutinas cotidianas y por ende su estilo y calidad de vida... porque al efectuar tal acción se desprende de aquello por lo cual sentía apago, afecto (sujetos, objetos, espacios), lo que termina por repercutir en su salud y bienestar.

Estas alteraciones vitales desencadenadas por la movilidad espacial, son notorias en las rupturas que el asilamiento produce a los envejecidos, porque estos al momento de ingresar a una institución asilar se desprenden, dejan atrás gran parte de su historia, de su vida, Goffman(2001) en su obra "Internados" ejemplifica con profundidad tal situación, mostrando como las instituciones totales, como corolario de su proceder (disciplina, reglamentación) y estructuración (cerradas), donde los viejos se encuentran distanciados de sus redes sociales y afectivas, sus lugares y objetos preciados, enfrentan de manera catastrófica tal hecho, volviendo al proceso de asilamiento un trance poco grato para los viejos que lo vivencian.

El distanciamiento con sus redes sociales y afectivas es quizá el malestar que más aqueja a los viejos al momento de institucionalizarse, la separación con estas puede desembocar en la pérdida de seguridad y certeza, pues al ejecutar dicha operación el sujeto puede llegar a sentirse indefenso, vulnerable, sólo. Porque al internarse "entra a un mundo nuevo en el que debe quedar completamente separado de sus amigos, conocidos" (Foucault, 2012, p. 118) y familiares. Hablamos pues de un choque espacial de gran magnitud, porque el espacio en que se encontraba y del cual se ha desprendido, le otorgaba libertades básicas para su bienestar; visitar amigos, familiares, seres queridos. En el asilo el sujeto deja de gozar de tales garantías, se encuentra imposibilitado de tener estos contactos sociales.

El totalitarismo de estas instituciones, mismo que termina traducándose como aislamiento y secularización del sujeto con sus redes sociales, afectivas y su vida anterior, convierte al asilo en un establecimiento poco grato para sus habitantes. Volviendo común escuchar diálogos, comentarios donde los viejos expresan sus nostalgias y melancolías; "extraño a mis hijos, ya no los he visto", "ya quisiera irme para poder visitar a mi compadre, no sé cómo siga de salud", "me gustaría poder estar en mi casa, para platicar con la palomilla", acotaciones que exhiben las fracturas vitales que internamiento atañe a los envejecidos.

Como se ha descrito, los asilos de ancianos son instituciones totales caracterizadas por ser establecimientos cerrados que impiden el "éxodo de sus

habitantes” y que truncan, sino en su totalidad, si en buena parte los contactos e interacciones sociales de sus resguardados (Goffman, 2001, p. 18). Estos espacios pueden ser divisados como puntos donde los viejos, una vez institucionalizados, quedan privados de continuar nutriendo sus redes sociales, afectivas –convivir con los sujetos que aprecian–, porque la institucionalización rompe automáticamente las incursiones sociales del interno. Al respecto, Fericgla(2002) discurre que estas fracturas afectan la autoimagen los viejos, dado que el internamiento suele ser un distanciamiento definitivo con sus redes sociales y afectivas.

Las relaciones sociales, son fundamentales para el bienestar del sujeto, sin importar su origen; consanguíneas, vecinales, filiales, su valor es innegable. Ander-Egg sostiene que “las amistades y relaciones sociales son un medicamento fundamental para todas las edades, pero de manera especial para los adultos mayores” (Ander-Egg, 2010, p. 106), afirmación que permite comprender, cómo cuando el sujeto envejecido se ve obligado a abandonar sus relaciones sociales y afectivas a consecuencia del cambio de espacio; el individuo experimenta una de las rupturas más dolorosas de su vida, misma que puede sumergirlo en depresiones y minar de forma paralela su estado de salud físico (Warner y Willis, 2003).

Aristóteles (2007) analizó de manera detallada la importancia de las relaciones sociales, aquellas que podríamos denominar como fraternas, entrañables, cuestionando la utilidad de las bondades, de la prosperidad, sino se tienen amigos con quién compartirlas, sino se cuenta con una red social que otorgue al sujeto confort y felicidad; en tal sentido, asevera el estagirita: “los jóvenes necesitan el auxilio de los amigos para no equivocarse; los viejos, para que los cuiden, cubriendo las deficiencias de su actividad por la debilidad creciente de la mayoría de edad; y a los que están en el vigor de la vida, necesitan de los amigos para las bellas acciones: Son dos que marchan juntos, y que, por ende, son más poderosos para el pensamiento, y la acción” (p. 324), posicionando a la amistad como uno de los elementos más significativos para que el sujeto logre un estadio de plenitud.

Así como las relaciones sociales y familiares ocupan un lugar de suma importancia para los sujetos, en su conformación y bienestar, los espacios también poseen un sitio privilegiado, el dispositivo espacial es un constante epicentro de pensamientos, añoranzas, nostalgias y melancolías. Poetas dan cuenta de ello. Benedetti; “no cabe duda. Ésta es mi casa aquí sucedo, aquí me engaño inmensamente. Ésta es mi casa detenida en el tiempo”, Borges; “la casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo”, Neruda; “tal vez ésta es la casa en que viví cuando yo no existí ni había tierra, cuando todo era luna o piedra o sombra, cuando la luz inmóvil no nacía”, develando los lazos fenomenológicos que pueden existir entre los sujetos y los espacios.

Walter Benjamin asumía que los sujetos dejan y llevan las marcas de los espacios que han habitado (1994, p. 153), mostrando la existencia de una relación dialógica sujeto-espacio, porque del modo en que los sujetos se apropian hacen suyo un espacio determinado, los espacios ejecutan la misma operación sobre los sujetos, el caso de los migrantes nacionales en el extranjero es muestra clara del hecho, pues a pesar de la distancia y el tiempo mantienen en su memoria, cual huella imborrable, su lugar de origen, aquel que Marc Augé conceptualiza como “lugar antropológico” (1992, p. 51), o “lugar de memoria”, mismo con el que albergan nexos inquebrantables, inolvidables.

Arias (2011), en su estudio sobre Fiestas patronales, ilustra como migrantes nacionales radicados en Estados Unidos «sin importar el tiempo que lleven fuera y a pesar de que gran cantidad de ellos no tienen claro cuándo volverán», buscan alternativas para continuar presentes en los espacios de los que alguna vez formaron parte, porque estos son importantes para ellos y los mantienen en su memoria, al grado de realizar acciones que les permitan seguir estando presentes en estos contextos. Como asumir mayordomías para la realización de la fiesta patronal o mandar remesas para la construcción o remodelación de aéreas comunitarias comunes, acciones que les otorgan un sitio en estos espacios en los que son nombrados “hijos ausentes” que,

aunque ausentes continúan siendo parte de estos lugares, lugares en los que la mayoría desea ser enterrado cuando haya muerto.

La dimensión espacial es una pieza clave para que el sujeto alcance un estado de bienestar adecuado, debido a que, a partir del dispositivo espacial los sujetos formulan sus nexos con la realidad y construyen su existencia. Mediante este ejemplo se vuelve evidente la relación fenomenológica existente entre sujeto-espacio, misma que una vez fracturada suele ser motivo de severos malestares, Dante Alighieri atraviesa profundas depresiones cuando es desterrado de su amada Florencia (Italia), depresiones que lo acompañan hasta su muerte.

Rupturas similares atraviesan los ancianos cuando se trasladan a la institución asilar, porque estos, una vez dentro del asilo se encuentran imposibilitados de visitar sus lugares importantes, sus lugares de memoria, esos sitios en donde se encuentran sus recuerdos, su historia, su vida (Mendoza, 2007). Los viejos exteriorizan con relativa frecuencia su añoranza por estos espacios; “en mi casa me sentía bien... era mía, ya me quiero regresar”, “donde yo vivía esta bonito, mi cuarto era grande y podía yo estar todo el día”, “uno extraña su casa, pues porque allá, tu casa... es tu casa, de donde es uno”, palabras que denotan la importancia que guardan los espacios para los sujetos, sobre todo para los envejecidos quienes particularmente vivieron la mayor parte de su vida en el mismo lugar.

La añoranza del espacio «del antiguo espacio» por parte de los viejos, deviene por lo general de las comodidades y libertades de las que gozaban en sus antiguas residencias (Goffman, 2001) que, como se mostró en el apartado precedente, estas son truncadas en su mayoría cuando ingresan a la institución asilar. Institución que es gobernada por cánones reglamentistas y aplicaciones disciplinarias que hacen del asilo de ancianos una institución total. Dicho totalitarismo impide que los viejos formulen lazos fenomenológicos trascendentes con la institución en que se encuentran, porque esta se haya alejada de ser su lugar de memoria, Barenys discierne: “las residencias de ancianos están quizá lejos de los tenebrosos asilos que aún perduraban entre nosotros hace pocos años. Pero no son tampoco hogares. Se sitúan en algún punto

intermedio en la línea artificial que acostumbramos trazar entre ambos tipos de instituciones” (1992, p. 13).

Al momento de la institucionalización los viejos comprenden que se encuentran imposibilitados de interactuar con el mundo exterior; sus lugares, aquellos espacios que apuntalan su identidad como sujetos, porque los lugares de memoria se categorizan de tal forma por ser espacios con la capacidad de producir lazos fenomenológicos con sus habitantes, no puede perderse de vista que estos espacios logran su ponderación como espacios de memoria por ser sitios donde los sujetos puede jugar un rol social, cultural, económico, político e histórico (García, 2006). Los lugares de memoria son entonces terrenos de actuación social-plural que permiten al sujeto desenvolverse y jugar un rol en las esferas que estructuran la realidad, lo que permite a los sujetos generar vínculos fenomenológicos con estos espacios.

Roles de los que el envejecido asilado se encuentra destituido, porque al interior de las instituciones asilares es privado de ejecutar ciertas acciones civiles; votar, laborar, consumir, relacionarse con libertad (Goffman, 2001), lo que hace el espacio asilar un espacio incapaz de cobijar y generar vínculos fenomenológicos sólidos, entrañables con aquellos que lo habitan. El espacio no es un elemento dado, sino construido (Pineda y Elvira, 2013), compuesto por las relaciones sociales, contactos culturales, ejercicios económicos, incursiones políticas e históricas que otorgan a sus residentes, elementos que los posicionan como lugares de memoria. Dichos elementos son ajenos a la institución asilar, motivo por el que estos establecimientos no pueden ser comprendidos como espacios memoriales, como lo dejan en claro los viejos en los diálogos pasados, en los que expresan su añoranza de abandonar el establecimiento asilar y reintegrarse a sus antiguos espacios, sus lugares de memoria.

La dimensión espacial como puede notarse es de suma importancia para las personas, sea para su construcción o bienestar, siendo que son los espacios el punto donde estos articulan su existencia, en pocas palabras los espacios son el escenario vital de la vida, razón por lo que la movilidad espacial es una de las fracturas más severas que los sujetos pueden atravesar, provocando con regularidad sentimientos

nostálgicos, melancólicos, empero los espacios no son los únicos capaces de provocar, despertar tales sensaciones, también los objetos poseen dicha particularidad, sean estos utilitarios u ornamentales.

Objetos que al igual que los espacios son importantes para el individuo, mismos con los que puede albergar una relación íntima, profunda, que cuando estos no están cerca, han sido extraviados, hurtados o se encuentran en otro contexto *lejano*... son motivo de añoranza, los viejos al institucionalizarse se desprenden de gran parte de estos objetos, ruptura significativa que puede repercutir en su salud emocional, porque estos no solo son objetos son un “equipo de identificación” (Goffman, 2001, p. 54) del sujeto consigo mismo.

Los objetos pueden ser divididos en dos grandes rubros. Primero: aquellos que estructuran, complementan, o adornan un espacio determinado; televisor, sofá, comedor, librero, portarretratos, figuras ornamentales, etc. Segundo: aquellos que forman parte de la vestimenta, indumentaria del sujeto; ropa en el uso extensivo del término, más artículos secundarios que apoyan a que el sujeto alcance la imagen deseada o faciliten su vida cotidiana, sus tareas rutinas diarias; reloj, gafas, navaja, bolso, cartera, etc.

Estos objetos en conjunto son fundamentales para el sujeto y su calidad de vida. Los primeros, conforman el espacio, le reafirman la pertenecía con el lugar que habita, porque estos, entrañan recuerdos, vivencias, experiencias, lo que hace su presencia indispensable para que el sujeto produzca nexos fenomenológicos con su espacio de vida. No es extraño que familias restauren muebles derruidos por el tiempo, mismos que resultaría más práctico, económico remplazarlos por otros (nuevos). Sin embargo, estos son restaurados, arreglados porque los sujetos sienten apego aprecio por estos, el antiguo sofá de los abuelos, donde todas las tardes descansaban del tedio del día, ese sofá donde era común encontrarlos viendo televisor, recibiendo visitas, donde todos los miembros de la familia albergan un recuerdo (Halbwachs, 1990). Son objetos importantes porque articulan, la identidad, memoria colectiva y personalidad del sujeto.

El proceso de internamiento desprende al envejecido de dichos objetos, que le otorgaban identidad, comodidad, certeza –televisor, sofá, comedor, librero, portarretratos, figuras ornamentales–, porque estos no pueden acompañarlo a su nueva residencia. La institucionalización les separa irremediablemente de este mobiliario, lo que provoca malestar en el internado, quien al separarse de estos deja atrás gran parte de sí (Goffman, 2001). Lo mismo sucede con la segunda categoría de objetos, aquellos artículos personales que el individuo puede llevar a todas partes, objetos que se vuelven indispensables para en su vida diaria.

Respecto a esta categoría de objetos, Goffman (2001) apunta que su ausencia provoca “una desfiguración personal” (p. 32), en el sujeto, porque estos artículos personales son básicos para la constitución de su identidad individual, siendo que estos más allá de su funcionalidad, permiten al sujeto “controlar de algún modo el aspecto que presentan a los demás”, “controlar de algún modo el aspecto que presentamos a los demás” (Ibíd.). Solo pensemos en nosotros mismos, los objetos que empleamos cotidianamente, esos objetos que se han vuelto parte indispensable de nuestra vida, mismos que nombramos sin recato, el favorito, los favoritos; gafas, reloj, artículos que utilizamos porque nos apoyan en las vicisitudes de la vida y configuran nuestra imagen personal.

Los viejos al momento de institucionalizarse se separan de buena parte de estos objetos, porque al establecimiento asilar solo puede llevar aquello de mayor utilidad, lo básico, lo indispensable, dejando atrás su equipo de identificación, los objetos que le otorgaban comodidad y le permitían proyectar una imagen positiva a los demás, esa imagen que le gusta al sujeto proyectar, en palabras de Goffman dicha separación del sujeto con sus objetos, constituye una de las mayores profanaciones a su yo, mostrando cómo la secularización que el envejecido atraviesa cuando se interna a una institución asilar suele ser una de las fracturas más dolorosas en esta etapa de su vida: la vejez.

Un conjunto de pertenencias de un individuo tiene especial relación con su yo. El individuo espera generalmente controlar de algún modo el aspecto que presenta

a los demás. Para esto necesita varios artículos de tocador, varias mudas de ropa, elementos para adaptarlas, disponerlas, y repararlas, y un lugar accesible y seguro donde guardar estas reservas. En síntesis, el individuo necesita un «equipo de identificación» para el manejo de su apariencia personal (Goffman, 2001, p. 32).

Teorías y modelos sociales de envejecimiento

A continuación, se abordan las principales teorías sociales de envejecimiento y modelos teóricos de ancianidad, para comprender de mejor manera cómo se desarrolla este periodo vital. Teorías y modelos que explican la influencia que la sociedad y la cultura tienen sobre la vejez y sus protagonistas. Las teorías y modelos sociales de envejecimiento que se desarrollan son teoría de la actividad, teoría de la continuidad, teoría del apego, teoría del medio social, teoría de la modernidad, teoría del retraimiento, teoría de la desvinculación, teoría de los roles, modelo teórico de los ancianos como subcultura y modelo teórico de los ancianos como grupo minoritario.

Dichas formulaciones se presentan de manera individual, siguiendo un orden lógico que permite entender las diversas formas en las que puede abordarse el estudio de la ancianidad y las múltiples disciplinas que han teorizado esta etapa vital, en las que destacan la psicología, gerontología, antropología social y sociología. Las teorías y modelos sociales de envejecimiento son fundamentales para la adecuada investigación de la vejez. Por ese motivo, en el presente trabajo son desarrolladas, bajo el propósito de expandir el alcance interpretativo del envejecimiento institucionalizado y a partir de ello brindar explicaciones categóricas de cómo enfrentan los ancianos asilados la vejez.

Teoría de la actividad

La teoría de la actividad apunta que, para la aparición del envejecimiento logrado, es necesario que los ancianos se mantengan activos, explicando que la actividad en la vejez es básica para un envejecimiento exitoso. Sobre esta teoría Mishara y Riedel (2000) destacan que la actividad en la vejez resulta esencial, dado que en los ancianos activos se retrasa la aparición de problemas físicos propios de la

edad avanzada y estos mantienen su vigencia en la vida social-afectiva. La teoría de la actividad supone que el seguimiento de las actividades cotidianas que el sujeto envejecido realizó cuando joven «obligaciones, pasatiempos» o en su caso la adquisición de otras actividades que estructuren una rutina vital grata es fundamental para la aparición de un envejecimiento positivo, resultado de que dichas actividades dotan de sentido e identidad a los ancianos.

Esta teoría apunta que las actividades a las que los envejecidos deben dar continuidad o en su caso adquirir, deben ser actividades favorables para el estado físico de los ancianos, así como ser satisfactorias, gratas para la autoestima y autoimagen de los mayores (Mishara y Riedel, 2000). Cicerón (2008) consideró que la vejez es una etapa vital donde se presentan severas rupturas y desvinculaciones, que apartan a los sujetos de la vida activa, volviendo fundamental que los ancianos puedan mantenerse activos y ocupados sea en actividades productivas o de recreación, para que estos cursen de mejor manera esta etapa vital. Investigaciones socio-gerontológicas han detectado que los ancianos activos, presentan menos estadios anómicos en referencia a los envejecidos no activos, mostrando la importancia de la actividad durante la vejez (Maroto y Cáceres, 2014).

El envejecimiento activo es un fundamento para el envejecimiento exitoso, dado que los sujetos a lo largo del ciclo vital establecen su existencia en referencia a las actividades que realizan, siendo que partir de estas conforman su autoimagen y adquieren un lugar, un rol social dentro de sus contextos (Sáez, Aleixandre, Vicente y Villanueva, 1993). La actividad es básica para que los sujetos envejecidos enfrenten de buena manera esta última etapa de la vida, al alejarlos de malestares propios de este periodo (sensación improductividad, aburrimiento, depresión, ansiedad) y mantenerlos ocupados en actividades favorables, gratas y amables que propicien un proceso de envejecimiento favorable.

Teoría de la continuidad

Como la gerontología social explica la teoría de la continuidad, basa sus postulaciones en que los sujetos durante el transcurso vital formulan “hábitos, gustos y estilos personales” (Mishara y Riedel, 2000, p. 68), que perduran hasta la vejez, mismos sobre los que los sujetos apuntalan su identidad personal y autoimagen. Cuando los sujetos acceden al ciclo cronológico de la ancianidad, resulta indispensable para la aparición del envejecimiento positivo que los ancianos puedan continuar reproduciendo sus hábitos, gustos y estilos personales (pesca, villar, viajar), dado que estos permiten a los ancianos nutrir su autoestima y existencia.

La teoría de la continuidad señala que “la adaptación social a la vejez... está determinada principalmente por el pasado” (Mishara y Riedel, 2000, p. 68), pasado que debe tener continuidad en el presente para favorecer a los sujetos una vez envejecidos, siendo que es el pretérito de los sujetos (juventud, adultez), quien determina la forma en que envejece cada individuo. Los hábitos, gustos y estilos personales encarnan modos de vida, que pueden tener orígenes diversos «ámbito laboral o personal», y su continuidad en la vejez es fundamental para la aparición de un envejecimiento óptimo.

La continuidad de los modos de vida que los ancianos realizaron en su trayectoria vital, son piezas fundamentales de su identidad, historicidad y correspondencia social (Augé, 1992), por lo que su seguimiento en la vejez es indispensable para el bienestar de los sujetos, en base a que estos hábitos, gustos y estilos personales más allá de brindarles distracción y esparcimiento, les permiten continuar activos, realizando actividades gratas que aminoran los estragos que acompañan la edad avanzada.

Teoría del apego

La teoría del apego argumenta que los sujetos desde su nacimiento generan lazos fenomenológicos (apegos) con su medio social, comprendido como un escenario cultural conformado por: sujetos, objetos, actividades y espacios, dado “desde la más tierna infancia hasta la muerte cada persona vive su historia apegado a objetos y

personas que se van sustituyendo en el devenir de la biografía de cada uno” (Maroto y Cáceres, 2014, p. 17). Los apegos son intrínsecos al sujeto, en base a que desde la prehistoria el ser humano se ha definido por su propensión a reunirse, conformar grupos y originar culturas, elementos que muestran que los sujetos son seres sociales que tienden a generar apego con su medio de desarrollo.

Los apegos son fundamentales para los sujetos en su existencia, como se muestra, los apegos pueden estar vinculados a sujetos, objetos, actividades y espacios. El apego a los sujetos es quizá el de mayor trascendencia, Aristóteles consideró que las relaciones sociales (amistad) son el pilar de la existencia de todo individuo, relaciones en las que encuentra apoyo, afecto y compañía que las vuelve básicas en el desarrollo de los sujetos. Por su parte, los objetos, a ojos de esta teoría no son únicamente artículos materiales, sino un “equipo de identificación” (Goffman, 2001, p. 32), donde el sujeto localiza su historia e identidad, porque los objetos albergan con su propietario una relación íntima, el ser parte de su cotidianidad y acompañarle en el transcurso vital.

Las actividades, como lo muestran la teoría de la actividad y la teoría de continuidad, son esenciales en el desarrollo del individuo, porque no solo le mantienen ocupado, alejado de anomias, sino le otorgan un estatus y un rol definido en su comunidad vital, por lo que su ejecución es básica para la calidad de vida de todo sujeto. Las actividades entrañan un fuerte apego con quien las realiza, porque a partir de estas el individuo genera sus vínculos fenomenológicos con la realidad y se posiciona socioculturalmente. Por último, los espacios, comprendidos como puntos geográficos que otorgan a sus habitantes los elementos de identidad, correspondencia e historicidad (Augé, 1992), representan un apego fundamental en la existencia de los individuos, porque a partir del espacio de residencia sus habitantes conforman su personalidad social y cosmovisión, lo que vuelve a los espacios el epicentro de la cultura e identidad del sujeto.

La teoría del apego precisa que los sujetos al acceder a la ancianidad en dependencia a las oportunidades que tengan de continuar vinculados a sus relaciones

social-afectivas «visitando amigos, frecuentando familiares», utilizando sus objetos preciados, realizando actividades gratas y amables con su estado físico, en su contexto vital y espacio de identidad, correspondencia e historicidad, pueden acceder con mayor facilidad al envejecimiento exitoso, dado que continuar interactuando con aquellos y aquello con los que albergan apego, brinda a los envejecidos la oportunidad de aminorar los estragos que a la edad avanzada acompañan.

Maroto y Cáceres (2014) sostienen que el entramado de apegos que el sujeto fragua durante su historia personal le *sirven de sostén en el tránsito por la vida*, motivo porque en la vejez, adquieren una relevancia significativa, al ser los apegos quienes dotan de sentido la existencia de los individuos durante este periodo vital. Dichos pensadores destacan, que no puede atribuirse totalmente a los apegos el bienestar de los envejecidos destacando que no pueden desacreditarse como esenciales para la aparición de un proceso de envejecimiento positivo.

Teoría del medio social

El medio social puede comprenderse como el espacio físico y sociocultural en el que se desenvuelven y desarrollan los sujetos, por lo que el medio social es una determinante en la calidad de vida de los miembros de una sociedad determinada. En dependencia a las oportunidades que el medio social otorga a los sujetos que lo articulan, estos pueden incursionar en las esferas sociales, culturales, económicas, políticas e históricas y posicionarse como sujetos activos en su contexto vital (García, 2006). Los medios sociales no pueden ser entendidos de manera llana como terrenos meramente físicos o geográficos, sino como contextos socioculturales donde los sujetos reproducen su existencia, cultura y cosmovisión (Augé, 1992).

El medio social representa una construcción sociocultural, que otorga a los sujetos que lo residen oportunidades de crecimiento y desarrollo, al ser el punto sobre el que vertebran su vida cotidiana y formulan sus abstracciones de conducta. Sin embargo, los sujetos a pesar de compartir el mismo medio social no poseen las mismas, oportunidades sociales, culturales, económicas, políticas e históricas de

desarrollo, dado que estas varían según el grupo etario al que pertenezcan. La comunidad envejecida es una de las poblaciones más maltratadas y excluidas de participar activamente dentro del medio social. La discriminación de los ancianos es un acto frecuente en las sociedades contemporáneas sea en los ámbitos profesionales o sociales, los envejecidos cuentan menos oportunidades de desarrollo en comparación de otras poblaciones.

Debe anotarse que no todos los medios sociales presentan actos discriminativos sobre la población envejecida, empero si un alto porcentaje de estos, mismo que ha ido incrementándose desde la década de los sesenta (siglo XX), década en que fue acuñado el término “gerontofobia”, que hace referencia a las actitudes y comportamientos colectivos desfavorables (discriminación, estereotipos) que la sociedad no envejecida dirige sobre los ancianos (Dallal, 2004). El medio social, específicamente las actitudes y comportamientos colectivos dirigidos a un grupo específico determinan la calidad de vida de los sujetos que lo componen. La comunidad envejecida, representa una de las poblaciones más afectadas por dichas actitudes desfavorables, mismas que truncan el surgimiento de la vejez exitosa (Mishara y Riedel, 2000).

Montes de Oca, en sus investigaciones sobre vejez realizadas en la ciudad de México, revela cómo gran parte de los sujetos envejecidos ha sufrido algún tipo de discriminación en esta entidad federativa, especialmente dentro del ámbito profesional y laboral, donde a causa de su longevidad les han sido negadas oportunidades de incursión económica (Montes de Oca, 2013). Está demás argumentar que esta situación impide que los ancianos puedan cursar este último periodo vital de forma positiva. Como la teoría de la actividad y la teoría de la continuidad lo indican, para un buen envejecimiento es esencial que los ancianos se encuentren activos en la comunidad, por lo que, cuando la comunidad dirige comportamientos desfavorables a los ancianos, la aparición del envejecimiento positivo se ve en gran medida cancelada.

La teoría del medio social señala la influencia que ejerce la comunidad no envejecida sobre el proceso de envejecimiento, quien a través de actitudes colectivas

delinean la forma en que su población anciana hace frente a esta etapa, dado que, en dependencia a los comportamientos sociales respecto al trato a la vejez, sean estos positivos o negativos, potencian o impiden el surgimiento del proceso de envejecimiento exitoso.

Teoría de la modernidad

La teoría de la modernidad explica la transformación de las actitudes colectivas respecto al trato social de la vejez, mostrando como en el transcurso del tiempo la visión social sobre la población envejecida ha sufrido modificaciones a nivel global, mismas que se incrementan en referencia a los avances tecnológicos y grados de industrialización logrados en una sociedad determinada; “la teoría de la modernidad afirma que la posición social de los ancianos es inversamente proporcional al grado de industrialización de esa sociedad”(Maroto y Cáceres, 2014, p. 15). Es decir, la condición social que adquieren las personas mayores está en función del grado de modernización o cambios sociales que existen en la sociedad” (Ibíd.).

Las transformaciones sociales (modernización, industrialización) han alterado la visión social de los ancianos, quienes a causa de los altos grados de industrialización han perdido notoriamente el sitio social que ocupaban en décadas pasadas, como sujetos experimentados, fuente de consejos y bibliotecas vivientes, para ubicarse en uno de los sitios menos favorecidos a nivel social, despojados de oportunidades de crecimiento y desarrollo. Bloch explica cómo la modernidad capitalista ha repercutido en la figura de los mayores; “El anciano, con el que el mundo capitalista no sabe qué hacer, tiene aquí el derecho a ser «anticuado». Derecho a ser distinguido, a adoptar una actitud, a utilizar palabras, a dirigir miradas que no proceden del día y que no están destinadas tampoco al día. Derecho a corporeizar épocas en que no todo era tráfico económico, y, sobre todo, épocas en que dejará de serlo todo” (Bloch, 2007, p. 201). Los tiempos en que los ancianos eran divisados socialmente como el pilar moral de la comunidad y guías en el tránsito por la vida, empiezan a quedarse rezagados en el pretérito, consecuencia de la modernidad y el progreso (Maroto y Cáceres, 2014).

Las dinámicas actuales surgidas de la modernidad, la industrialización y los avances tecnológicos han repercutido severamente en la posición social de los ancianos. En la época contemporánea la destitución de la población longeva del mercado trabajo, ha adoptado tintes dramáticos, consecuencia de la desvalorización de su conocimiento (Maroto y Cáceres, 2014). En la actualidad la población mayor se encuentra en desventaja respecto a la población joven, consecuencia de las nuevas tecnologías y la era digital, en el presente son los ancianos quienes “no saben, respecto a los jóvenes” (Laforest, 1991, p. 151). Laforest precisa que en la época moderna los ancianos ocupan uno de los sitios menos favorables.

El lugar de las personas ancianas en la sociedad no puede ser el de antaño, es esto está de acuerdo todo el mundo. Pero ¿Cuál es su lugar en la nueva sociedad? El lugar que tenían en otros tiempos ha desaparecido sin haber sido remplazado (Laforest, 1991, p. 150).

Teoría del retraimiento

La vejez es una etapa marcada por rupturas y desvinculaciones, que se hacen visibles en la separación anciano-sociedad, sociedad-anciano, Augé explica que la edad avanzada es acompañada por “exclusiones dramáticas de la vida social” (2016, p. 16). Lo que vuelve a la vejez un periodo marcado por el aislamiento de sus protagonistas, donde dejan paulatinamente de participar social, cultural, económica, política e históricamente en su medio social, a consecuencia de las pocas oportunidades que les otorga. Los ancianos excluidos de participar activamente en sus contextos emprenden comportamientos de adaptación, como lo es la autoexclusión con su medio social, lo que desemboca en la invisibilidad y muerte social de este grupo (García, 2006).

Esta teoría explica que el retraimiento de los ancianos con su medio debe ser analizado como una estrategia de adaptación de los propios envejecidos, con la que hacen frente a las exclusiones que experimentan y les impiden desarrollarse a plenitud como sujetos de derecho. La teoría del retraimiento apunta que; “el individuo deja poco

a poco de mezclarse en la vida en sociedad y ésta le ofrece cada vez menos posibilidades de todo género” (Mishara y Riedel, 2000, p. 68). En este sentido, la teoría del retraimiento encuentra vinculación con la teoría del medio social, al puntualizar como comportamientos sociales desfavorables terminan anulando la participación de los ancianos en su contexto y obligándolos a excluirse, retraerse.

Goffman en su obra “Internados” describe las medidas de adaptación que los sujetos institucionalizados (cárceles, psiquiátricos) ponen en práctica para sobrellevar, administrar los malestares de su encierro, en las que destaca el desentendimiento del sujeto internado con su entorno y los eventos que en este se desencadenan (Barenys, 1992), mecanismo de retraimiento que ponen en marcha para aminorar las contrariedades de su institucionalización. Situación similar atraviesan los ancianos en la sociedad, donde una vez excluidos, estos optan por retraerse desentendiéndose de su entorno, que les brinda cada vez menos oportunidades de crecimiento y desarrollo (Mishara y Riedel, 2000). El retraimiento de los ancianos muestra la época de crisis que la vejez atraviesa en la época contemporánea, momento en que el sitio social de los envejecidos “como grupos de sabios, ricos en experiencia, guardianes de las tradiciones y portadores del saber” (Cordero, Cabanillas, Lerchundi, 2003, p. 11), han quedado atrás, obligando a los ancianos a retraerse para hacer frente a este último periodo vital.

Teoría de la desvinculación

Esta teoría postula que los sujetos envejecidos, derivado de la edad avanzada, van alejándose gradualmente de la sociedad por convicción afirmando que el buen envejecimiento se encuentra distante de las actividades y contactos sociales que pueda tener el individuo durante la vejez. La teoría de la desvinculación apunta que el envejecimiento exitoso esta aunado al aislamiento pasivo de los ancianos, afirmando que el bienestar de los mayores deviene del desprendimiento con toda obligación y responsabilidad (Sáez, et al., 1993).

Según este postulado, la desvinculación es necesaria para que los mayores puedan acceder a una vejez tranquila, ajena a responsabilidades, compromisos, obligaciones y contactos sociales forzosos que les presionan a mantenerse activos y vigentes en las dinámicas sociales, culturales, económicas, políticas e históricas presentes en su contexto (Maroto y Cáceres, 2014). Aludiendo a que la desvinculación posibilita a los mayores experimentar una vejez plena, “el bienestar, la felicidad de los viejos, no está en función de sentirse útiles o de tener una función”(Sáez, et al., 1993), sino en cursar esta etapa vital alejados de las vicisitudes y contrariedades de la vida cotidiana.

Asimismo, la teoría señala que la desvinculación positiva debe estar respaldada por ciertos elementos básicos; seguridad, ayuda, servicios (Sáez, et al., 1993), y salud física... que posibiliten a los mayores una adecuada separación con el medio social y lograr un proceso de envejecimiento positivo. Al respecto, Maroto y Cáceres (2014) agregan:

Podría concluirse que la desvinculación del individuo y la sociedad y su tendencia al aislamiento es un proceso normal del envejecimiento. Por tanto, según este modelo, la actitud que deben aconsejar los familiares y los profesionales para favorecer un buen envejecimiento, es promover la retirada progresiva de las actividades sociales que el individuo venía realizando (p. 16).

Teoría de los roles

Este postulado teoriza la pérdida de roles y papeles sociales del sujeto en la vejez. El individuo al pertenecer a una comunidad desempeña ciertas actividades (sociales, laborales, familiares) que le asignan un rol dentro la vida comunitaria, que le brindan un estatus definido y un sitio sociocultural en su contexto. Los roles que un individuo desempeña le otorgan un lugar en la realidad sociocultural y una “posición social” (Moragas, 2004, p. 101), a partir de las cuales conforma su identidad individual y colectiva.

La teoría de los roles explica cómo los roles y papeles sociales en el transcurso de los años sufren modificaciones sustanciales. En la primera infancia, la juventud, la adultez y la vejez las personas ocupan y realizan roles por demás distintos... en resumidas cuentas ningún individuo consume el mismo rol toda la vida. A lo largo del ciclo vital los sujetos adquieren y pierden roles, mismos que al ser adquiridos o perdidos alteran a nivel global la existencia de los individuos (Maroto y Cáceres, 2014).

Pensemos la vida de un sujeto en edad adulta, quien se desempeña como trabajador y padre de familia, este individuo posee roles específicos; empleado, padre. Estos roles, no lo acompañarán toda su existencia, al paso del tiempo y al acceder al ciclo cronológico de la ancianidad sus roles sufrirán modificaciones. Una vez envejecido el sujeto enfrentará la jubilación y la emancipación de su decencia, situación que modifica su estilo y calidad de vida, dado que la pérdida de roles más que alterar las rutinas vitales de un individuo, alteran su estatus social y existencia.

Estos roles por los que atraviesa una persona van cambiando según las distintas etapas de su desarrollo cronológico. Es decir, los papeles que la sociedad va asignando a un mismo individuo y también la responsabilidad exigida para su cumplimiento se modifican a lo largo del proceso de evolución de la vida (Maroto y Cáceres, 2014, p. 6).

La teoría de los roles sostiene que los ancianos, para lograr un buen envejecimiento deben adecuarse y aceptar las modificaciones y cancelaciones de sus roles vitales, siendo que esta aceptación, es lo que le ayuda a cursar de mejor forma el envejecimiento. En cuanto un sujeto envejecido asuma de buena manera la desvinculación con sus actividades laborales, sociales y familiares podrá acceder con mayor facilidad a un envejecimiento positivo (Maroto y Cáceres, 2014).

Modelo teórico de los ancianos como subcultura

Este modelo plantea que los sujetos de edades avanzadas, a consecuencia del aislamiento y segregación social que experimentan (resultado de su longevidad),

conforman una población social distinta, ajena al resto de la sociedad no envejecida (Sáez, et al., 1993), exaltando que la comunidad anciana comparte entre sus miembros condiciones de vida similares; “situación económica, intereses culturales y sociales... que les impulsa a reunirse entre sí” (Maroto y Cáceres, 2014, p. 9).

El modelo teórico de los ancianos como subcultura explica cómo los mayores generan relaciones entre pares, dadas las circunstancias sociales desfavorables que enfrentan, generando “una subcultura de la edad”. Los ancianos al relacionarse y formar grupos dan origen a una subcultura específica que “posee todos los rasgos característicos de cualquier grupo segregado, incluyendo un conjunto de normas que gobiernan su conducta” (Mishara y Riedel, 2000, p. 68), lo que hace de la población mayor un grupo social diferenciado, que se ve obligado constantemente a formar círculos social-generacionales, resultado de la exclusión y el aislamiento en que subsisten. Sáenz y Aleixandre (1993) argumentan:

Esta teoría sostiene que la tercera edad constituye, de hecho, un grupo aparte... las características comunes de las personas que constituyen este estrato social, junto a su aislamiento, explican que formen tal grupo social aparte. Al igual que en otros momentos de la vida, y siguiendo los mismos mecanismos de socialización, incluso dentro del sector social de la tercera edad, pueden formarse subgrupos en función de sus apetencias, estilos de vida, etc. Las variables que caracterizan esta subcultura poseen todos los matices que están presentes en cualquier otro grupo aislado (p. 34).

Este modelo deja entrever el lugar social que poseen los ancianos en el presente, momento en el que se han visto forzados a conformarse como subcultura para continuar desarrollándose socioculturalmente y aminorar los malestares causados por la exclusión y aislamiento. Este postulado teórico analiza los malestares sociales que aquejan a los ancianos, mismos que terminan orillándolos a alejarse del resto de la comunidad y conformarse como un grupo aparte, lo que exalta la crisis que atraviesa la vejez en la actualidad, donde los mayores carecen de alternativas sustanciales, plenas de convivencia e interacción social.

Modelo teórico de los ancianos como grupo minoritario.

El modelo de los ancianos como grupo minoritario, apunta que la población envejecida, posee los rasgos característicos de los grupos minoritarios, grupos históricamente maltratados y marginados que subsisten bajo condiciones precarias y de vulnerabilidad social. La población envejecida puede ser comprendida como una minoría dado los caracteres que presenta; pobreza, marginación y discriminación, malestares sociales que afectan a las poblaciones numéricamente inferiores, como ocurre en México con los pueblos originarios, pueblos maltratados socialmente desde la conquista de América.

Esta teoría enfatiza en el abandono y maltrato social en que se encuentran y subsisten los ancianos de la actualidad, momento en el que han sido relegados al olvido y menoscabo comunitario. Mishara y Riedel (2000) a partir de los aportes teóricos acuñados por Capotorti sobre los grupos minoritarios, sostienen:

La falta de movilidad, la pobreza, la segregación y la impotencia, trazos todos comunes a los grupos minoritarios, son también característicos de los viejos... La pobreza y la escasa autoestima se encuentran tanto en la subcultura de las personas de edad como en las demás minorías. Aunque estos rasgos sean secundarios y no necesariamente característicos de los grupos que envejecen o de los grupos minoritarios, pueden influir en la forma en que son tratados los ancianos, así como en sus sentimientos hacia ellos mismos (p. 70).

El modelo de los ancianos como minoría exalta al igual que la teoría del medio social y la teoría de la modernidad, como el medio social es quien determina en gran medida como se suscita el proceso de envejecimiento. En la época contemporánea los comportamientos sociales desfavorables, bien podríamos decir negativos, han posicionado a los ancianos como una población minoritaria, imposibilitada de desarrollarse a plenitud en sus propios contextos vitales, lo que reafirma el periodo de crisis que atraviesa la vejez en el presente, tiempo en que los mayores han sido condenados a la no existencia y al vacío social (García, 2006).

CAPÍTULO III. LA MIGRACIÓN... CAUSA DE ASILAMIENTO

Existen múltiples causas que inducen a la institucionalización de los ancianos, entre las que destacan las familiares, sociológicas, económicas, físicas (estado de salud) y psicológicas. Causas que muestran cómo el asilamiento encarna un proceso multifactorial que es influido por circunstancias y condiciones vitales que comúnmente resultan ingobernables para los ancianos.

Los envejecidos del ámbito rural enfrentan una de las problemáticas que más ha impactado a México desde del siglo pasado: la migración, fenómeno poblacional que se agudizó en la década de los cuarenta, sesenta y ochenta del siglo XX (Contreras, 2015), transformando notoriamente las dinámicas familiares y sociales de las comunidades expulsoras e impactando en el bienestar de los ancianos, quienes al perder su red social de apoyo, se ven obligados a cursar esta etapa de la vida bajo condiciones de soledad y constantemente de abandono total.

Al constituir un fuerte nicho expulsor de fuerza de trabajo, México presenta un alto índice de “familias nucleares o extensas incompletas por tener miembros migrantes” (Montes de Oca y Sáenz, 2012, p. 87), lo que reestructura las dinámicas y la composición de las familias. Situación que más allá de modificar el funcionamiento sociocultural de sus miembros, impacta en el posicionamiento de los envejecidos a nivel familiar, reposicionamiento no siempre saludable para los mayores, sobre todo para aquellos en circunstancia de dependencia total, dado que ante una red familiar disminuida los ancianos cuentan con menos familiares a quienes recurrir en situación de crisis o emergencia.

Por otra parte, el éxodo de familias nucleares completas da como corolario el abandono relativo o total de los ancianos, quienes por diversos motivos no pueden acompañar a sus familiares al nicho receptor, entre los que destaca “el amor a la tierra, el apego por su hogar, dificultades físicas de movilidad” (Montes de Oca y Sáenz, 2012, p. 92), que terminan por alejar a los ancianos de su red familiar y seres queridos. Robles, Vázquez, Reyes, y Orozco (2006) en Miradas sobre la vejez, presentan el

mensaje de un envejecido a uno de sus hijos migrantes, que revela la forma en que la migración familiar impacta a la población anciana.

Querido hijo: si me estás escuchando, déjame decirte que me encuentro bien, aunque solo. Como sabes, tu mamá murió y los días son difíciles. Ya nada es igual, el tiempo a veces como que se detiene, el viento se niega a correr y el sol parece que ha perdido el brillo.

Tal vez tengas mucho trabajo, tanto que no te ha dado tiempo (de) venir a visitarme. Quizás también te has olvidado de mí. Acuérdate que hay teléfono en el pueblo. Todos los días estoy atento a los llamados que hacen en altavoz a personas para que acudan a contestar, pero mi nombre parece haber sido borrado.

Estoy bien, gracias a Dios. Tus hermanos, bien, también. Si alguna vez tienes tiempo de venir a visitarme, aquí te estamos esperando. ¡Cuídate, hijo, cuídate mucho!

Mensaje de don Hilario, para su hijo migrante (Robles, et al., p.1).

La migración representa un fenómeno poblacional que afecta de manera directa, y repercute hondamente en el bienestar emocional de los envejecidos, siendo que tal movimiento migratorio desfragmenta las estructuras familiares que brindaban apoyo y seguridad a los ancianos, mismo que en muchos casos se suscita de manera definitiva, lo que se traduce en vulnerabilidad, soledad y abandono para los mayores.

Montes de Oca y Sáenz (2012) señalan que los ancianos que han permanecido en los nichos expulsivos, mantienen contacto limitado con sus familiares, mientras que otros tantos han extraviado toda comunicación con ellos. Distanciamiento total o relativo que termina produciendo en los ancianos sensaciones de tristeza, desolación, ansiedad, vulnerabilidad, soledad, abandono, depresión e incertidumbre hacia el porvenir.

Estas autoras sostienen que los ancianos afectados por la migración, al encontrarse distanciados de sus cercanos y consanguíneos, representan la población anciana más proclive a envejecer bajo condiciones de alto riesgo, pues al no contar con su red de apoyo se ven obligados a sortear las dificultades de la cotidianidad por sí solos, de tal forma que resolver problemas comunes; pago de servicios, revisiones médicas, abastecimiento de insumos domésticos representa para ellos una encomienda de gran dificultad.

Situaciones que pueden verse agravadas por problemas mayores como la enfermedad, ya sea que derive de padecimientos estructurales o fisiológicos, terminan por imposibilitar a los ancianos de dar atención a sus necesidades fundamentales de manera óptima. Laforest (1991) explica que los padecimientos físicos (enfermedades), en los sujetos de edad avanzada terminan por limitar su autonomía e independencia, volviendo insorteables gran parte de las tareas diarias, lo que repercute en la salud emocional de los ancianos, quienes al sentirse incapaces de autoatenderse adecuadamente terminan por adentrarse en estadios anómicos poco saludables, como sensaciones de vulnerabilidad e impotencia ante problemas comunes, lo termina confinándolos en sus hogares, en el aislamiento social.

Se puede entender que la migración tiene repercusiones directas sobre los envejecidos, que como se ha descrito, tal movimiento poblacional se traduce en vulnerabilidad y soledad para los sexagenarios, volviendo la institucionalización asilar una opción para su seguridad y bienestar ante el distanciamiento y disminución de la red familiar, y la creciente demanda de atención y cuidados por parte de los ancianos, razones por las que, el internamiento asilar se convierte en una alternativa para garantizar el bienestar de los envejecidos.

La migración da como resultado la institucionalización de los ancianos, de aquellos senectes que permanecen en el nicho expulsor, siendo que los migrantes al distanciarse de sus lugares de origen, intentan dejar resueltas problemáticas inminentes e inevitables, como el cuidado de sus parientes de edades avanzadas, circunstancia que induce al asilamiento, dado que los establecimientos asilares son

instituciones que entrañan el objetivo de brindar protección y cuidado a los ancianos de forma permanente y en un espacio controlado (Foucault, 2009).

Los asilos de ancianos pueden ser comprendidos como espacios destinados a brindar refugio a aquellos ancianos que, por circunstancias vitales diversas, se ven obligados cambiar de residencia, movimiento mediante el cual pretenden salvaguardar tanto su integridad física como bienestar emocional. Empero, la función de estas instituciones no se reduce al cuidado de los envejecidos, sino al apoyo de su red familiar, en especial de aquellas que, a causa de problemáticas externas como la migración, se ven obligadas a desprenderse de sus viejos.

Con respecto a las características de la región Norte de Guerrero en el que se ubica el asilo estudiado y de la entidad federativa misma, resulta necesario aportar algunos datos relacionados a la forma en que se envejece en esta demarcación sureña. Al igual que el resto de los estados meridionales de México, Guerrero experimenta una paulatina pérdida de población que el INEGI adjudica al éxodo de sus habitantes. En tanto que algunos estados acrecientan su población, como por ejemplo Baja California Sur que observa un incremento de 5.8% en su número de habitantes, Guerrero sufre el mayor despoblamiento del país con un -2,8% (INEGI, 2019, p. 22). Además de Guerrero, este detrimento de población es padecido por un total de 13 entidades federativas mexicanas, entre las que se encuentran sus eternos pares en cuanto a marginación y expulsión migratoria: Chiapas y Oaxaca con un -2% y -1.4% respectivamente (INEGI, 2019, p. 23).

Guerrero, Chiapas y Oaxaca son expulsores de migrantes internacionales, aunque no en la medida de Jalisco y Michoacán, sin embargo, es importante destacar que los desplazamientos migratorios se nutren de la población joven, pues, en 2018, el 49.9% de los migrantes tenía de 18 a 29 años y el 39.6% de 30 a 59 años de edad (INEGI, 2019, p. 25), por lo que es importante inferir, que la población envejecida sufre el abandono de sus hijos e hijas por necesidades vinculadas a la búsqueda de empleo fuera del lugar de origen, como lo indicó el 67.7% de los migrantes encuestados por el INEGI (Ibíd., p. 25). En el marco de la migración internacional, según el Banco de

México (2019), en 2018 Guerrero captó más divisas (1,620.2 millones de dólares) que Chiapas (820.5), pero al lado de los fuertes expulsos tradicionales hacia el exterior como Jalisco que recibe 3,405.7 millones de dólares, se queda muy por detrás.

Asimismo, el estado de Guerrero observa otros fenómenos importantes: una alta dispersión demográfica y un rostro eminentemente rural. Si bien en el plano nacional, el 22% de su población vive en el medio rural, aun ajustándose al número de habitantes que el INEGI designa para que un espacio sea calificado como rural, en Guerrero este porcentaje se duplica, toda vez que el 42% de sus habitantes desarrolla su existencia en más de 7,289 localidades, 98.1% de las cuales tiene menos de 2,500 habitantes (Albarrán, 2016, p. 91). Esta dispersión extrema de su población entraña otros indicadores adversos, como el que muchas de las localidades se encuentren aisladas no únicamente por localizarse alejadas de los centros urbanos, sino también de las vías de comunicación que conducen a ellos.

Es necesario tener en cuenta que para el INEGI, una comunidad donde viven menos de 2,500 personas es rural; en tanto que para la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), la ruralidad de una comunidad la define el que vivan en ella menos de 15,000 personas, pues considera que ello es ante todo el indicador de una escasa diversidad económica y por tanto de exclusión de la estructura productiva de buena parte de sus habitantes, como se evidencia en el estado de Guerrero, donde el ingreso *per cápita* es uno de los más bajos del país (Morales, 2015, p. 254), que se refleja además en el hecho de que el 70.2% de los guerrerenses carezca de patrimonio (Ibíd., 255).

Asimismo, en cuanto a la intensidad de las carencias de los guerrerenses, de acuerdo con el INEGI, 76 de los 81 municipios de Guerrero se encuentran en alto y muy alto grado de marginación; esta abrumadora mayoría de municipios en situación de marginación se replica también en la región Norte de donde son originarios la mayoría de los ancianos asilados y donde se ubica el Adela Martínez, toda vez que esta medida de déficit alcanza a 13 de los 16 municipios que conforman la región.

Un dato digno de resaltarse en esta región colindante con los estados de Morelos y Puebla y asentada casi en su totalidad en la Depresión del Balsas, es que, en términos de marginación, dos de sus municipios habían logrado salir del estatus de “muy alta” marginación en el año 2000, para después hundirse de nuevo en 2005 en este nivel de enrarecimiento que indica que sus habitantes desarrollan su proceso de vida fuera de la estructura productiva y en alto grado de carencia. Este retroceso en el grado de sufrimiento de sus habitantes guarda un efecto espejo con el estado de Guerrero, permanentemente estancado en los más altos índices de marginación, y, por tanto, de pobreza como señala Morales (2015).

En el caso concreto del asilo Adela Martínez resaltan tres casos de ancianos que, derivado de la migración se vieron en la necesidad de recurrir a los servicios de esta institución; doña Josefina, doña Jacinta y don Aquiles, quienes una vez que la mayoría (o en su caso la totalidad) de sus consanguíneos directos (descendencia) migró hacia Estados Unidos de América (EUA), tomaron como alternativa la institucionalización asilar como medio para hacer frente a la separación con sus familiares y seres queridos.

Doña Josefina (88 años, 5 años asilada), enviudó en 1995 cuando su esposo murió de una infección en las vías respiratorias. En la actualidad reside en el asilo Adela Martínez dado que sus siete hijos radican fuera del estado de Guerrero, seis de ellos en Estados Unidos y una en Ciudad de Guzmán (Jalisco). La migración hacia el país vecino por parte de su descendencia inició en la década de los ochenta (1987), cuando su hija mayor migró por invitación de una de sus amigas, quien le ofreció un puesto laboral dentro de una pastelería. Posterior a ello inició la movilidad paulatina de los otros cinco, quienes, a su vez, por vía de la hija mayor tuvieron la posibilidad de ingresar en calidad de indocumentados a EUA y obtener un trabajo dentro de su misma empresa.

Por su parte, la menor de sus hijas, quien radica en Ciudad Guzmán, Jalisco es maestra de nivel preescolar, siendo la única de sus hijos que estudió una licenciatura, producto del apoyo recibido por sus hermanos en forma de remesas. Doña Josefina

explica que su hija estudió en la Normal Superior, dado que en los reiterados intentos que realizó para ingresar a la facultad de medicina de la Universidad Autónoma de Guerrero fue rechazada.

La movilidad de sus hijos terminó en el año 2004, cuando su hija menor obtuvo una plaza docente en el estado de Jalisco, a partir de ese momento empezó a habitar sola en su domicilio, situación que afrontó de manera adecuada hasta el año 2012, año en el que sufrió una caída dentro de su domicilio al intentar bajar unos escalones, causándose lesiones serias en la cadera. Consecuencia de tal accidente, y las limitaciones físicas que éste le ocasionó, la menor de sus hijas a petición de sus hermanos la trasladó a Ciudad Guzmán con ella, para poder brindarle los cuidados necesarios para su recuperación. Empero, al paso de tres meses y cuando la condición física de doña Josefina mejoró, esta decidió volver a su domicilio en Guerrero, en contra de los deseos de sus hijos.

Una vez instalada nuevamente en su antiguo domicilio, al no contar con ningún pariente directo que pudiese apoyarla en sus actividades de subsistencia cotidiana, y ante su negación a vivir con su hija en Jalisco, en consenso con su hija mayor tomaron la decisión, que doña Josefina ingresara al asilo Adela Martínez, resultado de su deseo de morir en su tierra natal y ser enterrada junto a su difunto esposo. En palabras de doña Josefina:

Me vine para acá después de que me caí, ya tengo aquí un buen rato, pero me gusta estar aquí porque, aunque sea estoy en mi tierra, al final uno debe de irse acostumbrando. Me caí cuando me quise subir por unas escaleras, para arreglar unas plantas que estaban en unas macetas de arriba, pero se me fue el pie y me fui al suelo, después de que me levanté, ya no quedé bien... ahí me, me llevaron a Jalisco, y pues mi hija la chica fue quien me cuidó, estuve un rato viviendo con ella y con sus hijos y esposo, pero después ya me quise venir, porque es bueno dejar a los hijos hacer su vida y mejor me vine. Mis hijos de Estados Unidos me hablaban por teléfono y me decían “mamá quédate, no te regreses, para que no estés sola”. Pero no, yo me quise regresar y pues ya me trajo mi hija con su

esposo en su coche, pero pues ya después mejor me vine para el asilo, porque después de estar enferma ya uno no sirve igual, y pues el asilo está tranquilo y aquí no le das lata a nadie, pero pues aquí en el asilo hay teléfono y mis hijos luego me hablan, pues porque como están en el Norte no pueden venir a verme, pero ellos pagan aquí el asilo, depositan el dinero para que los del asilo lo cobren y siempre le hacen igual. Cuando hablo con ellos les digo que estoy a gusto, que me dan comer y que tengo mi cuarto... pero pues mis hijos se preocupan, yo sé que están lejos, pero son buenos hijos, no hay de otra pues ellos tenían que irse porque no hay trabajo, pero pues yo estoy bien acá y aparte está cerca del panteón, para que si me muero me lleven, ahí mismo donde está mi esposo. Sí, si el asilo es tranquilo, es bueno, pero luego como todo se extraña andar afuera.

El caso de doña Josefina muestra con claridad cómo la migración terminó por orillarla a tomar como alternativa la institucionalización asilar, siendo que al no contar con una red familiar que le apoyase a sortear la cotidianidad después de su caída y como medida para no alejarse de su lugar de origen, optó por ingresar al Adela Martínez, decisión que como se explica fue tomada en común acuerdo con su hija mayor.

Es visible como el asilamiento de Doña Josefina es motivado tanto por la migración de su descendencia, como por su intención de ser enterrada en el lugar donde se encuentra su esposo difunto. De esta forma, se encuentra asilada por dos motivos concretos, 1) por no tener una red familiar que le permita continuar viviendo en su domicilio como es su deseo, resultado del distanciamiento geográfico de su familia derivado de la migración y 2) por la intención de ser sepultada con su difunto esposo, revelando los múltiples factores que impulsan la institucionalización de los ancianos.

Al igual que doña Josefina, don Aquiles se encuentra en el asilo Adela Martínez a consecuencia de la migración de su descendencia. La migración de su familia inició en el año 2000 cuando dos de sus tres hijos se fueron a Estados Unidos, producto del desempleo. Posterior a ello, en el año 2005, el último de sus hijos también migró al país

vecino por el mismo motivo. A la partida de sus hijos don Aquiles vivió en su domicilio junto a su esposa hasta 2015, año en el que su esposa falleció debido a complicaciones médicas.

A partir de ese momento don Aquiles vivió solo en su domicilio cerca de un año, tiempo en el que esperó reunirse con sus hijos en EUA, empero, ante la imposibilidad de sus hijos de obtener la documentación necesaria (dada su condición de indocumentados), para que su padre envejecido pudiera entrar legalmente al país, y ante las limitaciones físicas de don Aquiles para movilizarse de manera ilegal, se vio orillado a institucionalizarse en el asilo Adela Martínez.

El tiempo en que don Aquiles vivió solo en su domicilio, recibía dos llamadas telefónicas diarias, una por la mañana y otra por la tarde, monitoreos que sus hijos realizaban para saber cómo se encontraba, dadas las preocupaciones que les producía la soledad de su padre, quien al morir su esposa se confinó en su domicilio, saliendo solo para comprar insumos básicos y para cobrar el apoyo económico estatal (70 y más). Las palabras de don Aquiles son:

Estoy bien, luego hablo con mis hijos por teléfono, porque están del otro lado, todos se fueron porque pues, tenían que hacerse de sus cosas y aquí nada más no hay trabajo, tenían que ir a ver de dónde sacar dinero... yo me iba a ir allá con ellos, pero pues no se puede nunca tener los papeles y como mis hijos ya se fueron juntados, no pudieron sacar papeles nunca, aunque ya tengan varios años, nada más no les dan nada. Mis hijos viven juntos, por eso cuando me llaman aquí al asilo pues hablo con todos, yo ya hasta nietos tengo, pero no los conozco, porque pues ellos nacieron allá, pero sí hablan español porque mis hijos les enseñan. Yo si me quería ir con ellos, pues para no estar solo, pero sin papeles ni nada, qué se puede hacer, además yo no podía irme como ellos le hicieron, pues porque uno ya está viejo y no puedes atravesar el desierto, si te caes o lo que sea no la libras, pero mis hijos no querían que yo estuviera solo en la casa, por cualquier cosa, y mejor me vine, para que todo estuviera tranquilo, porque cuando estaba yo solo en la casa, solo me llamaban y me llamaban para

ver cómo estaba, y pues ya mejor salió la idea de irme al asilo, a uno de Cuernavaca, pero para qué tan lejos, si aquí hay uno y mejor me vine y mis hijos me dijeron que sí, para que me ayudara la gente del asilo, y ellos ya mejor, más tranquilos... El asilo está bien y tranquilo, me la llevo tranquilo, solo que luego sí me dan ganas de irme o decirle a mis hijos si pueden hacerle otra luchita para ver si me puedo ir con ellos y no estar aquí nada más esperando a que me hablen.

La migración conjugada con la pérdida, el fallecimiento de seres queridos conlleva constantemente el internamiento de los envejecidos, quienes, al enfrentarse al distanciamiento y la muerte de personas cercanas, pierden de manera irremediable su red social-afectiva, lo que desemboca de manera frecuente en la soledad y vulnerabilidad de los mayores. Si bien las pérdidas en la vejez son una constante (Papalia, et al., 2003), cuando estas pérdidas se suscitan en soledad suelen conllevar situaciones dramáticas y alterar las dinámicas familiares de manera drástica.

El caso de don Aquiles ejemplifica cómo las pérdidas en la vejez y por la migración, vuelven al proceso de asilamiento un mecanismo de protección para los ancianos, así como un apoyo vital para los familiares, quienes, ante la imposibilidad de brindar el apoyo y cuidado necesarios a sus parientes envejecidos, recurren a las instituciones asilares, bajo el propósito de ubicar a los ancianos en un espacio en que sean atendidos y se encuentren acompañados.

Esta situación muestra que el asilamiento representa en muchos casos un acto obligado por las circunstancias, familias que a causa de la migración se encuentran imposibilitadas de responsabilizarse personalmente de los ancianos, como es el caso de don Aquiles, quien derivado de la muerte de su cónyuge y la migración de sus hijos, ingresó al Adela Martínez para poder ser atendido por el personal del establecimiento, estar acompañado y no preocupar a sus hijos por vivir solo en su domicilio.

Asimismo, se vuelve notorio cómo frente al distanciamiento familiar originado por la migración y la institucionalización asilar de los ancianos, las familias generan

estrategias de comunicación y convivencia que les permiten dar seguimiento a sus lazos afectivos y sus responsabilidades filiales, las constantes llamadas que sostiene don Aquiles con sus hijos, develan uno de estos mecanismos, mismo que ha sido denominado “intimidad a distancia” (Fericgla, 2002, p. 286), y que en un sentido positivo configura una alternativa para fomentar los vínculos afectivos y mantener vivas las relaciones filiales entre la familia y el anciano, pese a las distancia y las circunstancias vitales que enfrentan:

“El teléfono adquiere una fundamental importancia como instrumento a través del cual se mantiene una relación regular de contenido emotivo e íntimo. La mayoría de ancianos jubilados o seniles se mantienen en contacto con la familia a través del teléfono y viceversa. Esta pauta conductual, a la que llamamos intimidad a distancia, constituye una característica importante de las relaciones familiares” (Fericgla, 2002, p. 287).

Por último, se presenta el caso de doña Jacinta, quien se encuentra en el asilo Adela Martínez por la ausencia de sus hijos, quienes radican en Estados Unidos. Doña Jacinta es madre soltera, tiene una hija y un hijo que emigraron de manera conjunta en 1999, fecha en la que empezó a vivir sola en su domicilio de manera independiente hasta el 2008, año en el que sufrió una embolia, padecimiento que le impidió continuar siendo autosuficiente. Por esta razón por la que su hijo se vio en la necesidad de regresar a atenderla durante unos meses, hasta que doña Jacinta mejoró y pudo estabilizarse. Antes de regresar a EUA, su hijo, llegó a un acuerdo económico con una de sus vecinas y conocidas cercanas, para que esta atendiera a doña Jacinta y la apoyara en la resolución de sus necesidades básicas; preparación de alimentos, quehaceres domésticos y compañía.

Del año 1999 al año 2008, doña Jacinta trabajó en el mercado vendiendo pollo y huevo, al ser productora de estos insumos desde su juventud, por lo que era económicamente independiente de sus hijos, siendo ella quien pagaba su manutención, atención médica y el acceso a bienes y servicios. Situación que se vio cancelada cuando sufrió una enfermedad vascular que le afectó arterias en el cerebro.

En el 2008 y después de tales contrariedades físicas, fue cuando su hijo llegó al acuerdo económico con su vecina y conocida cercana. Acuerdo que resultó positivo y de gran valía tanto para el bienestar de doña Jacinta como para la tranquilidad de sus hijos migrantes. Dicho acuerdo se vio cancelado en el año 2014, cuando la vecina y conocida cercana tuvo la oportunidad de cambiar de residencia a otra entidad federativa, lo que ocasionó que el hijo de doña Jacinta volviera una temporada más con ella para buscar otra persona que pudiese continuar con sus cuidados, al paso del tiempo y al no encontrar un sustituto de plena confianza optaron por la institucionalización asilar.

El estado de salud de doña Jacinta, el temor de dejarla bajo el cuidado de una persona desconocida y la imposibilidad de ser atendida por su descendencia (a causa de la migración), fueron en sí los motivos que potenciaron su internamiento asilar. Situación que muestra que las instituciones asilares, más allá de configurar espacios destinados al cuidado y atención de los ancianos (Barenys, 1992), son espacios que permiten a la red social-afectiva de los envejecidos continuar cumpliendo su responsabilidad filial, pese a las adversidades vitales en se encuentren. Doña Jacinta comenta:

Yo estaba bien y vendía bien, ya tenía todos mis clientes, hasta me esperaban, hasta que yo abriera para llevarse su pollo, porque pues yo sí lo daba fresco y todo, porque yo siempre vendí pollo y de ahí toda mi vida, yo vendía bien, pero luego todo se complicó, por eso de mi salud, pues me dio una chingadera, una embolia, nada más ya no tenía fuerza y mi brazo ya no daba. Pero antes yo estaba bien... después ya se vino mi hijo para ver cómo estaba, y pues siempre viene él pues porque es el menor y él no tiene hijos, pero cuando lo vi le dije “hijo, no, te hubieras quedado allá, para que no pierdas tu trabajo”, pero pues él vino y estuvo aquí un rato, para cuidarme y llevarme al médico, porque eso de enfermarse es muy caro, solo veía puro gasto, en médicos y que luego ir a la farmacia por el medicamento, y pues luego ya, ya él tenía que irse otra vez por eso de su trabajo, para que no se lo quitaran y pues habló con mi comadre, que

vive enfrente, para que me cuidara, porque ella de por sí ya me cuidaba desde que me había enfermado, en lo que llegaban mis hijos, porque iban a venir los dos, pero por tanto gasto solo vino uno, y luego pues siempre me cuidó ella, mi comadre, pero luego su hijo se la llevó allá para abajo, no sé dónde, pero ya me quedé otra vez sola y volvió a venir mi hijo, pero pues no quiso ya que nadie me cuidara, porque nadie le gustaba, y pues para que no hubiera preocupaciones ya me vine al asilo, para que mis hijos puedan estar bien y echarle ganas a su trabajo y pues comprarse sus cosas, aquí estoy bien, porque pues la gente me da mi comida y me dicen que me tome mis medicinas, para que no me vuelva a enfermar.

En el caso de doña Jacinta es visible la función de los establecimientos asilares, como espacios de cuidado y atención para aquellos ancianos que resultado de problemáticas sociales (migración) y físicas (discapacidad, enfermedad), no pueden responsabilizarse de sí mismos, y necesitan apoyo para realizar sus actividades básicas de subsistencia cotidiana. Goffman señala que una de las funciones principales de las instituciones asilares se fundamenta en brindar atención a sujetos imposibilitados de cuidarse de forma óptima por sí solos (Goffman, 2001).

Las limitaciones físicas de doña Jacinta, así como el distanciamiento geográfico de sus hijos, hacen de su envejecimiento de alto riesgo, por lo que su institucionalización resulta más que necesaria, fundamental para su bienestar, mostrando que el proceso de asilamiento representa en muchos casos una alternativa de salud y bienestar, sobre todo para aquellos ancianos que se encuentran distanciados de sus redes social-afectivas.

De esta forma los movimientos migratorios configuran una causa de internamiento en el asilo rural Adela Martínez, mostrando la importancia de las instituciones asilares en la época contemporánea, dado que al efectuarse estos movimientos poblacionales los ancianos quedan constantemente imposibilitados de continuar en sus hogares, derivado de la usencia de una red social-afectiva que les apoye en la vida cotidiana, situación que coloca a la institucionalización como

alternativa de vida, seguridad y tranquilidad tanto para los envejecidos como para sus consanguíneos.

Frente al fenómeno poblacional de la migración y las problemáticas que despierta, específicamente a nivel familiar, la función social de los asilos de ancianos, se vuelve notoria, como espacios de cuidado y protección para los sujetos de edad avanzada, revelando su actual naturaleza, como instituciones que en la época contemporánea encarnan una “fase específica de la evolución de aquellas instituciones cuya función dentro de la sociedad ha sido dar cobijo, custodiar, recluir a individuos con fines dispares” (Barenys, 1992, p. 4), mostrando la importancia de estos establecimientos a nivel global, que ante las nuevas y emergentes problemáticas que aquejan a la población envejecida, deben responsabilizarse cada vez más de un mayor número de ancianos.

CAPÍTULO IV. CARACTERIZACIÓN DEL ASILO ADELA MARTÍNEZ: ESPACIO, TIEMPO Y ACTIVIDAD

Asilo Adela Martínez: la etnografía

El terreno donde se encuentra edificado el asilo tiene forma rectangular, con un área de aproximadamente 3,534m². Dos de sus lados miden 62m y los dos lados restantes 57m. Todo su perímetro se encuentra circulado con maya ciclónica de una torsión (3m de altura), la cual se encuentra instalada en postes de concreto. Al pie de cada uno de los postes fueron sembradas buganvillas, mismas que se extienden por la maya ciclónica y fungen como barrera natural, impidiendo la visibilidad plena del asilo tanto hacia el interior como al exterior.

El asilo Adela Martínez, existen dos entradas contiguas e independientes, una para el acceso de personas y otra para vehículos. La entrada para personas mide aproximadamente 1.5 metros de ancho y 2.5m de alto, y consta de una puerta estructurada con tubos, maya ciclónica y un pequeño cerrojo pasador el cual es cerrado con candado. Los tubos estructuran el contorno de la puerta y la maya ciclónica el cuerpo de esta, por lo que es posible mirar a través de ella. La entrada vehicular posee la misma estructura, pero esta consta de un portón de dos hojas de 6m de ancho y 2.5m de alto, mismo que es cerrado con un cerrojo pasador de tamaño mediano cerrado por un candado.

En su interior cuenta con un edificio principal, donde se encuentran las habitaciones, la cocina, los baños, el comedor y la sala de televisión. El edificio cuenta con dos alas, la primera de ellas posee una forma rectangular, con 15m de ancho y 27m de largo (405m² área), donde se ubican las habitaciones y los baños. La segunda ala también rectangular es de 17m de ancho y 15m de largo (255m² de área), y en ella se encuentra la cocina, el comedor y la sala de televisión. En total este edificio consta de 660m² de área total. La entrada principal al edificio se encuentra a un costado y tiene aproximadamente 3m de ancho, la puerta es de dos alas y cierra por dentro y por fuera por medio de una cerradura de pasador. Generalmente esta puerta es cerrada las 11:00 pm y abierta a las 7:00 am, el resto del tiempo está abierta.

Por su parte, la bodega mide 6m de ancho y 8m de largo, y en esta se guardan generalmente la ropa de cama, en especial la de invierno, dado que solo es utilizada por los ancianos asilados un par de meses al año (diciembre y enero), asimismo sirve como almacén para sillas de ruedas, andaderas y bastones. En este mismo espacio se encuentran herramientas de jardinería y de cocina.

El Adela Martínez también posee una palapa de reposo rectangular, de 7m de ancho y 12m de largo, no tiene paredes, solo un techo de dos aguas de lámina de asbesto, sostenida por seis pilares de concreto, el piso es de adoquín para exterior (jardín) y el contorno de esta es delimitado por plantas ornamentales de la región colocadas en macetas de barro.

El área de lavado consta de un depósito de agua con capacidad para 3,000l, y un lavadero de cemento, ambos techados con lámina de asbesto y sostenido con postes de concreto. El estacionamiento mide aproximadamente 6m de ancho por 15m de largo, medidas que permiten el acceso de una ambulancia en caso de emergencia médica (no se ha presentado emergencia médica en la administración presente). El resto del asilo está conformado por aéreas verdes, ninguna de ellas tiene pasto, la vegetación presente la constituyen árboles de la región y plantas ornamentales endémicas.

El edificio principal

Las habitaciones

Como se ha descrito y como lo muestra el croquis del Asilo Adela Martínez, las 12 habitaciones o dormitorios se localizan al interior del edificio principal, cada una de ellas tiene 4m de ancho y 5m de largo, las habitaciones son ocupadas por dos asilados del mismo género. Las habitaciones cuentan con dos camas, dos roperos, una ventana y un foco de luz. Las camas son individuales, los colchones muestran un marcado deterioro por el uso y como mencionan algunos de los internos “hacen ruido cuando se acuesta” “suenan mucho”, los tambores de las camas son metálicos y

desarmables, pero la gran mayoría de estas han sido soldadas por haberse averiado, por eso no es posible desarmarlas.

Los roperos son de madera e individuales, cada uno de ellos con tres cajones y un colgador de ropa, los roperos cuentan con puerta, en la que se encuentra integrado un espejo, a pesar de tener cerradura, no es posible cerrarlos, dado que los internos no poseen las llaves. Las ventanas no utilizan cortinas, motivo del vidrio esmerilado, mismo que impide poder mirar hacia afuera o hacia adentro. Las ventanas abren de manera corrediza y tienen un mosquitero metálico al igual que barrotes en la parte externa. El foco de luz es encendido y apagado desde un único apagador, que se ubica a la entrada, junto a la puerta.

Las puertas de las habitaciones cierran con chapa cerradura tipo bola, mismas que tienen los seguros inhabilitados, para que de esa manera no puedan ser cerradas ni por dentro ni por fuera. Esto con la finalidad de poder acudir al llamado de los asilados en caso de emergencia médica u otro motivo que demande la presencia del personal del asilo.

La asignación de las habitaciones depende la disponibilidad de las mismas, según la habitación disponible los ancianos recién internados son asignados. Las permutas de las habitaciones son posibles, todo a petición de los ancianos y la disponibilidad de habitaciones. La gran mayoría de los ancianos se encuentra en la habitación que les fue asignada a su ingreso, solo hay dos casos donde fue solicitada la movilidad.

Los sanitarios y las regaderas

Existen dos sanitarios en el asilo Adela Martínez. Un sanitario con un inodoro y una regadera para los ancianos, y un sanitario con un inodoro y una regadera para las ancianas. Los sanitarios se encuentran ubicados a un costado de los dormitorios, estos no tienen azulejo, y cada sanitario es exclusivo para los ancianos de un mismo género. Cada sanitario cuenta con un inodoro, un lavabo y una regadera. La división de este

espacio es demarcada por una cortina de plástico, la cual separa la regadera del inodoro y el lavabo.

El inodoro del sanitario de los ancianos es de color blanco, el lavabo es de color azul, y ambos se encuentran descoloridos debido al sarro. El inodoro de los ancianos no tiene tapa en el tanque de agua, en su lugar está colocada una tabla de manera, sobre el que es colocado el papel higiénico. El inodoro y el lavabo del sanitario de las ancianas es de color blanco, ambos con cuarteaduras debido a su antigüedad y en el lavabo solo funciona una de sus dos llaves de agua.

En este espacio (ambos sanitarios) se encuentra una silla de plástico, que es utilizada por los ancianos al momento de bañarse para colocar su ropa. La silla se encuentra usualmente de bajo de la regadera, y es colocada frente al inodoro al momento de tomar una ducha, una vez que han terminado, la silla vuelve a ser colocada en su lugar.

Cada interno posee una pequeña cubeta, donde transporta sus objetos de higiene personal al momento de afeitarse, dado que en el baño no hay jabón, shampoo, rastrillos, etc. Estos son personales, la institución provee a los asilados de los artículos necesarios, sin embargo, la mayoría de los ancianos recibe estos enseres de sus familiares, por eso los artículos personales son distintos entre sí.

El comedor y el área de televisión

El comedor consta de dos mesas de madera, ambas mesas con capacidad para diez personas, tienen un aproximado de 8m de largo con un ancho de 2m, dada su angostura las mesas cuentan con ocho patas, y fueron mandadas a hacer especialmente para el espacio en que se localiza el comedor. Ambas mesas están cubiertas con manteles de plástico de color azul y floreados, mismos que tienen pequeños agujeros que permiten ver la madera de la mesa.

Las sillas del comedor son de plástico, madera y metálicas, las sillas comúnmente se encuentran colocadas en la mesa, pero también son utilizadas para otras actividades como ver televisión. Las sillas de plástico son de color blanco y su textura es rugosa resultado de su constante uso, las sillas de madera han sido reparadas en más de una ocasión. Situación que se hace visible en la abundante cantidad de clavos con las que se han reparado y las sillas metálicas son de color gris, que producto del uso han perdido la cuadratura y la mayoría tiene falso en alguna de sus patas.

Contiguo al comedor se encuentra el área de televisión, entre estos dos espacios no existe separación alguna. El área de televisión es conformada por un televisor 32 pulgadas, dos sillones acojinados y dos sillas acapulqueñas. El televisor se encuentra sobre una repisa de madera que se encuentra en la pared sostenida con soportes pie de amigo, a una altura aproximada de 1.20m. La televisión no tiene control remoto, por lo que su uso es manual.

A tres metros de distancia se encuentran los sillones acojinados y las sillas acapulqueñas. Los sillones acojinados son de color café chocolate, con manchas de jabón en los descansabrazos y el respaldo, dado su constante lavado. Las sillas acapulqueñas tienen todas sus cuerdas, mismas que se encuentran reseca por su antigüedad, una de las sillas es de color verde fosforescente y la otra de colores múltiples.

Plano de la distribución del espacio del asilo Adela Martínez

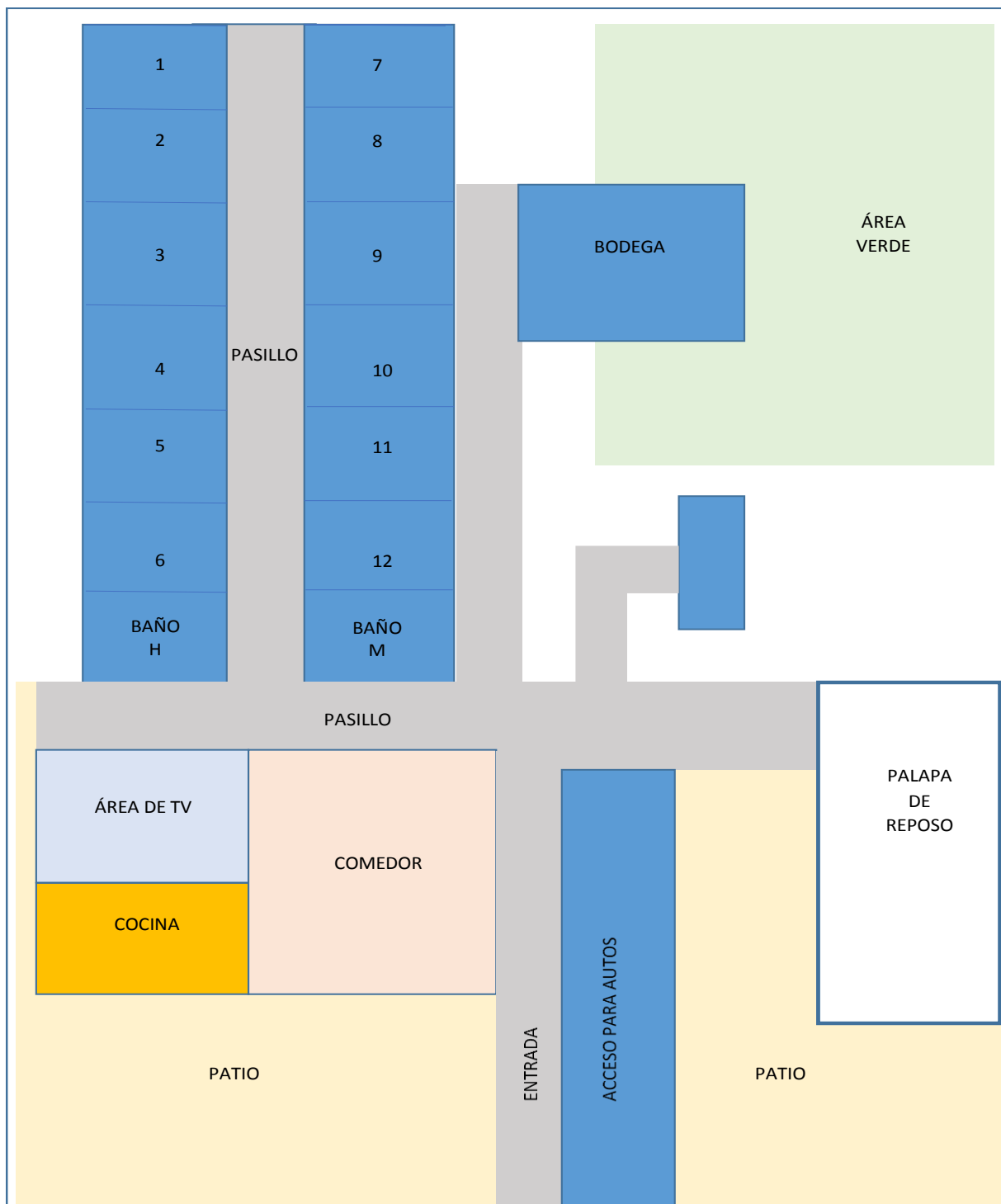


Figura 1. Plan de trabajo para la investigación de campo

Los horarios

La rutina del asilo da inicio a las 7:00 am cuando la puerta del edificio principal es abierta, a esa hora la mayoría de los asilados, especialmente los varones ya están despiertos, solo que no pueden salir al patio dados los horarios establecidos por la institución. Una vez que la puerta es abierta los ancianos que deseen salir al patio pueden hacerlo, generalmente solo salen a la entrada del edificio, saludándose unos a otros y algunos de los internos encienden un cigarrillo, sin importar que el consumo de estos productos esté prohibido en el reglamento institucional.

El desayuno da inicio a las 8:00 am y termina a las 9:00 am. Este consta de un pan de dulce (concha) de tamaño mediano y atole. Por lo regular el pan es de sabor a chocolate y en contadas ocasiones de vainilla, el atole con un sabor distinto diariamente (arroz, ciruela, pinole, amaranto, maíz, cajeta, chocolate). Es tomado en tasas y los internos pueden consumir el que necesiten, hasta que este se termine por completo.

Al terminar el desayuno los asilados, se encuentran libres hasta las 11:00 am, hora en que es servido el almuerzo, este tiempo lo emplean en ordenar su cuarto, distraerse o asearse corporalmente. Por lo regular las personas que toman una ducha a esta hora son los de menor longevidad (doña Paula, don Alejandro, don Anselmo). Dado que la regadera carece de boiler, y al solo contar con un calentador solar a esta hora de la mañana el agua no es agradable para los ancianos de edades más avanzadas.

La hora del almuerzo es de 11:00 am a 12:30 pm, los mayores acuden a las mesas del comedor, toman asiento según los espacios disponibles, por lo que no existe un orden asignado para cada asilado, empero, los ancianos al paso del tiempo han ido establecido su lugar predilecto, mismo que es respetado por el resto. El menú del almuerzo es distinto diariamente, y solo se prepara un platillo por día, que por lo general es huevo preparado (huevo en salsa verde o roja de jumil, huevo aporreadillo, huevo ahogado, huevo con chicharrón, huevo a la mexicana, huevo con jamón, etc.),

cada almuerzo es completando con tortillas y con frijoles guisados o payanados, mismos que son servidos sobre el plato principal.

Una vez que los mayores terminan el almuerzo, se encuentran libres de toda actividad, espacio que aprovechan para ver televisión, jugar cartas, tomar una siesta, asearse corporalmente, conversar, leer, caminar por el patio, tomar el sol, o cualquier otra actividad que les agrade o necesiten realizar. Por lo general, las actividades recreativas como jugar cartas o conversar, las realizan en la palapa de reposo, dado que en esta parte del asilo se encuentran bajo techo y pueden refrescarse con el viento.

A las 3:30 pm empieza a servirse la comida, misma que concluye a las 5:00 pm. El menú de la comida cambia diariamente y se prepara al igual que en el almuerzo un platillo por día, (chile con chicharrón, albóndigas de res, picadillo, caldo de pollo, pechuga de pollo empanizada, enchiladas de verdolagas, tortas fritas de papa, adobo de puerco, etc.), cada comida tiene como entrada sopa de pasta, y es complementada con salsa, arroz o frijoles, que son colocados en las mesas en pequeños recipientes de plástico con forma de molcajete, para que los internos puedan completar sus alimentos según sus requerimientos.

Al concluir la comida, los internos pasan su tiempo de manera general en actividades recreativas o de aseo corporal, siendo que en este horario el agua de la regadera es cuando alcanza su temperatura máxima, la cual es aprovechada por los ancianos de mayor edad, a quienes el agua semitemplada de las mañanas no les es grata. Es después de la comida cuando el área de televisión se vuelve más concurrida, los ancianos se reúnen a ver telenovelas, noticiarios u otros programas que sean de su agrado. Por lo regular el anciano que enciende la televisión es quien elige la programación, empero por lo general la mayoría sintoniza la telenovela que la mayoría desea ver.

Al oscurecer, a las 7:30 pm a 8:00 pm empieza a servirse la merienda, se ofrece a los ancianos asilados chocolate caliente o té (manzanilla, limón, canela, tila, anís,

romero, jamaica, jengibre, etc.), el cual es complementado con galletas estilo María. La merienda es servida en el comedor, pero la mayoría de los internos, lleva su tasa de chocolate caliente o té, con las galletas que desee, al lugar que prefiera, algunos consumen sus alimentos viendo televisión, platicando de pie afuera del edificio principal o en la palapa de reposo. De igual manera, si alguno de los internos lo requiere se recalienta un plato de la comida que fue servida en el horario de la comida.

Posterior a la merienda la mayoría de ancianos se retira a sus habitaciones, algunos permanecen en el área de televisión, otros salen al patio a fumar un cigarrillo o a caminar por el patio sin sol, concentrándose regularmente en la palapa de reposo, donde pasan las últimas horas del día conversando entre sí y tomando el viento fresco de la noche. La puerta del edificio principal es cerrada a las 11:00 pm, motivo por el que deben regresar a las instalaciones del edificio e ingresar a sus habitaciones.

El horario de visita del asilo Adela Martínez es de lunes a domingo de 9:00 am a 7:00 pm, pero este horario a pesar de lo holgado no es flexible. Si algún visitante llega antes o quiere retirarse después le es permitido. No existe un espacio exclusivo para que los ancianos reciban visitas, estas pueden acompañarlos por todas las instalaciones del asilo. Cuando alguna comida se entrecruza con una visita, los visitantes pueden acompañar al envejecido a consumir sus alimentos, empero al visitante no le es permitido comer, esto con la finalidad de no descompensar las porciones alimenticias preparadas... y sobre todo en el horario de comida, donde se procura reservar alimentos, por si alguno de los internos tiene apetito en el horario de merienda. Las visitas, si bien pueden realizarse de lunes a domingo, es en los fines de semana cuando más visitas reciben los internos, mismas que por lo regular inician a las 10:00 am y concluyen generalmente a las 6:00 pm.

Esta rutina descrita, es esporádicamente modificada por algunas actividades de esparcimiento, que son llevadas a cabo por diversos grupos religiosos, quienes en ocasiones acuden a las instalaciones del asilo Adela Martínez, para realizar un ciclo de cine, platicar con los ancianos, siendo que en muchos casos la finalidad que estos grupos albergan es la conversión de los ancianos a su religión.

Trabajo de campo

El presente apartado desarrolla una descripción puntual del asilo Adela Martínez, en la que se describen de manera profunda tanto sus instalaciones; áreas internas (dormitorios, sanitarios, comedor, etc.) y sus espacios externos (patios, jardines, palapa de reposo, etc.), como las rutinas y horarios que imperan en su proceder cotidiano. Con la finalidad de profundizar en el conocimiento de cómo se desarrolla la vida al interior de esta institución asilar, así como los mecanismos que permiten su funcionamiento.

La observación se realizó en los meses de octubre y noviembre de 2018, y de enero, febrero, marzo, abril, mayo y junio de 2019, asistiendo a las instalaciones del asilo dos veces por semana los meses de octubre y noviembre de 2018; enero y febrero 2019. Los meses de marzo, abril, mayo y junio de 2019 se asistió una vez a las instalaciones del Adela Martínez por semana. Los días que se llevó a cabo la observación no fueron fijos, se realizó alternando dos horarios específicos de 8:00 am a 14:00 pm y de 14:00 pm a 8:00 pm, con el propósito de conocer la cotidianidad de esta institución asilar.

Mes de octubre 2018. En la primera semana las visitas se realizaron en días contiguos lunes y martes, y en horarios consecutivos, lunes de 8:00 am a 14:00 pm, martes de 14:00 pm a 8:00 pm. En la segunda semana, el procedimiento observacional se realizó los días miércoles de 8:00 am a 14:00 pm y jueves de 14:00 pm a 8:00 pm. En la tercera semana las visitas fueron el viernes de 8:00 am a 14:00 pm y sábado de 14:00 pm a 8:00 pm. La cuarta semana se asistió al asilo los días domingo de 8:00 am a 14:00 pm y lunes de 14:00 pm a 8:00 pm.

Mes de noviembre 2018. En la primera semana de noviembre las visitas se realizaron los días martes (8:00 am a 14:00 pm) y miércoles (14:00 pm a 8:00 pm). Segunda semana jueves (8:00 am a 14:00 pm) y viernes (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, sábado (8:00 pm a 14:00 pm) y domingo (14:00 pm a 8:00 pm). Cuarta semana, lunes (8:00 pm a 14:00 pm) y martes (14:00 pm a 8:00 pm). Volviendo a los días con los que dio inicio la observación en el mes de octubre.

Mes de enero 2019. Las visitas al asilo en el mes de enero (primera semana), fueron retomadas el primer jueves del mes, en el horario 8:00 pm a 14:00 pm, por lo que la observación del día viernes fue de 14:00 pm a 8:00 pm. Segunda semana, sábado (8:00 pm a 14:00 pm) y domingo (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, lunes (8:00 pm a 14:00 pm) y martes (14:00 pm a 8:00 pm). Cuarta semana, miércoles (8:00 pm a 14:00 pm) y jueves (14:00 pm a 8:00 pm).

Mes de febrero 2019. Visitas Primera semana, viernes (8:00 pm a 14:00 pm) y sábado (14:00 pm a 8:00 pm). Segunda semana, domingo (8:00 pm a 14:00 pm) y lunes (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, martes (8:00 pm a 14:00 pm) y miércoles (14:00 pm a 8:00 pm). Cuarta semana miércoles (8:00 pm a 14:00 pm) y jueves (14:00 pm a 8:00 pm), (en este mes dada su corta duración, se empalmaron los días miércoles de la tercera y cuarta semana, con la finalidad de no romper la dinámica de observación en días contiguos en los meses siguientes). Concluyendo en este mes el periodo en que se realizaron dos visitas semanales al asilo Adela Martínez.

En los meses de marzo, abril, mayo y junio de 2019, se asistió al asilo una vez por semana. Realizando las visitas en días consecutivos con una semana de intervalo y conjugando los horarios de 8:00 pm a 14:00 pm y 14:00 pm a 8:00 pm. Marzo, primera semana día lunes (8:00 pm a 14:00 pm). Segunda semana, martes (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, miércoles (8:00 pm a 14:00 pm). Cuarta semana, jueves (14:00 pm a 8:00 pm).

Abril, primera semana, viernes (8:00 pm a 14:00 pm). Segunda semana, sábado (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, domingo (8:00 pm a 14:00 pm). Cuarta semana, lunes (14:00 pm a 8:00 pm).

Mayo, primera semana, martes (8:00 pm a 14:00 pm). Segunda semana, miércoles (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, jueves (8:00 pm a 14:00 pm). Cuarta semana, viernes (14:00 pm a 8:00 pm).

Junio, primera semana, sábado (8:00 pm a 14:00 pm). Segunda semana, domingo (14:00 pm a 8:00 pm). Tercera semana, lunes (8:00 pm a 14:00 pm). Cuarta semana, martes (14:00 pm a 8:00 pm).

La alternación de días y horarios en las visitas realizadas a lo largo del periodo de campo, permitió observar y analizar, la infraestructura, las instalaciones y los espacios del asilo Adela Martínez, así como las rutinas y las actividades que realizan los ancianos internados cotidianamente. Conocer de manera observacional el funcionamiento interno del asilo y la manera en que los ancianos desarrollan su existencia, resultó fundamental para la comprensión de lo que la institucionalización configura para los envejecidos que lo experimentan. A continuación, se presentan los esquemas de las actividades de la observación etnográfica:

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		OCTUBRE						
		L	M	MI	J	V	S	D
OCTUBRE 2018	Día de la semana	1	2	3	4	5	6	7
		8am-2pm	2pm-8pm					
		8	9	10	11	12	13	14
				8am-2pm	2pm-8pm			
		15	16	17	18	19	20	21
	Horario de observación					8am-2pm	2pm-8pm	
		22	23	24	25	26	27	28
								8am-2pm
		29	30	31				
		2pm-8pm						

Cuadro 1. Actividades de observación de octubre

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		NOVIEMBRE						
		L	M	MI	J	V	S	D
NOVIEMBRE 2018	Día de la semana				1	2	3	4
		5	6	7	8	9	10	11
			8am-2pm	2pm-8pm				
		12	13	14	15	16	17	18
	Horario de observación				8am-2pm	2pm-8pm		
		19	20	21	22	23	24	25
							8am-2pm	2pm-8pm
		26	27	28	29	30		
		8am-2pm	2pm-8pm					

Cuadro 2. Actividades de observación de noviembre

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		ENERO						
		L	M	MI	J	V	S	D
ENERO 2019	Día de la semana		1	2	3	4	5	6
					8am-2pm	2pm-8pm		
		7	8	9	10	11	12	13
							8am-2pm	2pm-8pm
		14	15	16	17	18	19	20
	Horario de observación	8am-2pm	2pm-8pm					
		21	22	23	24	25	26	27
				8am-2pm	2pm-8pm			
		28	29	30	31			

Cuadro 3. Actividades de observación de enero

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		FEBRERO						
		L	M	MI	J	V	S	D
FEBRERO 2019	Día de la semana					1	2	3
						8am-2pm	2pm-8pm	
		4	5	6	7	8	9	10
								8am-2pm
		11	12	13	14	15	16	17
	Horario de observación	2pm-8pm						
		18	19	20	21	22	23	24
			8am-2pm	2pm-8pm				
		25	26	27	28			
				8am-2pm	2pm-8pm			

Cuadro 4. Actividades de observación de febrero

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		MARZO						
		L	M	MI	J	V	S	D
MARZO 2019	Día de la semana					1	2	3
		4	5	6	7	8	9	10
		8am-2pm						
		11	12	13	14	15	16	17
	Horario de observación		2pm-8pm					
		18	19	20	21	22	23	24
				8am-2pm				
		25	26	27	28	29	30	31
					2pm-8pm			

Cuadro 5. Actividades de observación de marzo

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		ABRIL						
		L	M	MI	J	V	S	D
ABRIL 2019	Día de la semana	1	2	3	4	5	6	7
						8am-2pm		
		8	9	10	11	12	13	14
							2pm-8pm	
		15	16	17	18	19	20	21
	Horario de observación							8am-2pm
		22	23	24	25	26	27	28
		2pm-8pm						
		29	30					

Cuadro 6. Actividades de observación de abril

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		MAYO						
		L	M	MI	J	V	S	D
MAYO 2019	Día de la semana			1	2	3	4	5
		6	7	8	9	10	11	12
			8am-2pm					
		13	14	15	16	17	18	19
	Horario de observación			2pm-8pm				
		20	21	22	23	24	25	26
					8am-2pm			
		27	28	29	30	31		
						2pm-8pm		

Cuadro 7. Actividades de observación de mayo

ACTIVIDADES DE OBSERVACION		JUNIO						
		L	M	MI	J	V	S	D
JUNIO 2019	Día de la semana						1	2
		3	4	5	6	7	8	9
							8am-2pm	
		10	11	12	13	14	15	16
	Horario de observación							2pm-8pm
		17	18	19	20	21	22	23
		8am-2pm						
		24	25	26	27	28	29	30
			2pm-8pm					

Cuadro 8. Actividades de observación de junio

CAPÍTULO V. MOTIVOS DE ASILAMIENTO

El proceso de institucionalización como se ha descrito significa para los ancianos que lo experimentan una ruptura vital, que altera por completo su estilo y calidad de vida, situación que despierta en la generalidad de los casos estadios anómicos en los envejecidos, volviendo esencial comprender las causas que lo originan y la forma en que es asimilado por los sujetos, una vez institucionalizados quedan al margen de la sociedad y la participación social.

El estudio de las causas de institucionalización en este capítulo se abordan a partir de literatura especializada en la temática y en la recopilación de datos etnográficos obtenidos de tres fuentes de información primaria; los ancianos institucionalizados, el personal del asilo Adela Martínez (enfermeras, administrativos) y familiares, que a través del diálogo etnográfico, la entrevista en profundidad, la observación participante y la observación acompañante brindaron información categórica para profundizar en el análisis de las causas que originan la institucionalización de los envejecidos.

La institucionalización puede presentarse de manera voluntaria, cuando el envejecido toma la decisión de autoingreso, o lo hace de manera involuntaria cuando es forzado por terceros a tomar tal alternativa. Fericgla (2002) esquematiza que los motivos de ingreso voluntario e ingreso involuntario responden a dos causas específicas; psicológicas y sociológicas, que dejan entrever que a pesar de que sean los ancianos los orquestadores de su institucionalización, ejecutan dicha acción obligados por circunstancias adversas que atraviesan.

Dentro de las causas psicológicas destacan malestares como “soledad, malas relaciones familiares, miedo a morir abandonado, sentimiento de representar una molestia para los demás”, las sociológicas son conformadas por carencias como “falta de vivienda, falta de servicios médicos en el domicilio” (Fericgla, 2002, p. 302). Las causas psicológicas o sociológicas revelan que la institucionalización, así se presente

de manera voluntaria por parte de los envejecidos, estos son coaccionados por las problemáticas que enfrentan en su cotidianidad.

En esta perspectiva, Bazo (1991) describe que las causas que influyen en el internamiento de los ancianos son promovidas principalmente por tres variables: “a) el creciente deterioro físico; b) la incapacidad o falta de voluntad de las personas con quienes convive de prestar cuidados que el anciano necesita, y c) la falta de unos servicios comunitarios que ayuden a mantener una vida independiente” (p. 157). De nueva cuenta se hace visible que la institucionalización se presenta de forma común como un acto obligado por las circunstancias, a pesar de ser voluntario, es resultado de las adversidades en que se hallan los ancianos.

Realizando una esquematización de las causas descritas, psicológicas y sociológicas que impulsan el asilamiento de los ancianos, se puede analizar que dejan entrever la presencia de otras determinantes que inducen la institucionalización, como la situación económica, familiar y el estado físico de los envejecidos (salud corporal). Razón por la que estas tres determinantes complementan las dos causas de internamiento ya teorizadas (psicológicas y sociológicas). El estudio del proceso de asilamiento es abordado considerando cinco aspectos primordiales; familiares, sociológicos, económicos, físicos y psicológicos (Asili, 2004). Determinantes básicas para la prudente interpretación de las causas y motivos que originan la institucionalización dentro del asilo Adela Martínez, por lo que el análisis consecutivo de estos cinco factores resulta sustancial para el entendimiento del proceso de asilamiento.

El primer factor que se aborda es el familiar, en consideración de que es generalmente la familia la red social más cercana de los sujetos, y es esta institución la base de la organización social y comunal, al ser el punto donde los sujetos adoptan la cultura, formas de pensar, sentir y actuar, para Hegel la familia “es la conformidad del amor y de la disposición de ánimo que se confía; o sea, el espíritu en cuanto familia es espíritu sensante” (Hegel, 2017, p. 225). Es decir, el pensador considera que el espíritu

se compone de vida y amor que se unifican en los desgarros época les, mostrando la indispensabilidad de la familia a nivel social e individual.

En el mismo talante, Cordero, Cabanillas y Lerchundi (2003) destacan en su investigación social sobre adultos mayores, acuñan dos definiciones de familia que más que ilustrativas, son funcionales para el estudio de la vejez, y el entendimiento de la importancia que tiene la familia para los sujetos una vez envejecidos. La primera, es una definición pragmática con un sentido antropológico amplio y la segunda –quizá la más interesante– es la definición idealizada de los ancianos. Según estos autores:

- 1) El concepto familia refiere a un grupo social determinado, constituido por personas vinculadas por la sangre, el matrimonio o la adopción, que casi siempre comparte una residencia común, formas de cooperación económica, ayuda mutua, reproducción y cuidado de la descendencia y por qué no, la ascendencia (padres, abuelos, tíos).
- 2) La familia, percibida desde la visión de las personas de edad, puede estar relacionada con el “vivir juntos”, el socorro mutuo, el parentesco, la confianza, la transmisión de valores y los lazos afectivos (p. 11).

En estas definiciones (pragmática, idealizada), la familia es abordada y descrita como una unidad de apoyo mutuo, solidaridad social y afecto inter-generacional, sin embargo, las relaciones familiares no siempre son positivas dados sus conflictos y desacuerdos internos, o las crisis que enfrentan, como la ausencia de recursos económicos y la falta de tiempo, variables que comúnmente impiden a la red familiar brindar ayuda a todos sus miembros. Estas condiciones van impidiendo que la familia cumpla con su función social; “cooperación económica, ayuda mutua, reproducción y cuidado de la descendencia y la ascendencia” (Ibíd.).

La familia y la relación sostenida por los sujetos que la componen, así como los momentos aciagos que padecen, es un punto de análisis fundamental para comprender cómo la institución familiar de manera frecuente propicia el asilamiento de los envejecidos. Para ello deben considerarse las problemáticas externas e internas que

pueden existir en la red familiar. Las externas; distanciamiento geográfico, carencia de tiempo, problemas económicos, etc. Problemáticas internas; malas relaciones familiares, distanciamiento familiar-emocional mismas que pueden tener un origen remoto o presente, y estar o no en estrecha conexión con el anciano y dar como corolario la institucionalización.

Las problemáticas internas, aquellas vinculadas a relaciones negativas o distantes entre familiares, donde los ancianos pueden ser protagonistas directos o indirectos, pueden tener orígenes diversos propios del pasado o el presente; como un mal rol de progenitor del anciano cuando joven, por los roces cotidianos de la convivencia obligada del anciano con la familia, o en su defecto por la falta de empatía y responsabilidad filial (Schale y Willis, 2003), por parte de los familiares hacia el envejecido. Estos problemas (internos) son particularmente los detectados dentro del asilo Adela Martínez, problemas que han propiciado el asilamiento de los envejecidos, mismos que serán abordados mediante el análisis teórico y la información obtenida con el método etnográfico.

En un primer momento se abordan las problemáticas familiares internas surgidas en el pasado, involucran directamente la historia personal del envejecido. Algunos dichos populares expresan “se envejece como se ha vivido”, premisa que alude a las equivocaciones e imposibilidades del pasado en el presente. Ancianos que durante su juventud por motivos diversos y adversos; ocupación laboral, carencia de tiempo, distancia geográfica, irresponsabilidad, adicciones, carácter y temperamento personal, no forjaron relaciones positivas, entrañables con sus consanguíneos, descendencia, ascendencia y personas cercanas, al acceder al ciclo cronológico de la vejez carecen de relaciones sociales y familiares sólidas que se responsabilicen de ellos o les brinden algún tipo de ayuda sustancial que les apoye a sobrellevar las dificultades que a la edad avanzada acompañan.

Este es el caso de don Pablo (81 años, 3 años asilado) quien fue ingresado por sus hijas a los siete años de haber regresado de una estancia laboral de cuarenta y un años en Estados Unidos, tiempo en el que poco se supo de él. Durante su estancia

formó otro núcleo familiar con una mujer estadounidense y una vez que esta falleció, decidió regresar al país en busca de su primera esposa e hijos. Razón por la que a su regreso no contaba con vínculos afectivos familiares y a la muerte de su primera esposa, sus hijas tomaron la decisión de internarlo en el asilo Adela Martínez. Las palabras de don Pablo.

Si pues yo me fui al otro lado, estaba joven todavía, me fui pues aquí ya no había nada que hacer, me fui con otros de aquí, algunos igual que yo allá se quedaron, yo allá encontré a una mujer, y me quedé allá, no hablaba con mi gente de aquí casi, hasta luego en años, luego pues sí mandaba algo de dinero, pero casi ni hablaba, después pues se murió mi mujer, anduve allá, pero luego me devolví, estuve en la casa, mi mujer se murió, la mamá de mis hijos... solo en la casa, mis hijas las menores un día pues me dijeron, papá véngase, y me dijeron que aquí iba a estar bien, y yo les dije que sí, además pues yo ni estuve aquí, ellos todos se quedaron acá, está bien, estoy aquí, aunque pues ni venga a verme nadie.

Las problemáticas externas que aquejan a las familias; escasez de recursos económicos, falta de tiempo, impiden constantemente a la institución familiar brindar a sus miembros envejecidos el apoyo, atención, comodidades y compañía necesarios, lo que va posicionando a los ancianos como una carga, una responsabilidad insorteable, situación que induce al asilamiento de los mayores. Mostrando que la institucionalización asilar es un proceso multifactorial que puede ser ajeno a anomias sociales contemporáneas como la irresponsabilidad filial y el abandono etario.

La carencia de recursos económicos es una de las principales causantes de asilamiento, Robles et al., (2006) apuntan que es la pobreza uno de los factores que más daña la relación de los ancianos con sus familias, dado que en una red familiar con recursos económicos limitados, sus miembros se ven obligados a competir por el acceso a los bienes y servicios con que la familia cuenta, pugna que acelera el proceso de asilamiento, dado que ante la imposibilidad de cubrir las necesidades fundamentales de todos los miembros, la institucionalización de los ancianos se

posiciona como una alternativa de supervivencia y que es tomada bajo la presión de las circunstancias: la pobreza.

La institucionalización de don Martín (85 años, 5 años asilado), ejemplifica a plenitud tal situación familiar. Fue ingresado por su hijo dadas las problemáticas económicas que enfrenta, en las que destaca la enfermedad de su esposa (cáncer pulmonar), padecimiento que ha repercutido sobremanera durante varios años en la economía familiar de su hijo; así como en los cuidados y atenciones que este puede brindarle a su padre envejecido, por lo que en común acuerdo, don Martín y su hijo, tomaron la decisión del internamiento en el asilo Adela Martínez. Don Martín comenta:

Mi hijo se las está viendo negras, su esposa anda mala, la esposa de mi hijo mayor, nada más le empezó a doler y a doler, hasta que fue al Seguro, y le dijeron que tenía algo en los pulmones... de ahí pa allá, puro médico y médico, y el dinerito pues se te va... así mi hijo, pues puro gasto, y uno ahí sin poder hacer nada, pues ya uno de viejo no tienes dinero, más lo que da el gobierno, pero ese no alcanza. De ahí de verlos tan apurados, apurados siempre, me dijo un día "papá y si te vas un rato al asilo"... yo de verlo tan apurado, siempre como enfermo también, le dije que sí, y pues me vine, lo veo cuando viene, viene solo, luego con su esposa, pero sigue enferma, de esas cosas ya no se compone uno.

Los problemas sociológicos que propician la institucionalización de los mayores; *"falta de vivienda, falta de servicios médicos en el domicilio", "falta de unos servicios comunitarios que ayuden a mantener una vida independiente"*, revelan que el proceso de asilamiento se presenta constantemente como resultado de la mala preparación del aparato gubernamental para atender las problemáticas que aquejan a los envejecidos, que si bien existen programas estatales dirigidos a la atención de los ancianos guerrerenses; sociales y económicos (Centro Nueva Juventud, Pensión Guerrero), estos distan mucho de poder cubrir las necesidades sociales y fundamentales de los mayores.

En el “Diagnóstico de las condiciones de vida y bienestar del adulto mayor y evaluación del programa Para vivir mejor, Guerrero”, los ancianos expresaron que el monto económico otorgado por el Estado no es suficiente, en voz de los ancianos: *“Ojalá y pudieran dar más dinero” “Nadie de la familia nos da nada, así que cuando menos esa gotita ya es algo. Ojalá sí nos ayudaran otro tantito, ó bien que nos dieran además una despensa porque somos pobres”* (INSP, 2007, p. 74). Diálogos reveladores del escueto beneficio que brindan los programas existentes, que a pesar del apoyo vital que significan para los ancianos, estos están alejados de poder garantizar su bienestar global.

En este sentido, De La Serna apunta, para que los ancianos continúen en su domicilio *“como a menudo es su deseo”* (2003, p. 91), es necesario que el Estado desarrolle alternativas que apoyen su decisión, tales como: recursos sanitarios, servicios médicos a domicilio, medidas que permitirían a los ancianos continuar en sus hogares, mismas que posicionarían al proceso de institucionalización asilar como una alternativa verdaderamente voluntaria para los envejecidos. Empero, como se ha descrito, los programas existentes distan en demasía de poder cubrir las necesidades sociales y fundamentales de los ancianos, dando como resultado institucionalizaciones forzadas, obligadas por adversidades sociológicas.

Las circunstancias sociológicas desfavorables que impulsan la institucionalización asilar, no solo son aquellas surgidas de la incapacidad gubernamental para brindar al sector envejecido apoyos suficientes para que este grupo poblacional pueda acceder a una vejez digna e independiente, también son delineadas por los comportamientos sociales desfavorables que la comunidad dirige a sus miembros envejecidos: discriminación por edad, maltrato simbólico, prejuicios negativos y crímenes violentos contra los ancianos.

Actitudes colectivas que Robert Butler define como “gerontofobia”, término que alude a *“un profundo prejuicio en contra de la vejez, que se manifiesta en estereotipos y mitos, desprecio, disgusto o simplemente el evitamiento sutil”* (Asili, 2004, p. 309), mostrando que el lugar social de los ancianos como sujetos experimentados, veteranos

de la vida ha quedado atrás. Ya desde los albores de nuestra era, Cicerón anotaba que *“la culpa de todas las lamentaciones de esta índole radica en las costumbres, no en la edad”* (Cicerón, 2008, p. 40), aseveración que refleja la importancia de las actitudes colectivas sobre el bienestar de los mayores en esta expectante realidad.

Estudios gerontológicos realizados en España han registrado dos tipos de maltrato social dirigidos a la población longeva, el primero podría ser considerado como simbólico, y es visible con claridad en la omisión social de los mayores, un ejemplo contundente, es la poca relevancia que los médicos dan a las dolencias de los ancianos cuando son atendidos, prestando poca atención a sus explicaciones y sentires, reduciendo todo a su edad (De la Serna, 2003). Como este ejemplo hay muchos más, el que comúnmente los ancianos no quieran realizar sus compras en soledad por temor a ser estafados con el cambio o recibir billetes falsos, son algunos de ellos.

La segunda conducta negativa, muestra de manera cruda la época de crisis que atraviesa la ancianidad contemporánea, está vinculada a crímenes violentos; *“robo, fraude, allanamiento de morada”*, de los que en mayor grado son víctimas los ancianos. En ciertas zonas de la nación española los envejecidos no pueden salir de sus hogares en ciertos horarios por temor a ser víctimas de algún crimen, razón por la que generalmente se ven obligados a salir acompañados como medida de seguridad para evitar cualquier contrariedad, cuartando no solo su libertad e independencia sino su bienestar psicológico (De la Serna, 2003).

En la nación mexicana estos tipos de maltrato no son ajenos, ancianos se quejan constantemente del maltrato social, *“cuando voy a la tienda no me tratan bien”*, *“los taxistas porque ven viejo a uno, te cobran de más”*, por otra parte, fuentes de información periodística registran un incremento de robo a ancianos en su domicilio en los últimos años, sin dejar de mencionar otros crímenes que solo pueden definirse como aberrantes en contra de la ancianidad, como el caso de Juana Barraza Samperio (La Mataviejitas), asesina serial que asesinó y robó a más de cuarenta ancianas en la

Ciudad de México, suceso que en los albores del presente siglo sembró de terror y angustia a la comunidad envejecida.

En una sociedad imperada por actitudes gerontofóbicas y violentas, los ancianos difícilmente pueden cursar esta etapa vital de manera positiva. En sus investigaciones sobre la discriminación de los ancianos, Montes de Oca muestra cómo los comportamientos sociales negativos repercuten más que tangencialmente en el bienestar de los envejecidos, al permear sus ámbitos de desenvolvimiento y desarrollo personal con dinámicas sociales como la indiferencia social, y al privarles de su tranquilidad con la violencia etaria. En el ámbito privado; maltrato por parte de sus consanguíneos, en el espacio público; atención médica no especializada, discriminación laboral, violencia física y simbólica (invisibilidad, olvido social, robo a mano armada), (Montes de Oca, 2013).

El diálogo brindado por doña Ernestina (82 años, 2 años asilada), muestra cómo las problemáticas sociológicas conllevan constantemente a la institucionalización forzada, sea por la *“falta de unos servicios comunitarios que ayuden a mantener una vida independiente”* o conductas sociales perniciosas como la discriminación por edad.

Antes de vivir en el asilo, yo estaba en mi casa, siempre andaba yo cuidando mis plantas, con agua y con tierra, nada más echando ojo de las hormigas, porque en un ratito se las comen... aquí no tengo plantas, me vine para acá, y pues no me las traje, estaba bonita mi casa, con sus láminas y todo, su tanque de agua, pero qué le vamos hacer, para estar allá no se puede, cuesta caro, ya no alcanza para las tortillas, lo que nos da la pensión (*Pensión Guerrero*) para viejos no rinde y luego es cada dos meses y se tardan en pagarla luego, hasta quince días, pues así no se puede, ni trabajo le dan a uno, yo fui a ver en una tortillería y una fonda pero nada, aunque sé cocinar... ya mejor me vine, aquí por lo menos no te preocupas por la comida.

El factor económico es quizá el principal motivo de asilamiento, dado que los ancianos con recursos económicos limitados de manera frecuente no pueden mantener

una vida independiente, estudios socioeconómicos muestran que la comunidad envejecida *“es menos rica que la media de la población en su conjunto”* (Schale y Willis, 2003, p. 88), posicionándose como una de las poblaciones menos adineradas y más vulnerables a nivel social.

Un gran número de ancianos vive bajo presiones económicas, sea por desempleo, jubilación obligada, pensión insuficiente, crisis familiar u abandono familiar. Presiones que obligan a los mayores a ingresar a una institución asilar, siendo que esta alternativa resulta más económica y viable en consideración a sus recursos disponibles. Recursos que en sus hogares son insuficientes para cubrir sus necesidades fundamentales, obligándolos con frecuencia a reducir sus estándares de vida, escatimando gastos en servicios médicos, vivienda y manutención (Fericgla, 2002).

Dichas dificultades monetarias, repercuten en la salud física y social de los ancianos, quienes por falta de recursos económicos suspenden tratamientos médicos, no asisten a sus revisiones clínicas y se alejan gradualmente de sus vínculos sociales, dado que los ancianos con economías limitadas reducen casi en su totalidad actividades de recreación y esparcimiento por los gastos que estas significan. El deterioro físico y la soledad van delineando la decisión de los ancianos de formar parte de una institución asilar.

La carencia de recursos económicos acompañada del abandono de tratamientos curativos y el aislamiento social, potencian la institucionalización de los ancianos guerrerenses dentro del asilo Adela Martínez, quienes ingresan a este establecimiento presionados por las dificultades que atraviesan, y les impiden continuar en sus viviendas, mantener una vida independiente. En este punto la alusión que realiza Cicerón sobre el caso de Ennio muestra las dificultades económicas que a la ancianidad acompañan con regularidad, *“pues Ennio vivió tanto tiempo, de tal manera que sobrellevaba las dos cargas que se consideraban más pesadas, la pobreza y la vejez”* (Cicerón, 2008, p. 50).

Don Andrés y doña Carmen, al igual que Ennio han conocido dichas cargas; la pobreza y la vejez, mismas que les obligaron a institucionalizarse, siendo esta alternativa la única con la que contaban, bien menciona Bloch en El principio esperanza, que es la época contemporánea el momento donde los mayores se encuentran alejados de poder envejecer con tranquilidad, siendo que en el mundo capitalista no hay esperanza para los ancianos, pues en este mundo los ancianos han perdido el propio derecho a ser anticuados (Bloch, 2007), aseveración que se hace visible en las múltiples institucionalizaciones forzadas que protagonizan los envejecidos por razones monetarias. Don Andrés y doña Carmen comentan:

Uno ya de viejo, ya ni trabajo tiene uno, las cosas se van poniendo duras, pues ya no hay para nada, solo se vive viendo qué te dan los hijos, y pues luego ellos no tienen ni para sus hijitos, pues ni qué hacer, está dura la cosa, yo de joven pues sembraba o hacía pues trabajos. Trabajaba donde hubiera, de ahí vas teniendo dinero, ahora ya no, pues las fuerzas se le van a uno, ya no tienes de las de antes como cuando tenía cuarenta, ya no alcanza la fuerza para trabajar, luego luego te cansas, de viejo está cabrón, no hay dinero, está triste la cosa, ya no sabes ni qué hacer, yo mejor me vine, pues sin dinero no se puede. (Don Andrés, 87 años, 7 años asilado)

Yo era secretaria, tengo mi pensión, pero pues ya allá en mi casa siempre estaba sola, y el dinero no me rendía, porque todo ya está muy caro, la luz, el gas, no rinde ya el dinero como antes, que en el mercado con poquito te rendía, comprabas todo el avío, ahora no... y pues como no me alcanzaba para estar en mi casa y, me vine, para que me rindiera mi dinero y para no estar sola, porque si me moría en mi casa nadie se iba a dar cuenta, aquí pues hay otras señoras y señores para platicar, todos estamos aquí encerraditos, pero nos dan de comer y tienes con quien platicar, porque solo, solo estás ver y ver la tele, pero te aburre, aquí hay más gente para platicar. (Doña Carmen, 85 años, 5 años asilada).

Es notorio en los diálogos de don Andrés y doña Carmen que la falta de recursos económicos es la causante principal de su institucionalización, escenario que se

presenta en otras partes del mundo, envejecidos que por motivos monetarios se ven obligados a tomar la decisión de ingresar a una institución asilar, Fericgla (2002) registra cómo ancianos de Cataluña, España resultado de penurias económicas y el aislamiento social (soledad) se han visto en la necesidad de tomar tal decisión, misma que es tomada como “*resultado de largo tiempo de sufrimiento y abandono previos*” (p. 303).

La estrechez económica causante principal del internamiento de los envejecidos, corrobora que la vejez y la pobreza, de manera frecuente parecen indisolubles, que un gran número de ancianos se vea presionado a formar parte de una institución asilar debido a problemas económicos, revela la vulnerabilidad de este grupo poblacional, y de la misma forma revela la importancia de estos establecimientos que funcionan como refugio para aquellos envejecidos que por carencias monetarias se encuentran imposibilitados de mantener una vida independiente.

La cuarta causa de asilamiento detectada en el asilo Adela Martínez corresponde a padecimientos e incapacidades físicas que aquejan la constitución de los mayores, que según su grado de severidad van menguando la autonomía de los envejecidos, volviéndolos dependientes y comúnmente incapaces de realizar sus actividades cotidianas; asearse, alimentarse, trasladarse, etc.

Las incapacidades y padecimientos físicos pueden ser estructurales o fisiológicos. Los problemas físicos estructurales; “*las células y los tejidos del organismo tienden a deteriorarse, bien sea debido a patologías cada vez más frecuentes a esa edad, bien por un simple fenómeno de desgaste*”, de estos se desprenden con regularidad los problemas fisiológicos; “*disminución de las capacidades funcionales del organismo, en relación con órganos específicos, como la vista y el oído, por ejemplo, o en relación con el conjunto del organismo, globalmente, como el andar o la digestión*” (Laforest, 1991, p. 111). El deterioro físico puede incapacitar a los envejecidos de realizar sus actividades básicas, volviéndolos dependientes, imposibilitándolos de realizar por sí solos las acciones mínimas de supervivencia cotidiana.

Los padecimientos e incapacidades físicas son descritos por Laforest (1991) como *“pérdida de autonomía... el estado de dependencia de los ancianos convertidos en incapaces de subvenir por sí mismos a sus necesidades personales”* (p. 112), situación que impide a los mayores vivir solos en su domicilio, obligando al anciano o a sus consanguíneos a tomar medidas respecto a tal situación. Sea vivir en conjunto anciano y familia o la institucionalización asilar del anciano imposibilitado físicamente.

Como se abordó en las causas familiares que inducen la institucionalización de los mayores, existen múltiples problemáticas que impiden a las familias responsabilizarse de sus miembros envejecidos (problemas intrafamiliares, económicos), dejando al internamiento asilar como la alternativa más viable, dado que en las instituciones asilares los ancianos con padecimientos e incapacidades físicas, son apoyados y atendidos por el personal de la institución (enfermeras), revisando con regularidad signos vitales, asesorando en la toma correcta y puntual de medicamentos, y apoyando en necesidades fisiológicas básicas como el aseo personal, acudir al sanitario, entre otras.

Los casos de don Joaquín y doña Ana son ejemplos contundentes de cómo los padecimientos e incapacidades físicas son motivo directo de institucionalización.

Doña Ana, después de una caída en su casa –al caminar de su cama a la cocina durante la noche–, sufrió múltiples fracturas en su pierna y brazo derechos, extraviando su movilidad y autonomía física, perdiendo la capacidad de continuar con su rutina y estilo de vida al no poder realizar acciones mínimas de supervivencia. Don Joaquín, debido a sus problemas cardiacos sufrió una embolia, quedando imposibilitado de continuar residiendo en su domicilio. El testimonio etnográfico de doña Ana fue obtenido directamente, para el caso de don Joaquín, dada su imposibilidad de comunicarse con claridad, fue uno de sus hijos quien relato las problemáticas físicas que causaron su institucionalización.

Pues yo estaba bien, hasta ora estoy bien, aunque un poco mala, pero pues nada... me tomo mis medicamentos y todo. Yo vivía en mi casa, bien, sola, solita desde que mi viejo se murió, pero bueno ¡Dios sabe por qué hace las cosas!, me

caí una vez, todo porque me fui a la cocina, a ver si la estufa estaba apagada y me caí. Es que tenía pendiente, por eso fui, una vez la dejé prendida y se me acabó todo el gas y mis hijos me regañaron porque estaba nuevo y ellos me dan el dinero, para que la vaya llevando, pues por eso fui, y me caí por una maceta, que había comprado ese día, porque ya le había encargado el señor una meseta roja, de barro y la dejó en medio, en la noche con esa me di, y así amanecí. Me regañaron mis hijos y todo, y ya mejor me trajeron, para que me cuidaran. (Doña Ana, 91 años, 7 años asilada).

Pues mi papá andaba malo, desde joven tuvo algunos problemas con el corazón, pero pues una vez ya por tantos problemas pues le dio la embolia. Desde entonces pues con mis hermanos lo trajimos, porque todos trabajamos y otros pues están lejos en Denver y Carolina, allá en Estados Unidos, y pues ya mejor para que él estuviera bien, que no estuviera solo pues mejor lo trajimos, porque luego le hablamos por teléfono y no contestaba, le hablamos más veces y nada y pues nos preocupábamos por él, teníamos que venir a verlo y pues estaba bien... pero que no respondiera, pues preocupaba, mejor después de tanto y tanto pues ya lo trajimos... y cuando ya le dio la embolia, pues mejor la trajimos para que estuviera seguro. Yo lo veo bien, pero luego él se quiere salir de aquí, pero pues si se va a la casa, no va estar bien, porque no hay nadie y a él no le gusta vivir con nosotros, con nadie, vive solo en su casa, aquí todos lo venimos a ver y le traemos siempre sus medicinas. (Don Joaquín, 89 años, 4 años asilado)

Por último se encuentran los factores psicológicos; “soledad, malas relaciones familiares, miedo a morir abandonado, sentimiento de representar una molestia para los demás” (Fericgla, 2002, p. 302), pérdida de seres queridos (viudez), depresión, maltrato social y miedos sociales producidos por la inseguridad. Estos factores psicológicos van orillando a los ancianos a tomar la decisión de institucionalizarse, que como se ha mencionado, la decisión de internamiento por parte de los ancianos es

tomada después de un “largo tiempo de sufrimiento y abandono” (Fericgla, 2002, p. 302).

Los factores psicológicos causantes de la institucionalización asilar, anota Erikson, son producto de la desesperación y desesperanza que comúnmente acompañan a la vejez y que son impulsados por pérdidas biológicas, psicológicas y sociales (De la Serna, 2003). Los ancianos, ante estas adversidades toman la decisión de auto-ingreso, decisión potenciada por soledad y el asilamiento social, padecimientos que son por lo general las causas directas de la depresión de los envejecidos (Schale y Willis, 2003). Siendo la depresión una de las principales causantes de la aparición de padecimientos físicos, datos indican que uno de cuatro ancianos padece depresión (Castañeda, 2009), resultado de las problemáticas que los envejecidos enfrentan: soledad, viudez y abandono.

En la vejez la pérdida de seres queridos es una constante, la muerte de los amigos, de los eternos vecinos, de familiares cercanos y del cónyuge, son de las pérdidas más sentidas que enfrentan los sujetos al alcanzar edades avanzadas, mismas que alteran y repercuten en la salud psicológica de los ancianos, dado que estas más allá del duelo que significan, modifican el rol y el estatus social del sujeto; de casado a viudo, de pertenecer a una red social a encontrarse solo (Papalia, et al., 2003). Las pérdidas en la vejez acompañadas de otros factores adversos, como el abandono familiar, el temor a convertirse en una carga para sus consanguíneos, son de las principales causas que desembocan en la institucionalización de los mayores.

Por su parte, las actitudes colectivas insanas hacia la ancianidad, aquellas descritas en el rubro sociológico; gerontofobia y violencia (*robo, fraude, allanamiento de morada*) inducen de igual forma el internamiento de los ancianos. En consideración estas conductas sociológicas desfavorables, repercuten en el estado psíquico de los mayores, produciéndoles sentimientos, sensaciones de vulnerabilidad y desprotección dentro de su propio contexto de desenvolvimiento.

Que los ancianos se sientan desprotegidos en sus contextos vitales revela cómo la vejez en la actualidad es una de las poblaciones más maltratadas socialmente, sea por padecimientos socioculturales como la gerontofobia, o por la violencia sobre los ancianos (delitos violentos), (De la Serna, 2003). Situaciones que deterioran el bienestar psicológico de los mayores, quienes al no contar con las garantías básicas de seguridad y protección (bienes materiales, constitución física), envejecen con temor, asilándose en sus domicilios, privados de su libertad. Que los ancianos del presente envejezcan con temor e incertidumbre muestra las dificultades que enfrenta la ancianidad contemporánea.

Los testimonios de don Antonio y doña Sofía ejemplifican cómo los factores psicológicos fueron motivo directo de su institucionalización. Don Antonio, después de la muerte de su esposa, y al encontrarse solo en su domicilio entró en un cuadro depresivo, presentando síntomas como ausencia de sueño, falta de apetito y aislamiento social. Doña Sofía, al enviudar perdió la tranquilidad de vivir en su domicilio, comentando que escuchaba durante la noche ruidos extraños en su patio trasero y en el curso del día, por su ventana podía observar cómo personas desconocidas contemplaban con detenimiento su vivienda. Don Antonio y Doña Sofía platican:

Pues estoy bien aquí me dan de comer, puedo ver la tele, estoy bien... yo pues me vine porque mi mujer se murió, después del novenario ya no había nadie conmigo, yo seguí en mi casa tranquilo, pero pues se me fue el hambre, luego no me podía dormir así toda la noche, le dije eso a mis hijos y me trajeron, porque me puse flaco, me llevaban al doctor, pero no tenía nada. No quería salir de mi casa, y peor la cosa me trajeron al asilo... estoy bien, pero pues se extraña la vida de antes, con mi mujer, que hiciera un chilito, una tortilla, ahora estoy aquí, me vienen a ver, estoy bien, pero no es lo mismo. (Don Antonio, 85 años, 1 año asilado)

Tengo ya rato en el asilo, está bonito, todo el tiempo está tranquilo, duermo bien, yo la verdad estoy tranquila... Lo que pasa es que yo me vine de mi casa porque

cuando mi esposo se va con Dios, pues yo empecé a escuchar cosas en la casa, el patio que está atrás, mucho ruido, como si se metiera alguien a querer robar o algo, y prendía la luz, pero nada. En la mañana iba ver pero todo estaba bien, eso pues por un momento sentí que era un gato andariego o un tlacuache, o un perro, no sé, pero me daba miedo por si fuera a ser alguien queriéndose meter a ver qué se llevaba, a robar, después siempre venía gente, estaba tomando enfrente y solo veían pa dentro, pero gente que no es de por aquí, porque aquí ya conoces, vez la gente y dices ¡ese es hijo de fulana, de sultana, pero esa gente no era de acá, me daba miedo, ponía yo cosas en la puerta, por si querían meterse, siempre estaba yo con el pendiente, ni salir quería yo, por si se querían meter, o hacer algo. Además, está ya muy feo, no es como antes que la gente era buena, ora está lleno de bribones, gente mala... después me vine, ya estoy más tranquila... pero pues bueno, está bonito el asilo, pero se extraña estar afuera, donde puedes salir cuando quieres, y estar en tu casa. (Doña Sofía, 86 años, 2 años asilada).

Las causas familiares, sociológicas, económicas, físicas (salud) y psicológicas son las principales determinantes que originan la institucionalización dentro del asilo Adela Martínez, mismas que muestran la variabilidad de las situaciones sociales y las condiciones vitales que los sujetos experimentan una vez envejecidos y que terminan por inducir el internamiento asilar. Bazo (s/f) explica que las instituciones reservadas para el cuidado y atención de la vejez deben ser comprendidas como “un microcosmos donde conviven personas de diversa procedencia y con historias vitales distintas (p. 154), aseveración que puede ser empleada para el entendimiento de las causas de institucionalización, dado que cada anciano asilado, se encuentra en tal situación por motivos distintos.

Que si bien es innegable, la mayoría de los envejecidos han sido obligados por las situaciones sociales y condiciones vitales que enfrentan, las conjugaciones de causas hacen diferente la mayoría de los casos. En consideración de las diversos razones familiares, sociológicas, económicas, físicas (salud) y psicológicas, pueden

presentarse de manera individual o en conjunto con otra u otras –un anciano puede encontrarse enfermo, bajo penurias económicas y abandono familiar–, estas conjugaciones de causas no deben dejar de considerarse, para comprender lo polisémico que resulta el proceso de institucionalización.

El asilamiento, como se ha mencionado, representa para los envejecidos una de las rupturas vitales de mayor trascendencia que modifica en su totalidad su estilo y calidad de vida, sea que esta se presente por motivos familiares, sociológicos, económicos, físicos (salud) y psicológicos conlleva un momento de ruptura y desvinculación de los ancianos con aquellos o aquello con lo que entrañan nexos fenomenológicos; sujetos, objetos, rutinas, espacios. Lo que posiciona al proceso de asilamiento como uno de los momentos vitales de mayor dificultad para los ancianos. Dificultad que es abordada en el capítulo subsecuente, en consideración de que la separación de los ancianos con aquellos o aquello con lo sostienen vínculos fenomenológicos repercute de manera directa en su bienestar.

CAPÍTULO VI. EL INTERNAMIENTO: RUPTURAS Y DESVINCULACIONES

El proceso de asilamiento representa para los ancianos una ruptura vital que modifica por completo su estilo y calidad de vida, donde los envejecidos que lo cursan sea por motivos familiares, sociológicos, económicos, físicos (salud) o psicológicos experimentan desvinculaciones con aquellos y aquello con lo que entrañan nexos fenomenológicos; sujetos, objetos, rutinas, espacios. Situación que repercute en la identidad y salud psicológica de los ancianos, estas desvinculaciones significan para los mayores un distanciamiento con su entorno personal, mismo que les confería y donde encontraban identidad como sujetos y actores sociales (Foucault, 2012, p. 118).

El proceso de institucionalización no puede ser comprendido solo como un cambio de localización geográfica por parte de los ancianos, sino como un cambio de espacio que altera por completo la forma en que los mayores se desenvuelven y desarrollan su existencia, porque dicho proceso separa a los ancianos de sus redes sociales y afectivas, de sus rutinas cotidianas, de sus objetos preciados y de los marcos espaciales en los que encontraban su cosmovisión individual y colectiva (Schutz, 1962), dado que el anciano, una vez internado, se desprende, deja atrás a aquellos y aquello que le dotaba de identidad y pertenencia.

Estas desvinculaciones originan que los ancianos contemplen la institucionalización asilar como una experiencia negativa, poco grata, como una desvinculación que los aleja definitivamente de aquellos y aquello (sujetos, objetos, rutinas, espacios) con lo que sostenían afectos y nexos fenomenológicos, mismos que los conformaban como sujetos. El proceso de asilamiento significa para los ancianos una fractura vital (Foucault, 2012), que constantemente repercute en su identidad, salud psicológica, su yo (Goffman, 2001).

En el presente apartado se abordan tales desvinculaciones, utilizando el método etnográfico y la descripción densa teorizada por Geertz, para lograr la interpretación de los malestares que dichas desvinculaciones (suscitadas a partir del asilamiento) atañen a los ancianos internados. Las desvinculaciones que se abordan son aquellas

relacionadas con los sujetos, los objetos, las rutinas y los espacios, al ser estos elementos a los que hacen alusión con mayor frecuencia los ancianos institucionalizados en el asilo Adela Martínez.

La primera desvinculación que se desarrolla es aquella referente a las pérdidas sociales-sujetos; familiares, amigos, vecinos, etcétera. Siendo quizá esta desvinculación la más sentida por parte de los ancianos, que una vez institucionalizados se hayan imposibilitados de continuar nutriendo, frecuentando sus vínculos social-afectivos. Augé (2016) analiza que en la vejez tienen lugar acontecimientos dramáticos, marcados por exclusiones de la *vida social y afectiva*, (p. 16), que son consecuencia en la generalidad de los casos del deterioro físico y de la muerte de seres amados. Deterioro físico que impide a los ancianos continuar con su estilo de vida, la muerte de cercanos, que significa soledad y el extravío de vínculos afectivos entrañables.

Dentro de estos acontecimientos dramáticos, puede considerarse a la institucionalización asilar, dado que el internamiento aleja a los mayores de aquellos sujetos importantes, de aquellas relaciones fundamentales en su existencia, siendo que las instituciones asilares, a pesar de no representar en la actualidad marcos espaciales de olvido, anonimato y hacinamiento total como lo eran a mediados del siglo XX (Goffman, 2001), donde los sujetos internos eran privados de establecer cualquier tipo de interacción con el mundo exterior, en el presente continúan siendo espacios que imposibilitan casi en su totalidad a los ancianos mantener sus relaciones fraternas, sean estas familiares, sociales o vecinales, consecuencia del espacio cerrado en que se localizan.

Foucault (2012) sostiene que al efectuarse el proceso de institucionalización, el sujeto “entra a un mundo nuevo y en el que queda completamente separado de sus... amigos y conocidos” (p. 118), ruptura que merma el bienestar de los envejecidos de manera directa, en consideración a que las relaciones sociales y afectivas de las que son disociados al momento de ser institucionalizados conformaban su grupo de pertenencia (Laforest, 1991), grupo que más allá de brindarles pertenencia social, les

otorgaba identidad, seguridad y un entramado social fundamentado en el apoyo, la cooperación, el afecto o simplemente la compañía, elementos básicos para la constitución de todo sujeto.

Las relaciones social-afectivas son por tanto esenciales para los sujetos, para que estos puedan alcanzar un estado de bienestar social y psicológico. Aristóteles, en su apartado *Sobre la amistad*, deja entrever la importancia de las relaciones sociales y cómo estas son esenciales para que los sujetos alcancen un estado de plenitud, al rodearse de otros sujetos con los que puedan compartir sus éxitos e infortunios (Aristóteles, 2007), obras literarias también dan cuenta de ello, Steinbeck en *De ratones y hombres* muestra la inseparable amistad entre dos individuos por demás distintos, y cómo esta relación es el pilar de la existencia de ambos.

Como estas obras lo explican, las relaciones sociales y afectivas son pilares esenciales en la vida de los sujetos, por lo que un cambio de espacio como el que implica la institucionalización asilar, repercute con severidad en el bienestar de los mayores. Estudios gerontológicos han detectado que los ancianos internados, expresan constantemente extrañar a sus familiares, sus amistades, sus relaciones sociales, siendo esta desvinculación la que más repercute en su bienestar psicológico. Goffman destaca que los internos viven un corte social, producido por las barreras que la institución impone para con el mundo exterior, barreras que impiden a los sujetos continuar con su vida pasada, imposibilitados de frecuentar y convivir con sus seres queridos, cercanos. En sí esta ruptura es una de las más severas que infligen los asilos de ancianos a los envejecidos, mantenerlos a distancia de sus relaciones sociales y afectivas.

En el asilo Adela Martínez don Andrés y doña Ernestina comentan cómo su internamiento ha menguado en gran medida sus relaciones sociales y afectivas. Desde su ingreso ya no han visto a sus amigos, vecinos, al igual que a gran parte de sus familiares, que si bien algunos miembros de su familia los visitan de manera constante, la intensidad de sus contactos ha disminuido de manera notable, como resultado de su cambio de residencia. Las palabras de don Andrés y de doña Ernestina:

Pues, aquí uno pues sí te vas separando de la gente, porque pues todos tienen cosas que hacer, yo si pues me vine, pero al final aquí se extraña estar afuera, aunque afuera no tengas nada, ir a la calle, no nomás estar encerrado, allá afuera está más movido, aquí luego luego te aburres, pues no hay que hacer... Se extraña a los hijos, a los nietos, porque cuando de repente nada más oyes, que alguien ya llegó, o pues si no te vas tomar un refresco, mi compadre su mujer tenía una tienda, de esas, estaba en su casa, luego pues te vas un rato en las noches a platicar, se juntan luego otros señores, platicas un rato, pero sí extrañas a los hijos, saber cómo están. (Don Andrés, 87 años, 7 años asilado).

Es tranquilo estar aquí, yo pasó tantito de los dos años aquí, estoy bien, veo a mis hijos cuando vienen, luego hasta mis nietos, pero ellos vienen menos, luego cuando vienen te platican cosas, que se murió fulana, o que alguien ya se fue para otro lado, todo de lo que no se entera uno por estar aquí, veo a mi gente, luego a mis nietos que en un ratito crecen, ya vienen bien grandes, pero los que no he visto es a mis hermanos, ni a mis cuñadas, no sé bien como están, porque aquí nada más me dicen que todo está bien, pero pues quién sabe, se extraña poder estar en la casa de uno, poder ir a visitar a la gente, a la familia y compadres, además pues es bueno ir a verlos, porque luego ellos van a ver a uno, si se extraña a la gente, pero cuando estás aquí pues por más que quieras no se puede y nomás no se puede, es bonito estar cada quien en su casa y poder ver a los amigos, vecinos a quien sea agradable. (Doña Ernestina, 82 años, 2 años asilada).

En los diálogos brindados por don Andrés y doña Ernestina, es patente la importancia que las relaciones sociales y afectivas tienen para los ancianos, dado que estas han sido forjadas a lo largo de su vida y representan una parte significativa en su historia personal e identidad individual, porque estas, más allá de dotarles de “auxilio, ayuda, compañía, cooperación y asistencia”(Cordero, Cabanillas, Lerchundi, 2003, p. 11), les dotaban de sentido de pertenencia, tanto a nivel comunitario como individual. Haciendo comprensible que el proceso de institucionalización sea para los envejecidos

una de las rupturas vitales con mayor repercusión en su bienestar emocional, social y psicológico.

Ander-Egg apunta que; “las amistades y relaciones sociales son un medicamento fundamental para todas las edades, pero de manera especial para los adultos mayores” (Ander-Egg, 2010, p. 106), porque la vejez es una etapa vital marcada por pérdidas; muerte de seres queridos, personas cercanas o por el inevitable desarrollo familiar, donde los hijos abandonan el núcleo familiar para crear el propio (Cordero, Cabanillas, Lerchundi, 2003, p. 26), lo que vuelve a las relaciones sociales y afectivas invaluable para los envejecidos, quienes al paso del tiempo cuentan cada vez con menos. El proceso de asilamiento, al separar a los ancianos de dichas relaciones, se posiciona como uno de los procesos más complicados que enfrentan los mayores, quienes una vez internados se ubican al margen de la vida social y familiar, lo que vuelve al proceso de institucionalización una de las rupturas más dolorosas que pueden sortear los sujetos al lograr edades avanzadas.

La desvinculación con los espacios es otra de las rupturas vitales que la institucionalización conlleva para los mayores, en consideración de que el asilamiento no puede ser interpretado solo como un cambio de residencia, sino como una desvinculación que altera drásticamente la vida de los ancianos, al separarlos de sus contextos vitales donde se desenvolvían y desarrollaban, porque este movimiento los aleja de los marcos espaciales sobre los que formulaban sus objetos ideales (Schutz, 1962), se relacionaban socioculturalmente y forjaban su personalidad, siendo que el proceso de asilamiento más que cambiar la residencia de los ancianos, los desvincula de los espacios en los que consumaban su existencia.

Halbwachs (1990) sentencia que es la dimensión espacial la encargada de permitir al sujeto relacionarse con su cultura y comunidad, por lo que los espacios pueden ser entendidos como puntos que fundamentan la existencia de los sujetos. En esta perspectiva, Benjamin(1994) apunta que “no hay un solo rincón en el que no hubiese dejado su huella quien lo habita”(p. 153), afirmación que muestra las relaciones fenomenológicas entre sujetos y espacios, relaciones que pueden ser

entendidas como fuertes e inherentes, debido a que los espacios configuran la memoria, identidad, correspondencia e historicidad tanto colectiva como individual de los sujetos (Augé, 1992).

Empero, así como “no hay un solo rincón en el que no hubiese dejado su huella quien lo habita”(Benjamin, 1994, p. 153), no hay sujeto que no albergue las huellas de los espacios que ha habitado. Porque de la misma forma en como los sujetos dejan sus huellas sobre los espacios y los espacios dejan sus huellas sobre los sujetos, resultado de que es en el dispositivo espacial donde se gesta; el legado social, las abstracciones de conducta, las producciones fenomenológicas de la realidad y los precipitados de historia dotan de identidad y pertenencia a los sujetos (Geertz, 1991).

Elementos fenomenológicos, sociohistóricos y socioculturales que vuelven a los espacios “lugares”, dado que un espacio que dota de identidad, correspondencia e historia a los sujetos, puede definirse como tal: lugar (Augé, 1992). Estos espacios definidos como lugares significan espacios trascendentes para los sujetos, razón por la que estos sienten apego e identificación con dichos marcos espaciales, porque es sobre ellos donde han fraguado su existencia y cosmovisión. Los lugares son por tanto marcos espaciales amables, que brindan a los sujetos un contexto vital en el que pueden desenvolverse social, cultural, económica, política e históricamente, posicionándose como actores activos dentro de la realidad.

De este modo, al suscitarse un cambio de espacio, los sujetos experimentan una ruptura vital por demás significativa, que repercute en su conformación. Porque al distanciarse de los marcos espaciales que los dotaban de identidad, correspondencia e historicidad, los sujetos dejan atrás gran parte de sí; seres queridos, familiares cercanos, objetos preciados, actividades gustosas. Los ancianos al ingresar a una institución asilar vivencian dicha fractura, se alejan de sus espacios, sus lugares y con ello sus relaciones sociales y afectivas, sus pertenencias materiales y su estilo, rutina de vida. Los testimonios de don Cruz y doña Carmen ilustran con claridad el choque contextual que la institucionalización atañe a los ancianos.

Pues, sí, se extraña, no hay como estar en su casa, donde sabes dónde están las cosas, además en tu casa te acuerdas de muchas cosas, porque pues es tuya, donde has estado, y como yo que la fui haciendo de poco en poquito, hasta que la terminé, bueno, que no la terminas nunca porque siempre hay algo que hacerle, para ir la dejando bonita, que esté todo bien, aunque todo humilde pero que todo sirva bien. Se extraña estar en la casa de uno, donde te van a ver y tienes tus sillones para platicar, sin nada que moleste. No hay como estar en la casa de uno, porque pues haya eres el jefe. Yo luego me quiero regresar, estar en mi casa, yo me siento bien aquí, como dicen; “se extraña la tierra” o “la tierra llama”, no me acuerdo, pero sí se extraña estar donde podías hacer una pachanga con los compadres, y ver a la familia. Es bonito tener una casa, un lugar donde caerse muerto, de donde puedes ver la calle y saludar a los vecinos o que los pasan en su coche, para no aburrirse, o leer las revistas en tu banqueta. Pero pues, pues aquí ya no se puede, qué puede hacer uno. (Don Cruz, 91 años, 5 años asilado).

Ya tengo un ratito aquí, me la paso bien, pero pues de todos modos se extraña estar afuera, nadie es grosero aquí, unos pues son más callados, pero pues tengo mi cuarto y pues me duermo bien, aunque me la paso más en el patio, es bonito el patio, porque corre el aire y más con todo este calor, el calorón que hace acá... me acuerdo luego de mi casa, de mi calle, donde podía yo salir, me saludaban cuando iba por la calle, al pasar “*Doña, buenas*”, yo a todos les respondía, me iba a ver a mis hermanos a platicar, barrer mi calle, es bonito estar en tu casa. Yo en mi casa, me sabía los pasos, para no caerme, contaba uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, en la noche y llegaba a mi cocina y prendía la luz, contaba para no caerme... y pues mi cuarto amplio con sus ventanotas, se extraña la casa de uno, pero también a la gente, que aquí ya no puedes ver... no sabes cómo están, yo por eso luego me quiero regresar, pero luego no, porque en mi casa mis hijos solo se preocupan de que esté solita, pero sí se extraña la casa, la casa, tu hogar, donde es de uno... donde tú dices lo que se hace y no se hace, ver a tu gente se extraña también, más porque pues es

gente que se acostumbra uno ver seguido, pero pues luego también lo que antes hacías como ir al mercado o la iglesia, ver a mis hermanos, se pone a pensar uno aquí adentro, piensas muchas cosas, algunos días más que otros, pero estás piense y piense. (Doña Carmen, 85 años, 5 años asilada).

El proceso de asilamiento como puede notarse encarna una de las desvinculaciones más severas para los envejecidos, comprendido este como una movilidad espacial, que una vez concretada aleja a los sujetos de sus relaciones sociales, sus pertenencias estimadas y su estilo de vida. Los testimonios brindados por don Cruz y doña Carmen ejemplifican con amplitud tal situación. Ambos extrañan y albergan nostalgia por sus antiguos espacios, especialmente por sus residencias, sus hogares, dado que sobre estos marcos espaciales desarrollaron gran parte su vida, su juventud, su vida en familia, y en ellos habitan sus memorias, sus recuerdos, bien dicen dichos populares “los lugares traen recuerdos”, y estos no son más que un destilado de la misma existencia.

Bien escribe Halbwachs (1990) que es sobre los espacios donde los sujetos construyen sus “gustos y deseos”(p. 115), a consecuencia de que en ellos se relacionan socialmente, generan su cosmovisión y apuntalan su memoria individual y colectiva, los espacios son más que puntos geográficos, son contextos vitales donde se articula la existencia humana. Las palabras de don Cruz; “*se extraña la tierra... la tierra llama*”, las palabras de Doña Carmen; “*se extraña la casa, la casa, tu hogar, donde es de uno*”, muestran con puntualidad la importancia de los espacios, y cómo la desvinculación sujeto-espacio, repercute directamente en los implicados, quienes una vez separados de sus espacios vitales, albergan añoranzas y melancolías hacia los marcos espaciales de los que se encuentran distanciados y en los que se quedaron las personas amadas, queridas, los objetos apreciados y los estilos de vida.

Otra de las desvinculaciones que la institucionalización produce, es la inevitable separación de los ancianos con sus objetos estimados y posiciones materiales, siendo que la mayoría de estos no pueden ser transportados a la institución asilar, por lo que deben ser dejados atrás, debido a que, al espacio donde se internan solo pueden llevar

lo básico, lo indispensable, aquello de mayor utilidad, dejando el resto en su antiguo domicilio, espacio al que muy probablemente no volverán.

Goffman señala que el desprendimiento de los sujetos con sus objetos personales y pertenencias preciadas, representa una de las desvinculaciones que más repercuten en el bienestar de los internos, dado que tal separación representa una de las mutilaciones más severas que pueden infligírsele a su yo, debido a que los objetos personales y las pertenencias preciadas conforman un “*equipo de identificación*” (Goffman, 2001, p.32) del sujeto consigo mismo, porque dichos artículos entrañan una relación que bien podría ser descrita como íntima, fraterna con su propietario quien produce gran parte de su identidad en base a ellos, porque en dichos objetos ha depositado parte de sí.

Solo recordemos nosotros mismos nuestros objetos personales reloj, navaja, gafas, sombrero esos artículos que usamos sobremanera, porque son de nuestro gusto y encanto, artículos que nos agrada portar porque nos brindan el confort y el aspecto deseado, o simplemente porque cumplen con una función trivial que nos ayuda a sortear las vicisitudes de la cotidianidad, dichos objetos nos apoyan a consolidar nuestra imagen, “controlar de algún modo el aspecto que presentamos a los demás” (Goffman, 2001, p. 32)y afrontar la vida diaria, razón por la que se vuelven indispensables, preciados, porque nos ayudan a ser lo que queremos ser.

Entonces, cuando los sujetos solo pueden llevar consigo parte de sus objetos, su identidad y bienestar personal se ven alterados, porque en este movimiento no solo dejan de lado sus valiosas posesiones, sino que dejan de lado su propia apariencia personal, su imagen de identificación. Por lo que el proceso de asilamiento es acompañado por la pérdida del yo del envejecido, quien al colocarse como interno se desprende de gran parte de aquellos objetos que le otorgaban identidad y bienestar, lo que da como corolario la “desfiguración personal” (Goffman, 2001, p. 32), de los asilados quienes al encontrarse despojados de sus objetos personales se desvinculan de su propia persona, de su autoimagen la cual construyeron a lo largo de su vida. Don

Anselmo relata con claridad las repercusiones que tal desvinculación produce en los ancianos institucionalizados.

Pues el asilo es bonito, nos tratan bien, pero no hay qué hacer aquí, nada que haces, solo mirar y mirar, mirar la tele, pero pues de tanto estar sentado se aburre uno, no hay como la casa, pero bueno, ya no pude quedarme allá, mis hijos me vinieron a dejar al asilo, según para que me cuidaran. Aquí no tienes ni ropa, te vistes con lo mismo, yo tenía mis botas, muchas, y también mis cinturones, porque yo siempre trabajé en el campo, usaba mis botas porque tienes que caminar, pues me traje unas, pero ya no me quedan, ahora puros zapatos de tela, pues aquí no se camina... pero antes pues si usas todo. Que al final quién sabe dónde queden, no sé si mis hijos las guardaron a, o las tiraron, pero quién sabe, todo cuesta, ojala estén en la bodega de la zotea de mi casa, es un cuarto pero se usa para guardar tiliches, porque sí estaban buenas, aquí todo si se acaba se acaba, si se acaba rastrillo ya no hay o lo que sea, yo tengo una navaja de rasurar, de esas de hoja larga, de las buenas, siempre he tenido la misma, pero no me dejaron traérmela mis hijos, además pues ya no usaba tanto, pero además qué pude hacer uno, a los viejos, ya de viejos nos vienen solo a dejar, ni qué hacer. (Don Anselmo, 79 años, 1 año asilado).

Sin embargo, los objetos y pertenencias que fungen como acompañantes incondicionales en la vida cotidiana, esos que llevamos a todas partes; reloj, navaja, gafas, sombrero u otros objetos personales preciados, como lo son para don Anselmo sus botas y cinturones, no son los únicos que brindan identidad a los sujetos, porque se encuentran también esos otros, que adornan, hacen ameno, cómodo y cumplen funciones en un espacio determinado, esos objetos que estructuran el paisaje; librero, comedor, sillón, también se colocan como indispensables, importantes para los sujetos.

No es gratuito que individuos, familias enteras decidan restaurar los muebles que los han acompañado a lo largo de la vida, o que pertenecieron a los abuelos, sus antepasados. Ese comedor en el que desayunaron gran parte de su vida, sobre el que toda la familia ha convivido, en el que se han suscitado acontecimientos importantes,

festejado victorias, afrontado crisis, donde los abuelos patriarcas de la familia ocupaban siempre la misma posición “*su silla favorita*”. Esos muebles, que resulta más económico, sencillo remplazarlos por otros, son mandados restaurar sin importar el costo, porque estos muebles no son solo objetos, son receptáculos memoriales que guardan recuerdos, sentimientos y su presencia da cuenta del pretérito, como “pequeñas islas del pasado”(Halbwachs, 1990, p. 113), donde se alojan los viejos tiempos: la vida.

El proceso de asilamiento desprende a los ancianos inevitablemente de estos objetos, mismos en los que los envejecidos habían depositado gran parte de su persona—el antiguo televisor, el sofá, la colección de libros, los álbumes fotográficos—que podían emplear según sus deseos, necesidades y caprichos, quedan atrás, porque este mobiliario no puede acompañarlos a su nuevo entorno.

El internamiento separa a los ancianos de muchos de los objetos en los que encontraban identidad, mismos que consiguieron con esfuerzo y al paso del tiempo, dicha separación constituye una mutilación personal(Goffman, 2001), debido a que los ancianos sostenían una relación de cotidianidad con estos objetos que les proporcionaban pertenencia consigo mismos, y al momento de separarse de estos pierden parte de sí, porque se aleja del mobiliario material que fungía como andamio sobre el que apuntalaba su identidad. Las palabras de doña Margarita ilustran el proceso de ruptura que conlleva el alejamiento del sujeto envejecido de sus pertenencias y objetos estimados cuando ingresa a una institución asilar.

Desde que me vinieron a dejar, ya no pude ir a ver cómo estaba mi casa, si ya no hay goteras, porque me da miedo que se mojen las cosas, porque pues ya vez el agua las descompone, las echa a perder, y luego hay que comprar cosas nuevas, y no hay dinero. Si les dije a mis hijos cuando me vinieron a dejar acá, que vieran las goteras. No sé si viven en mi casa, o donde, pero pues ya me quiero ir allá. Las goteras están porque la lámina es de esa que cuando se hace vieja se cuarteja, como que se rompe y se le pasa la agua. Sí quiero ir a mi casa, porque allá pues están mis cosas, mi vajilla, con sus platos y cucharas, la

cocina, para poder hacer unos frijoles, unos frijolitos con chile, aquí no tengo de eso, ni mi espejo, ese me lo regaló mi suegra cuando me casé, es de los que tienen como un fierro para que no se quiebre, es de lo bonitos, esos son de los caros, yo creo ya no los han ni de hacer, es de los grandes, te ves bien en él, todo tu cuerpo, no hay pues como estar en la casa de uno donde todo es tuyo y ya... (Doña Margarita, 80 años, 1 año asilada).

El diálogo de doña Margarita ejemplifica con claridad cómo la institucionalización representa un choque contextual que desvincula a los ancianos de sus pertenencias y objetos estimados, alteración que provoca malestar en los sujetos, quienes una vez distanciados de sus referentes materiales en los que situaban su identidad e historia personal, extravían parte de sí, porque los objetos de los que se han desprendido, no solo tenían una función utilitaria sino que fungían como un dispositivo de identificación que vertebraba su identidad. Porque la relación de los sujetos con sus objetos materiales es lo que da cabida a la producción de objetos ideales, mismos que Schutz refiere como aquellos que nutren los sentidos de los sujetos y dan sentido a los sujetos (Schutz, 1962), solidificando la relación sujeto-objeto relación vinculada estrechamente con las posesiones materiales preciadas; “equipo de identificación”.

Puede entenderse que las palabras de doña Margarita en las que enuncia la nostalgia hacia su vajilla y espejo, no exaltan la necesidad vital de tales objetos, sino la necesidad fenomenológica de estos objetos, mismos en los que divisaba su pasado, el recorrido de su vida, razón por la que su vajilla y espejo son piezas fundamentales de su identidad lo que los vuelve importantes, preciados y una vez distantes son motivo ineludible su nostalgia, nostalgia que, según Benjamin (1994), solo puede dirigirse al pasado: su vida fuera del asilo.

Por último, se abordan las rutinas y actividades vitales, mismas que se ven truncadas una vez que los ancianos se encuentran inmersos en una institución asilar. Los sujetos a lo largo de su vida realizan actividades diarias o periódicas, que van desde la supervivencia cotidiana; preparar alimentos, poner en orden su espacio, actividades vinculadas a su ejercicio profesional o laboral y aquellas relacionadas con

diversión y esparcimiento (Laforest, 1991). Estas rutinas vitales se ven anuladas automáticamente con el proceso de asilamiento, dado que este desvincula a los sujetos con el mundo y su vida anterior.

Los ancianos una vez institucionalizados se ven imposibilitados de continuar realizando tales actividades, mismas que les resultaban fundamentales para su autoimagen. El asilamiento impide a los envejecidos dar plena continuidad a su vida y mantenerse activos en la trama sociocultural (Mishara y Riedel, 2000), como resultado del espacio cerrado en que se localizan. Los asilos de ancianos, esos marcos espaciales cerrados que imposibilitan a sus residentes seguir consumando sus actividades y rutinas vitales, terminan por producir anomias en los envejecidos. Como lo describe la teoría de la continuidad (marco teórico), los sujetos durante el recorrido de su vida generan “hábitos, gustos y estilos personales” que perduran hasta la ancianidad (Mishara y Riedel, 2000), motivo por el que la desvinculación con estos impide a los mayores acceder a una vejez plena.

De manera similar, los códigos disciplinarios y cánones de conducta rompen las rutinas vitales de los ancianos asilados, dado que en las instituciones asilares el tiempo es controlado y regulado mediante horarios establecidos y ciclos de repetición, donde los ancianos deben realizar actividades determinadas a horas determinadas, originando una “rítmica del tiempo” (Foucault, 2009, p. 173), que trunca en gran medida sus rutinas vitales pasadas y la economía personal de sus actos: “es lo que hace una persona al posponer unos minutos la comida para terminar una tarea, o bien dejar una tarea poco antes de terminarla para a comer con un amigo” (Goffman, 2001, p. 48). En el asilo de ancianos esto no es posible dado que las actividades están sometidas a tiempos determinados, así los mayores se encuentran imposibilitados de continuar con sus rutinas vitales; levantarse temprano, alimentarse en sus antiguos horarios.

Los ancianos institucionalizados pierden la posibilidad de continuar con sus rutinas vitales, sea por el encierro o los principios reglamentistas de la institución. Por el encierro, no poder visitar amigos, familiares, no poder acudir los domingos a la iglesia o realizar semanalmente un pasatiempo como la pesca. Por los principios reglamentistas,

no poder ver televisión en la madrugada, salir al jardín durante la noche, comer un tentempié entre comidas, hacer ejercicio a ciertas horas del día, recibir visitas, etc. Los testimonios de don Trinidad y doña Paula visibilizan los malestares de tales desvinculaciones.

Lo malo de aquí es que pues no se puede hacer mucho, pues nada, yo cuando era de la empresa pues tenía que levantarme temprano, y cuando ya no trabajaba, igual, porque siempre uno debe estar listo en la mañana, porque el trabajo es temprano, yo aprendí así, mi papá me llevaba a sembrar, cuando todavía no amanecía, apenas iba clareando el sol cuando ya estábamos en la tierra, hasta la comida nos llevábamos o pues nos la llevaban, mis hermanas, mi mamá, o uno de los más chicos, los menores, pero sí, temprano, ahora pues me levanto temprano, pero pues aquí no hay qué hacer, siempre me levanto y pues mejor me acuesto, pues no hay nadie, yo veo cuando llegan todos, además, pues yo siempre salía en las cinco o seis, por tarde a las siete, aquí no se puede, porque muchos están dormidos y pues no se puede uno poner hacer ruido, porque es feo pues molestar. (Don Trinidad, 84 años, 3 años asilado).

Se extraña en veces estar afuera, porque aquí te aburres tanto y tanto, los días se ponen pesaditos, está pesadito, porque pues no puedes hacer muchas cosas, aquí todo lo hacen por uno, pero a veces te aburres, yo pues antes podía salir, iba la iglesia los sábados y los domingos, y me iba a confesar con el cura los jueves, pero pues aquí no se puede salir, salir al mercado, yo diario compraba mis cosas, en el puesto de mi comadre, platicaba un rato... se extraña, se extrañan muchas cosas, hasta la comida, porque ya no la prepara uno como te gusta, a mí me gusta comer picoso, bien picoso, pero pues hay señores aquí que nos les gusta, o pues le hace daño, y uno tiene que ajustarse. Estoy bien, es tranquilo estar aquí, pero luego sí dan ganas de irse. (Doña Paula, 78 años, 2 años asilada).

Es notorio en los diálogos de don Trinidad y doña Paula cómo el asilamiento ha truncado sus estilos de vida y actividades cotidianas, sea una rutina básica como

levantarse temprano, o una actividad recurrente como frecuentar la iglesia. Situación que afecta su bienestar, dado que estas actividades son básicas y fundamentales para los mayores, y una vez truncadas desatan malestares más severos como la inconformidad con el espacio donde se encuentran, volviendo a la institucionalización una experiencia no grata para los envejecidos que la experimentan.

La ruptura de la economía personal de los actos de los ancianos, que les impide organizar sus tiempos y actividades vitales con plena libertad rompe de igual forma su independencia individual. En este sentido, Barenys (1992) afirma que en las instituciones asilares los ancianos se encuentran privados de establecer sus actividades básicas, triviales e indispensables, impidiendo que den continuidad a sus rutinas y estilos de vida, lo que desemboca en una masterización del sujeto, quien es invadido a nivel personal al privarlo de dar continuidad a su *modus vivendi*; ver televisión en la madrugada, escuchar música por las mañanas, tomar una siesta por las tardes, caminar por el jardín en las noches, acudir a eventos religiosos, sociales, políticos, etc.

Puede comprenderse que el proceso de asilamiento significa para los envejecidos una ruptura vital, que altera significativamente su estilo y calidad de vida, al desvincularlos de sus relaciones social-afectivas, sus rutinas vitales, sus objetos valiosos posesiones preciadas y de los marcos espaciales en los que desarrollaban su existencia. Desvinculaciones que repercuten severamente en el bienestar social y psicológico de los ancianos, debido a que con dicho cúmulo de elementos; sociales y materiales, sostenían vínculos entrañables que los dotaban, en los que encontraban pertenencia e identidad.

La institucionalización, sin importar el motivo que la origine (familiar, sociológico, económico, físico, psicológico), encarna una de las crisis vitales de mayor dificultad que pueden enfrentar los sujetos en la vejez, porque esta entraña irremediamente la separación de los ancianos con aquellos, con aquello con lo que sostenía vínculos fenomenológicos; familia, amigos, pasatiempos, profesión, residencia, artículos personales, objetos ornamentales, mismos que deben dejar atrás con plena conciencia de que existe la posibilidad de no volverlos a ver, porque la institucionalización

representa un rito de separación que coloca a los mayores a distancia y los imposibilita de proseguir con sus antiguas vidas y en contacto con aquellos y aquello que la complementaban.

CAPÍTULO VII. EL AFUERA Y EL ADENTRO: MUERTE SOCIAL DEL ASILADO

En los dos capítulos precedentes se han abordado las causas de la institucionalización y las desvinculaciones que el internamiento ocasiona en los mayores, así como los malestares y fracturas que el proceso de asilamiento produce a los sujetos que lo experimentan. En el presente apartado se explica cómo el internamiento de los ancianos afecta su presencia social, cultural, económica, política e histórica con el medio, con la comunidad, porque una vez adentro quedan imposibilitados –casi en su totalidad– de participar activamente en la vida pública y las esferas que estructuran la sociedad, lo que confirma que “la institucionalización coloca a los ancianos en un espacio socialmente invisible, en los que su consideración como sujetos activos declina a consecuencia del espacio cerrado al que se integran”(García, 2006, p. 237).

Espacios que, producto de sus características internas, en palabras de Goffman (2001) “totalizantes”, privan a los envejecidos de dar plena continuidad a su vida y mantenerse activos en la trama sociocultural (Mishara y Riedel, 2000), debido a que los asilos de ancianos, son instituciones cerradas donde los sujetos, al momento de internarse ven truncadas sus oportunidades de crecimiento y desarrollo, porque en el interior de estos espacios se encuentran privados de continuar nutriendo sus redes sociales, familiares y afectivas (Foucault, 2012), al tiempo que tampoco pueden seguir consumando sus actividades y rutinas vitales, y ven concluida su consideración sociocultural como sujetos de derecho. Los asilos de ancianos configuran marcos espaciales de muerte social, de olvido cultural, que borran la presencia de los ancianos a nivel global.

Para el tratamiento de estas conceptualizaciones y construir una explicación acerca de cómo los asilos de ancianos configuran marcos espaciales que anulan la presencia social de sus internos, se trabajará la dimensión espacial que la institución asilar Adela Martínez personifica como contexto cerrado; que frena la interacción social de sus residentes con el exterior e impone barreras tanto físicas como simbólicas, que separan e impiden la participación social de los ancianos asilados (Goffman, 2001).

Centrando la atención en la trascendencia que ocupa la dimensión espacial en el desarrollo de los sujetos, siendo que es la dimensión espacial el punto en el que se articulan las prácticas socioculturales y la construcción de la realidad. Por eso a continuación se trabaja sobre las divisiones tanto territoriales como fenomenológicas que demarcan y limitan los espacios, así como la influencia que estas divisiones atañen a los sujetos, sobre todo cuando estos forman parte de un espacio cerrado como es el asilo estudiado.

Georg Simmel (2015) destaca que la especialización no representa solo una división entre espacios, sino la imposición de límites y fronteras entre marcos espaciales, mismas que más allá de delimitar un espacio específico, delinean el sitio social de sus habitantes, bajo la consideración de que cada espacio otorga a los sujetos oportunidades de desarrollo y crecimiento distintas y, los sujetos, en referencia a su contexto vital, pueden tener acceso a ciertos bienes y servicios. Por ejemplo, existen enormes diferencias entre una vivienda particular y una institución asilar, estos dos contextos ofrecen a sus residentes oportunidades por demás distintas, porque dichos contextos son por demás distintos entre sí.

En una vivienda particular, los sujetos pueden reproducir sus hábitos y costumbres con total libertad, moverse a otros espacios y realizar acciones civiles; en cambio, en un espacio cerrado como un asilo de ancianos, los sujetos están privados de tales garantías, dado que este es un espacio clausurado que trunca en gran medida las oportunidades de crecimiento y desarrollo de sus habitantes. Los asilos de ancianos se colocan como contextos que anulan a los envejecidos de interactuar de forma plena en la realidad, privándolos de poder acceder con plenitud a otros espacios, vincularse con otros sujetos, porque en estos espacios los ancianos se encuentran imposibilitados de dar seguimiento a su vida independiente; visitar amigos, familiares, laborar.

Estas rupturas van deteriorando tanto la identidad de los ancianos con su propia persona como su sitio social, porque al ingresar a la institución asilar los mayores se adentran en un marco espacial diseñado para su reclusión (García, 2006), en el que no pueden ser vistos ni escuchados por el resto de la comunidad. Razón por la que las

instituciones asilares se encuentran alejadas de poder brindar a los envejecidos un sitio sociocultural específico dentro de la sociedad.

Este escenario muestra que los espacios son puntos geográficos que más allá de sus cualidades materiales y espaciales –límites, fronteras– que los demarcan y delimitan, son contextos que connotan puntos socioculturales con implicaciones directas sobre los sujetos que los habitan. Para el caso de los asilos de ancianos, estos límites y fronteras no solo separan a los envejecidos del resto de la comunidad, sino que los alejan de poder jugar un rol activo dentro de esta.

Como se ha analizado, los marcos espaciales son demarcados geográficamente por límites y fronteras, sean físicas o simbólicas, sin embargo, los límites y fronteras que delinean los asilos de ancianos resultan por demás dañinos, perjudiciales, bien podría decirse, dolorosos para los ancianos asilados, debido a que estas espacializaciones secularizan a la comunidad envejecida de la vida social, cultural, económica, política e histórica al truncar su participación en los terrenos públicos y la toma de decisiones.

Augé (1992) apunta que la interpretación sociocultural se encuentra aunada a la interpretación del espacio, al ser la organización espacial una forma de organización sociocultural. A lo largo de la historia, el espacio geográfico en que se localiza cada alteridad, cada grupo ha delineado el sitio que sus habitantes ocupan dentro de la realidad. Las categorizaciones geopolíticas globales; primer mundo, tercer mundo ejemplifican tales aseveraciones. De esta forma, se hace evidente que las fronteras y los límites que definen los espacios poseen un carácter sociocultural, en torno a ello, Simmel anota que “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Pineda y Elvira, 2013, p. 75), refrendando que, los marcos espaciales, lejos de ser contextos físicos, son contextos sociales, culturales, económicos, políticos e históricos que repercuten de forma directa en los sujetos que los habitan.

En el marco de la afirmación de Simmel, Augé en *Por una antropología de la movilidad* (2007b), explica la existencia de fronteras, fronteras que denomina como simbólicas y que son las encargadas de secularizar territorios y grupos humanos, produciendo desigualdades, diferencias entre estos. Esta obra de Augé revela que la existencia de alteridades entre los grupos humanos es consecuencia frecuente de las mismas fronteras, que hacen y vuelven a las sociedades heterogéneas, distintas, ajenas... sociedades que pueden sostener relaciones de intercambio, comunión y solidaridad u otro tipo interacciones como el conflicto y la guerra. Por tanto, las fronteras, más que divisiones y límites territoriales conforman divisiones socioculturales que separan a un grupo de otro, ratificando que los límites que demarcan los espacios, más que geográficos son socioculturales, porque “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Ibíd.).

Los límites, fronteras y divisiones que separan a los marcos espaciales se agudizan, se vuelven infranqueables en los asilos de ancianos, instituciones cerradas que como explica Foucault (2009), son epicentros que mantienen separados a sus internos del resto del mundo, lo que los posiciona en el olvido social, secularizados de la vida pública. Estos sujetos ocupan uno de los sitios sociales menos venturosos a nivel comunitario, como resultado de que los sujetos se conforman como tales en referencia al espacio que residen. Los ancianos asilados, al situarse dentro de una institución asilar ven declinar su consideración como actores sociales, dado que se encuentran inmersos en un espacio que los priva de participar en los terrenos públicos.

En torno al marco espacial que los asilos de ancianos estructuran, García Ramírez (2006) explica que son espacios que anulan la presencia de los mayores, donde estos, una vez adentro, se encuentran “afuera, en la exterioridad en la nada”(p. 229), privados de sus roles y papeles sociales. La institución asilar constituye en el presente un espacio de muerte social, de clausura vital (Foucault, 2009), que desprende a los ancianos de las esferas que estructuran la realidad, donde subsisten bajo los estigmas del anonimato y el olvido social.

El olvido social –comprendido como un mecanismo de omisión social– concierne a la invisibilidad y desaparición pública de los ancianos institucionalizados, a consecuencia del confinamiento espacial en que se localizan, donde los envejecidos ven declinar su consideración como sujetos de derecho. Las instituciones asilares colocan a sus habitantes al margen de las oportunidades de crecimiento e interacción social, convirtiendo a los ancianos en invisibles, sin un lugar verdadero en la comunidad. Por su parte, el anonimato surgido del marco espacial asilar es producto de la reclusión, destierro, aislamiento y exclusión que atraviesan los mayores, que una vez internados se ven anulados socioculturalmente, dado que se localizan en un espacio anónimo, sin presencia ni consideración en los terrenos públicos, lo que ubica a la población longeva al margen de la toma de decisiones, y un grupo imposibilitado de mostrar su existencia es un grupo condenado a la desaparición.

Lamentablemente, en el resto del mundo, especialmente en México, los asilos modernos han perdido el apoyo institucional y sus políticas de ordenación y sentido se han reducido a simples mediaciones al servicio de lo privado (familiar) y públicamente aparecen como un espacio cerrado donde acontece el anonimato, la terapia ocupacional individual y diversas formas de disolución que presumen tener carácter integrador. El asilo, independientemente de ser una institución paradójica (de encierro, asilamiento y solidaria, como lo propone el Estado de bienestar) no deja de ser un espacio destinado al confinamiento, la disciplina y la sujeción (García, 2006, p. 235).

Así, los límites y fronteras que demarcan las instituciones asilares si bien son en gran medida físicos; “puertas cerradas, muros altos” (Goffman, 2001, p. 18), que truncan la movilidad geográfica de los envejecidos, no son estos los que configuran a los asilos de ancianos como espacios de muerte social y olvido cultural, sino las fronteras simbólicas; cancelación de ejercicios ciudadanos y socioculturales, que involucran acciones tanto políticas como sociales; asistir a una manifestación pública, ejercer el derecho al voto electoral, libre asociación social, afectiva, amorosa, etc.

Estas características espaciales que las instituciones asilares presentan, las vuelven espacios que truncan a los ancianos de participar social, cultural, económica, política e históricamente dentro de la sociedad, razón por la que deben ser investigados a partir de estas determinantes, para el caso particular del asilo Adela Martínez, a través del método etnográfico se analizan dichas exclusiones y cómo estas terminan por anular la presencia los sujetos que en su interior se encuentran: los ancianos.

Los primeros tópicos que se abordan son aquellos referentes al ámbito social y cultural, al ser la invisibilidad y exclusión sociocultural una de las repercusiones más notorias que del asilo Adela Martínez atañe a sus residentes, este punto fue abordado en el capítulo antecesor (El internamiento: rupturas y desvinculaciones), donde se explican las desvinculaciones socioculturales que la institucionalización produce a los ancianos, como la separación de sus seres queridos y relaciones social-afectivas, y la cancelación de actividades, sean estas productivas o de esparcimiento. En el presente apartado, el ámbito sociocultural es analizado bajo una perspectiva espacial, comprendiendo al contexto asilar como un espacio cerrado, que trunca las acciones civiles de los internos sean estas en terrenos públicos o privados; organizar una reunión, educar a los hijos, aconsejar a los nietos, asistir a un círculo de lectura, participar en eventos religiosos.

Resaltando las exclusiones socioculturales que las instituciones asilares atañen a los ancianos, Goffman (2001) menciona que los sujetos internados experimentan una “muerte civil” que significa la cancelación obligada de los roles que los individuos realizaban en su vida cotidiana, lo que conlleva de manera análoga a la desvinculación de los sujetos con la comunidad, que una vez privados de interacciones socioculturales ven interrumpido su proceso vital, así como sus oportunidades de crecimiento y desarrollo.

La teoría de los roles alude que los sujetos al formar parte de una comunidad juegan un rol específico, mismo que les otorga un estatus definido dentro de la sociedad a la que pertenecen, lo que les asigna una posición social, que los sitúa dentro de los planos que estructuran la realidad. Y, si bien los roles no son estáticos

durante el recorrido de la vida, en la infancia, juventud, adultez y vejez cada sujeto tiene un rol distinto; hijo, padre, abuelo. En síntesis, los roles son indispensables para la asignación del lugar social que cada sujeto ocupa dentro de la comunidad.

Esta teoría explica cómo los sujetos, al lograr edades avanzadas van extraviando sus roles sociales gradualmente a consecuencia de su edad. Los envejecidos tienen menos oportunidades de desarrollarse socioculturalmente, sobre todo en la época contemporánea donde su consideración como sujetos experimentados, consejeros vitales ha quedado atrás. Situación que altera y repercute de forma tácita en el estatus social y calidad de vida de los ancianos, quienes a causa de su longevidad van quedando relegados de jugar un rol específico, lo que los vuelve invisibles y quiméricos tanto en los planos públicos como privados (Maroto y Cáceres, 2014).

Ahora bien, si la vejez es un periodo marcado por la cancelación y privación de los ancianos de jugar un rol específico por sí mismo como la teoría de los roles lo muestra, cuando este periodo cronológico se desarrolla al interior de un establecimiento asilar, los ancianos se ven en definitiva privados de jugar los roles que anteriormente desempeñaban, esto como corolario de que los asilos de ancianos, mediante sus barreras físicas y simbólicas impiden a los ancianos casi cualquier interacción social, truncando el cumplimiento de sus acciones y roles sociales, siendo que estos no pueden ejecutarse sobre un espacio de reclusión y hacinamiento social.

La dimensión espacial que los asilos de ancianos personifican, como contextos de sujeción y confinamiento, que separan a la población longeva del resto de la sociedad, impiden a los mayores participar activamente mediante roles definidos, lo que termina potenciando el olvido social de este grupo. En el asilo Adela Martínez, las palabras de don Martín ilustran las cancelaciones sociales que el espacio asilar provee a sus residentes.

Yo estoy aquí, pues porque mi hijo anda apurado, porque pues su esposa anda mala y pues no le alcanza el dinero, su sueldo pues no le rinde, todo se le va en

puras medicinas, medicamentos, jarabes, pastillas, y pues la paga de los doctores, y pues sí, su dinero se le va en cuanta madre, eso de enfermarse es feo y bien caro, pero pues, así está la cosa ya no puede hacer nada uno, pero pues estoy aquí. Pero estar acá encerrado es bien pesado, luego yo me siento como muerto, ya no puedo ver a mi familia, ver cómo van las cosas, ni un consejito puede dar ya uno a sus hijos... yo he querido platicar con mi hijo un rato... *“pues decirle que su esposa ya está muy mala, que se vaya resignando, que pues se va a ir con Dios, qué pues él debe ya de pensar cómo va hacerle, porque pues tiene hijos y dos están pilcatitos, que debe él empezar a buscar cómo hacerle, porque ni modo, que ya solo, que pues cuando su esposa fallezca, que se busque una buena mujer, otra viuda, que pues, que pueda seguir con su vida, porque pues, aunque todo él no está viejo, ni modo que esté veinte años ya solo como perrote”*... pero pues ni puedo hablar con él, nunca viene solo, siempre con la mujer, con mi nuera... Pero sí se extraña mucho poder ayudar a tus hijos aunque sea pues con un consejito, como de jóvenes a todos mis hijos les decía saluden, aunque no conozcan a la gente *“buenos días, buenas tardes, buenas noches”*, que sean educados, porque la gente educada siempre es bien vista. (Don Martin 85 años, 5 años asilado).

Don Martin expresa cómo el asilamiento le ha impedido continuar cumpliendo de manera plena su rol como padre y consejero familiar, quien con sus palabras muestra cómo el marco espacial asilar ha restringido su campo de acción respecto al apoyo, orientación y consejo que podría brindar a sus consanguíneos y seres queridos, corroborando que las instituciones asilares estructuran espacios que mediante barreras (físicas, simbólicas), truncan la interacción social de los envejecidos con el medio social.

La cancelación de acciones culturales, al igual que las sociales se ven interrumpidas por el marco espacial asilar, dado que de la misma forma en cómo las barreras físicas y simbólicas que demarcan a los establecimientos asilares anulan a los envejecidos de jugar un rol específico, también impiden que los ancianos ejecuten

acciones culturales, como asistir a una procesión o celebración religiosa, un desfile conmemorativo, una fiesta patronal, etc. Acontecimientos culturales que son de gran importancia para la pertenencia, identidad y cosmovisión de los sujetos que conforman un grupo cultural definido.

Como lo dejan entrever investigaciones tanto clásicas como contemporáneas, la participación de los sujetos en eventos culturales es fundamental para formar parte del grupo. Arias explica la importancia de la fiesta patronal para la cohesión social, como punto de encuentro para la creación de redes sociales, amorosas y económicas entre miembros de la comunidad, mismas que son formuladas durante las celebraciones patronales, al ser estas el epicentro sobre el cual se gestan. (Arias, 2011). Turner en *La selva de los símbolos* explica cómo los Ndembu del noroeste de Zambia (África), se vinculan como comunidad a través de acciones culturales que toman forma a base de ritos de paso (curativos, iniciación: El árbol de la leche) que involucran la participación de los sujetos y que terminan por consolidarlos como grupo (Turner, 1999).

La privación de los sujetos de ser parte de estas acciones culturales significa una cancelación de la vida comunitaria, sobre todo en zonas geográficas rurales, contextos donde los eventos culturales poseen una connotación simbólica de gran trascendencia para los sujetos. Así, los ancianos asilados en el Adela Martínez (institución ubicada en un medio de vida rural), una vez adentro se ven imposibilitados de poder participar en ellas, lo que mina su presencia a nivel comunitario y produce malestares significativos en los envejecidos institucionalizados, doña Paula comenta:

Pues aquí te aburres y no puedes hacer muchas cosas, como ir a la iglesia los días que dan la misa, ni pues otras cosas bonitas aquí uno ya no las puede hacer, como ir a las procesiones en la Semana Santa, donde van todos, las muchachas salen con sus mamás, a ver a los santos y caminar, a darle gracias a Dios nuestro señor, a los santos y la Virgen, todo pues, todo lo bonito que es ir a procesión. Yo me iba con mis velas y pues, iba rezando por todos mis hijos, por todos mis nietos, para que les vaya bien, para que no les pase nada, para que no se enfermen. Yo cuando iba les pedía por todos, a los santos, a Dios nuestro

señor para que nadie se enferme, no les pase nada, porque ya no está bonito como antes, ahora siempre escucha uno que ya mataron a uno, que ya mataron a otro, y puras tragedias. También se extraña todo, ir a los toros a ver, comerte unos tacos mientras montan los toros, a los toros van todos... aquí pues qué hacer, ya no se puede salir a ningún lado, ni la iglesia ni un sábado. (Doña Paula 78 años, 2 años asilada).

Las reflexiones de don Martin y doña Paula muestran cómo las instituciones asilares por medio de sus barreras físicas y simbólicas, anulan la participación de los ancianos en las actividades sociales y culturales, lo que termina por volver nítida su presencia comunitaria, y al mismo tiempo, minan su bienestar psicológico, porque es la participación sociocultural la que asigna un sitio a los individuos y les otorga un rol como sujetos de derecho.

Otra de las desvinculaciones que el marco espacial asilar ocasiona a los ancianos como contexto cerrado, es la privación al ejercicio económico, sea como consumidor o productor, que si bien la vejez es una etapa marcada por el desempleo, la jubilación y la pérdida de los roles social-económicos, al interior de las instituciones asilares estas exclusiones se acentúan. Porque los internos se encuentran imposibilitados de participar en los terrenos laborales y económicos, resultado de las barreras físicas y simbólicas que los confinan, contienen, e impiden su incursión en el mundo exterior.

Los envejecidos asilados, por el solo hecho de encontrarse institucionalizados, ven cancelada cualquier oportunidad económica. Moragas (2004) explica que la ancianidad y el no trabajo pareciesen dos polos iguales que se repelen continuamente, consolidando a esta etapa cronológica como un momento vital de improductividad económica, sin embargo, al interior de los asilos de ancianos esta improductividad económica se conjuga con el anonimato monetario de los envejecidos, porque los mayores institucionalizados no solo se encuentran privados de realizar actividades productivas remuneradas, sino también de realizar adquisiciones materiales (bienes, servicios), dado que el contexto en que se localizan ,al ser un espacio cerrado, impide

su incursión en los terrenos económicos (consumidor, productor), originando la invisibilidad social-económica de este grupo y generando términos peyorativos derivados de tal anonimato monetario que los aprisiona; “clases pasivas, jubilados, cesantes y pensionistas”, que dejan clara la estigmatización social en la que se encuentran los mayores asilados como resultado de su destierro económico (Moragas, 2004).

Bloch sentencia que “en el mundo capitalista tardío es donde menos hay un banco de esperanzas para el anciano” (Bloch, 2007, p. 29), porque en este momento histórico los sujetos adquieren su estatus y rol social en base a la actividad económica que realicen y aquellos privados de poder participar en estas esferas están condenados a la desaparición, sobre todo los individuos que han extraviado su juventud, los que han envejecido y carecen de oportunidades de crecimiento y desarrollo reales. Los ancianos asilados de la época contemporánea ocupan uno de los sitios sociales menos prestigiosos a nivel social, al localizarse sobre un marco espacial que anula su presencia comunitaria y los excluye de los ámbitos productivos y de consumo, por lo que no es sorpresivo que el espacio asilar ante la mirada comunal ubique “a los ancianos en el vacío, en el espacio de la no-significancia, de la improductividad económica, de la carga social, del desprecio cultural y familiar” (García, 2006, p. 24).

Las acciones económicas y productivas –trabajar, comprar, vender– son un ejercicio ciudadano, al cual los ancianos institucionalizados no tienen acceso, lo que termina por deteriorar su autoimagen. Las teorías de la continuidad y actividad afirman que la vejez exitosa se logra cuando los sujetos envejecidos se mantienen activos en ocupaciones gratificantes, dando continuidad a su estilo de vida pasada y participando comunitariamente (Mishara y Riedel, 2000), por lo que, cuando los ancianos se ven imposibilitados de continuar con sus oficios o profesiones, así como adquirir artículos materiales o rentar servicios, ven truncado su ejercicio económico, ejercicio indispensable para ser parte del mundo y la conciencia subjetiva, los planos públicos. Doña María platica las repercusiones que el destierro económico inflige a los mayores institucionalizados.

... antes yo tenía mi tienda, siempre estaba ahí, viendo la tele por si alguien quería comprar o alguna cosa, tenía cosas para vender, los de los camiones me iban llevando la mercancía, yo luego lo acomodaba, estaba bien, porque ganas dinero en tu casa y pues puedes ir haciendo un dinerito para lo que vayas ocupado, y pues estás en tu casa, la tienes bonita porque estás ahí, siempre te da tiempo hacer tus cosas, el quehacer. Yo antes de abrir me iba al mercado a comprar las verduras y la carne, lo que yo no vendía, luego me compraba unas flores y unas veladoras para el altar de los muertos, que siempre esté bonito... Ya mi tienda ahora no la tiene nadie, nadie la quiso cuando yo me vine, ya no sé qué será de mi casa, es bonito tener tu negocio, porque pues tú lo cuidas y te da tu dinero para que la vayas pasando, mi tienda la pintaban los de la Coca, estaba bien pintada porque yo siempre tenía los refrescos fríos, porque los refrescos se toman fríos, no calientes, como en otras tiendas que los tienen al tiempo, ¡no! son fríos... (Doña María 81 años, 2 años asilada).

Este relato etnográfico permite comprender la importancia del rol social-económico para los sujetos, que a partir de este no solo cubren sus necesidades fundamentales, sino que obtienen un estatus social definido al formar parte de la vida económica, siendo que los sujetos que tienen la fortuna de desempeñar una actividad remunerada en el presente, tiempo marcado por el desempleo, tienen la oportunidad de ser independientes y jugar un rol activo. Al contrario, los sujetos excluidos de la dinámica monetaria se ven anulados a nivel social, sobre todo cuando su espacio de residencia los inhabilita de cualquier intento de incursión económica como sucede con los ancianos asilados, quienes una vez adentro se localizan afuera de estas oportunidades como es el caso de Doña María, quien en la actualidad se encuentra privada de continuar incursionado en esta esfera, resultado de su institucionalización.

El espacio asilar, del modo en que frena la vida económica de los ancianos, también interrumpe su incursión en el campo político, porque este espacio es un espacio que mantiene excluidos a los mayores de la toma de decisiones y de las manifestaciones públicas-políticas. En el asilo Adela Martínez estas exclusiones son

evidentes, solo uno de sus internos pudo ejercer su derecho al voto en las elecciones presidenciales del 2018, quien fue asistido por su familia para tal acción política, el resto por motivos diversos; extravío de credenciales, credenciales no vigentes y falta de apoyo institucional para acudir a las urnas se vio imposibilitado de poder participar en dicho proceso.

El marco espacial asilar se ubica como un contexto de no participación, de no actuación, que al no incursionar políticamente borra a los envejecidos de uno de los campos de mayor trascendencia para la construcción de los individuos como actores sociales, ratificando que los asilos de ancianos son espacios de muerte y olvido social para la comunidad longeva. El que los asilos de ancianos sean terrenos meramente privados sin actuación pública-política vuelve a los internos sujetos quiméricos, no considerables socialmente, en palabras de García Ramírez en “ese nadie... aquel que se convierte en invisible, pues no hay palabra que lo enuncie *ni espacio que lo acoja*” (2006, p. 203).

Aristóteles (2007) afirmó que “el hombre es un animal político”, posicionando a la política como el medio en como las sociedades pueden brindarle a los individuos que las componen la condición de ciudadanos, en este mismo sentido Arendt (2005) describe a la política como una acción indispensable para que los sujetos alcancen un estado de derecho, lo que ratifica que el ejercicio político resulta básico para que los sujetos ocupen un sitio dentro de la comunidad y sean considerados parte de esta.

Los ancianos asilados, al pertenecer a un espacio cerrado que los priva de participar activamente se ven marginados de la toma de decisiones, proceso de exclusión social que es al mismo tiempo un proceso de exclusión cultural, en consideración a que la política y la cultura se ven aunadas al ser una reproducción habitual, que involucra los valores y necesidades comunales. Dado que ambas son construcciones humanas que funcionan como piedras angulares para el funcionamiento social, no es fortuito que gran parte de la filosofía presocrática y socrática hayan centrado su atención en esta actividad, dado que a través de la política los sujetos manifiestan su ideología, cosmovisión y direccionan su cultura, lo que vuelve al

ejercicio político indispensable para que los sujetos se conformen como tales (Arendt Hannah, 2014).

Los establecimientos asilares, al no participar políticamente, se posicionan como contextos invisibles, ajenos al ámbito público en el que se realizan las manifestaciones y movimientos sociales, para situarse en el anonimato del ámbito privado, ámbito que oculta y erosiona la presencia social de los envejecidos asilados, porque un grupo sumergido en el silencio en un espacio sin incursión política es un grupo destinado al olvido. El testimonio de don Alejandro hace fehacientes los malestares de dicha exclusión:

Antes yo era del partido, me iba a las reuniones, a ver qué hacer, siempre hay algo que hacer, luego nos íbamos a los pueblos a la campaña, y pues andar atrás de los mapaches que hacen trampa, siempre pues buscando la forma de ayudar al país, todos con AMLO, es lo que nosotros intentábamos, ya quitar al PRI, y a los corruptos, yo por eso les dije a mis hijos que vinieran por mí el día de las elecciones, que vinieran temprano para llevarme a votar. (Don Alejandro 79 años, 1 año asilado).

Como lo muestra el caso de don Alejandro, la institucionalización impide a los mayores participar con plenitud en los asuntos social-políticos, privación que degrada la imagen de la comunidad envejecida socialmente, porque un grupo silenciado se encuentra incapacitado de formar parte de los procesos históricos, comprendidos estos como procesos sociales, culturales, económicos y políticos que tienen un lugar en una sociedad determinada y que surgen del actuar cotidiano de los sujetos, quienes se vuelven sujetos históricos cuando participan activamente en la sociedad. Presa de la violencia que asoló al Alto Balsas en los últimos años, decenas de ancianos de las comunidades rurales cercanas a los límites de Morelos, Puebla y región Montaña, participaron activamente en las patrullas comunitarias, ya fuera en los puestos de revisión de entradas y salidas de los poblados, como en las actividades de patrullaje y participación activa en reuniones de balance. Este y otros hechos vinculados al bienestar de las comunidades y de los suyos los evidencía como sujetos que todavía

pueden aportar y mucho al bien de los demás, siempre y cuando no se les confine a espacios cerrados como en el caso estudiado.

Los ancianos asilados, por el hecho de encontrarse inmersos en un espacio que cancela su participación social, cultural, económica y política quedan fuera de estos procesos históricos, porque el marco espacial en que se localizan, al no incidir activamente en las transformaciones y decisiones comunitarias los deja anulados de ser considerados públicamente. La historia debe ser analizada como un constructo social en eterna construcción, para Marx la historia confabula un proceso dialéctico que transforma constantemente la realidad, en el que los sujetos generan sus ideologías y actúan concretamente, por lo que encontrarse fuera de dichos procesos históricos coloca a los sujetos sobre los terrenos propios de la no existencia, del olvido social.

Ricoeur (2000) apunta que la participación histórica es lo que da a los grupos “presencia en el presente” (p. 451), tiempo en que la historia se experimenta, reproduce y produce, siendo que es el presente el momento de la actuación y la incursión en la realidad, mostrando que la historia, lejos de referir al legado-pretérito de un pueblo, se fundamenta en las acciones sociales, culturales, económicas y políticas que se desarrollan en el momento que fluye. Los asilos de ancianos, al no participar en el presente no participan históricamente, lo que hace a las instituciones asilares contextos de confinamiento y anonimato que borran la presencia social de sus internos.

En estas condiciones de invisibilidad y destierro social, cultural, económico, político e histórico puede entenderse que las instituciones asilares configuran marcos espaciales delineados por fronteras físicas y simbólicas que ratifican que los límites entre espacios “no son un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial”, que terminan borrando del mapa público la presencia de una de las poblaciones más disminuidas y vulnerables: los viejos.

Estas fronteras, como se ha analizado, deben ser comprendidas como barreras físicas y simbólicas de manera conjunta, mismas que materializan y estructuran uno de los marcos espaciales que más dañan el sitio social de los envejecidos. Los asilos de

ancianos, establecimientos que dejan fuera de las esferas que conforman la realidad a quienes los habitan, constituyen un escenario que encarna una de las prácticas sociales más perniciosas contra la sociedad longeva, porque al colocar a este grupo sobre planos inmemoriales y de olvido social se le condena a “no ocupar en lugar en el espacio social, lo que implica no reconocer que son sujetos humanos, sujetos con derechos[volviendo] su presencia olvido y, al mismo tiempo, negación e invisibilidad” (García, 2006, p. 202).

Los asilos de ancianos representan espacios donde los envejecidos vivencian una cantidad impresionante de rupturas, que abarcan desde su desaparición sociocultural a su no consideración pública, lo que los vuelve espacios poco gratos para los ancianos. En el caso específico del asilo Adela Martínez, como lo muestran los relatos etnográficos recuperados, el espacio asilar no significa otra cosa que un terreno de cancelación que impide a los mayores intervenir en la construcción de la realidad y el mundo. Lo que exige reflexionar sobre el papel que juegan estas instituciones en el presente, mismas que serán cada vez más necesarias en el futuro como indican las previsiones poblacionales y demográficas abordadas al principio, por lo que, ante ello, es necesario replantear la función que estos espacios realizan actualmente, para transformarlos en otros que permitan la actuación social, cultural, económica, política e histórica de los envejecidos asilados, elevando con ello su calidad de vida y transformando a las instituciones asilares de espacios de muerte social y olvido cultural a espacios de vida, donde los mayores continúen siendo parte de la sociedad. “Sin duda a veces hay que hablar en nombre de los náufragos. Hablar en su nombre, en su silencio, para devolverles la palabra” (Mina, 2005).

CAPÍTULO VIII. EL ASILO ADELA MARTÍNEZ Y LAS FORMAS DEL OLVIDO

A lo largo de esta exposición se ha mostrado tanto teórica como etnográficamente, lo que el proceso de asilamiento significa para los ancianos que lo experimentan, las causas que lo originan, las rupturas y desvinculaciones que inflige a los envejecidos, así como la muerte social que los ancianos internados atraviesan, resultado del espacio cerrado en que se localizan. Espacio que como se ha abordado, termina por anular la presencia social, cultural, económica, política e histórica de los sujetos en él inmersos: los ancianos.

Dicho conglomerado de factores adversos que los mayores atraviesan al experimentar el proceso de institucionalización da como resultado una estrategia de adaptación, que consta del empleo del olvido, olvido que posibilita a los mayores aminorar los estragos del asilamiento. Hallazgo que revela la complejidad del espacio asilar, espacio en el que tienen lugar fenómenos sociales incomprensibles, sino se profundiza en el mundo del interno (Foucault, 2009) y las fracturas vitales que el encierro origina en los sujetos.

El estudio de la vida asilada por medio del método etnográfico y el método fenomenológico, han permitido, a manera de serendipia, estudiar cómo asilados del Adela Martínez, recurren al olvido frecuentemente, elemento que se hace evidente en los diálogos y conversaciones sostenidas con los ancianos, quienes de alguna u otra forma utilizan el olvido para hacer frente al periodo aciago que enfrentan, corroborando la complejidad del espacio asilar, como un terreno disímbolo en que surgen modos de vida disímbolos, que constan en gran medida de la constante evocación de olvido.

Este capítulo analiza la presencia del olvido como estrategia de adaptación dentro de la institución asilar Adela Martínez, estrategia que surge (empleo del olvido) como resultado de las múltiples fracturas vitales que la institucionalización propina a los ancianos internados. Dado que los ancianos, como corolario de las rupturas y desvinculaciones que vivencian, terminan por recurrir a mecanismos inmemoriales, de olvido para hacer frente, para aminorar los malestares que el asilamiento les provoca.

Para explicar cómo es empleado el olvido por los ancianos institucionalizados en el asilo Adela Martínez como estrategia de adaptación, es importante revisar investigaciones que datan de como los sujetos que se encuentran inmersos en alguna institución cerrada total o parcialmente (hospitales, psiquiátricos, cárceles) generan mecanismos de adaptación y supervivencia que les apoyan a sobrellevar su encierro.

Goffman (2001) destaca que los internos producen mecanismos adaptativos para sortear las incomodidades del encierro, entre los que destaca el retrainamiento y desentendimiento de los sujetos con todo aquello que les rodea...los internados dan poca o nula importancia a los sucesos y eventos que tienen lugar en la institución en que se encuentran, lo que les posibilita cursar con tranquilidad su estancia y volver soportable su internamiento (Barenys, 1992). Dicho ensimismamiento permite al sujeto internado deslindarse momentáneamente de la incomodidad de su situación, lo que hace de este mecanismo de adaptación un mecanismo de supervivencia.

Al igual que este mecanismo de adaptación, se presenta el olvido, elemento que es empleado por los ancianos asilados para hacer frente a su presente de encierro. El olvido, de la misma manera que el retrainamiento y desentendimiento, consiente a los sujetos aminorar los estragos de la institucionalización, del encierro, para cursar de mejor forma este periodo. Siendo que el olvido deslinda al sujeto de la realidad, del presente y de la situación que atraviesa, haciendo a un lado los malestares propios del internamiento.

El olvido como modalidad adaptativa es esgrimido por los ancianos institucionalizados del asilo Adela Martínez a través de tres figuras inmemoriales; retorno, suspenso y reinicio. Figuras de olvido con una característica peculiar, cada una de ellas concentra olvido en un tiempo específico; pasado, presente y futuro. El retorno, genera olvido cuando el anciano solo piensa en el pasado, cuando solo vive del recuerdo, lo que le permite olvidarse del presente y del futuro, porque el retorno posibilita que el sujeto solo experimente pretérito, reviviendo, recordando, infinitamente el pasado «los buenos tiempos, el ayer», en el que encuentra refugio del momento que cursa: el encierro asilar (Augé, 1998).

El suspenso (segunda figura de olvido), este mecanismo inmemorial olvida el pasado y el futuro al concentrar toda la energía vital en el presente. Los ancianos, con el suspenso intentan sacar el mayor provecho al presente, experimentando con éxtasis cada instante que viven, cada actividad que realizan; ver televisión, jugar cartas... para no pensar en el pasado remoto, ni en el futuro incierto, y de esa forma sobrellevar el asilamiento. Por último, el reinicio, figura de olvido que logra olvido al pensar solo en el futuro. Los ancianos asilados, al proyectar e imaginar futuros «una vida fuera del asilo, un mañana alejados del encierro», se desprenden, se olvidan del presente institucionalizado en que localizan y dejan atrás los malestares que el pasado pueda provocarles (Augé, 1998).

El olvido se evidencia como una estrategia de adaptación para los ancianos institucionalizados, quienes con su empleo encaran las vicisitudes y contrariedades que el internamiento les provoca, mostrando la importancia del olvido para los ancianos, quienes con este elemento intentan hacer frente a la situación en que se encuentran. Mostrando la relevancia del olvido para la supervivencia de los sujetos, y para la construcción de la realidad social.

Para comprender cómo es utilizado el olvido por los internos del asilo Adela Martínez y mostrar cómo estos esgrimen las tres figuras inmemoriales; retorno, suspenso y reinicio, es importante abordar algunas de las teorizaciones que aluden al olvido como un elemento indispensable para la vida y la salud de los sujetos (Vanioff, 2015), dado que el olvido es fundamental para la existencia de todo individuo y colectividad.

Una caracterización del olvido positivo

El empleo del olvido por parte de los ancianos asilados en el Adela Martínez como estrategia de adaptación y supervivencia debe ser entendido como una alternativa de vida, que permite a los mayores aminorar los malestares que la institucionalización les provoca. Por ello resulta básico exponer la función social que el olvido tiene cuando es empleado por los sujetos y los beneficios que otorga a quienes

lo utilizan, siendo que el olvido posee la capacidad de liberar a los sujetos de pretéritos tormentosos, presentes ingratos y futuros inexistentes.

El olvido, como se alude, tiene una función social de gran trascendencia, al permitir a los sujetos dejar atrás, dejar de lado infamias de la vida, sin embargo, no debe perderse de vista que la apología del olvido a la que hace referencia como modalidad adaptativa, es aquel olvido individualizado más no al colectivo, dado que entre ambos existen agudas diferencias.

El olvido colectivo es aquél que ha sido teorizado como patología social que deslinda a los pueblos de su pasado, afectando su presente e imposibilitando el surgimiento de un futuro saludable. Mendoza (2007) apunta que “sobre la base del olvido no puede construirse el presente y mucho menos un futuro” (p. 17), exaltando las problemáticas propias del olvido colectivo y enalteciendo las bondades de la memoria colectiva como alternativa de bienestar social. El olvido colectivo, como puede notarse, resulta pernicioso para la sociedad, dado que una sociedad desmemoriada es una sociedad vulnerable a las manipulaciones del poder y de los grupos oligárquicos, por lo que la memoria colectiva es fundamental para el sano desarrollo de un pueblo (Ricoeur, 2000).

Opuesto al olvido colectivo se encuentra el olvido individual, dado que a diferencia del olvido colectivo donde la memoria es la encargada de brindar bienestar a la comunidad. En el olvido individual la memoria es quien afecta el bienestar de los sujetos, por lo que es necesario que esta sea olvidada, siendo así la memoria del sujeto el objetivo del olvido individual para lograr su meta de permitir al individuo deslindarse de recuerdos, pensamientos perniciosos. El olvido individual trunca la memoria, acción a la que Ricoeur nombra memoria impedida, memoria incapaz de recordar porque ha cedido al olvido, confiando a este el bienestar de su portador. Así, el olvido a nivel individual debe ser interpretado como una forma de salud que apoya a los sujetos a proseguir con su vida.

Mostrada la importancia del olvido individual se presentan algunas teorizaciones y postulados que aluden a la importancia del olvido para el bienestar de los sujetos y exaltan cómo el olvido ayuda a los individuos a sobrellevar la realidad posicionándose como una estrategia de adaptación. Nietzsche (2014) es uno de los pensadores que realiza una teorización positiva del olvido, afirmando que el olvido otorga plenitud a los sujetos, siendo que el olvido los deslinda del pretérito y los infortunios que se albergan en este tiempo, describiendo al olvido como una fuerza inmemorial que potencia la vida al desprenderse de las infamias pasadas.

El olvido para Nietzsche es el encargado de borrar los malos recuerdos, dar salida a la mala memoria, memoria que almacena los tiempos vividos y que concentra en sí tormentos y dolores que truncan el crecimiento de los individuos, el olvido es analizado por este pensador como “una facultad inhibidora activa, positiva en el sentido más estricto” (Nietzsche, 2014, p. 130), que apoya a los individuos continuar desarrollándose.

Polivanoff (2011) rescata heurísticamente cómo Nietzsche formula la metáfora del “olvido animal”, enfatizando la envidia del hombre hacia los animales y la capacidad de olvido que estos poseen; “el hombre envidia la felicidad del animal, pues éste no está tensionado entre un pasado y un futuro [lo que permite a los animales gozar el presente, en referencia a que el animal] ignora lo que es el ayer y el hoy, (...) come, descansa, digiere, vuelve a brincar, y así desde la mañana a la noche, de un día a otro, en una palabra: atado a la estaca del momento presente y, por esta razón, sin atisbo alguno de melancolía o hastío” (Polivanoff, 2011, p. 15).

La metáfora de Nietzsche respecto al olvido animal destaca la importancia del olvido para los sujetos, quienes, si bien no pueden despojarse de la memoria completamente, sí pueden depurar a esta de los malos recuerdos que almacena y maltratan al sujeto. Bajo el mismo talante, Ricoeur trata al olvido, conceptualizándolo una como evasión y mostrando la existencia de un “olvido selectivo”, que olvida recuerdos específicos, recuerdos ingratos para liberar a los individuos de la “memoria herida”, memoria que condena a los individuos a un pretérito tormentoso. El olvido para

Ricoeur se muestra como vía para sanar la memoria y permitir que los sujetos prosigan su vida (Ricoeur, 1999). Por eso existen tipologías de olvido, según Ricoeur (1998):

Por un lado, vemos lo que el psicoanálisis denomina represión, que es un olvido pasivo que intenta ocultar un hecho, remitiéndolo al inconsciente, recubriéndolo con otra cosa puesta en su lugar. Hay también un olvido ubicado entre el totalmente pasivo y el totalmente activo, el olvido evasivo. Consiste en un no querer recordar, en una voluntad de no querer saber; es pasivo en cuanto implica un déficit en el trabajo del recuerdo, pero es también activo, en cuanto implica un no querer saber. Resulta así que es entonces sujeto de responsabilidad, pues ignora algo que sabe que debería saber, es negligente, es una ignorancia culpable. Por último, encontramos el olvido selectivo, que es puramente activo: no podemos recordar todo, y es por ello que se hace una selección de aquello que consideramos que debe ser recordado; no toda huella debe ser seguida (p. 12).

El olvido como dicho autor lo posiciona es básico en la existencia. Bajo esta panorámica el olvido puede ser comprendido como terapéutico, al potenciar el deslindamiento del sujeto con el pretérito, dejando el pasado en el pasado, para poder gozar el presente y proyectar un futuro alejado de los infortunios del ayer. Al igual que Ricoeur, Todorov también atribuye al olvido una fuerza sanadora que se desprende el pasado para seguir adelante, apuntando que es el olvido quien libera a la memoria de los malestares pretéritos, otorgando a los sujetos la oportunidad de reconstruirse.

Todorov (2009) sentencia que el olvido apoya a poner fin a los antiguos odios y remordimientos del ayer para alcanzar la paz. El olvido es indispensable entonces para el crecimiento y desarrollo, sobre todo cuando los sujetos cursan momentos vitales en los que la evocación de recuerdos resulta desfavorable. Todorov anota el caso de Jorge Semprúm, quien para sobrevivir se vio forzado a olvidar su experiencia en los campos de concentración de los nazis, dado que esta experiencia le impedía disfrutar el presente y formular futuro. El olvido es una opción vital que apacigua, deja atrás

recuerdos dañinos para que el individuo obtenga tranquilidad en el momento que vive y en los que le resta por vivir (Todorov, 2009).

Siguiendo esta tendencia «olvido positivo», descansan los postulados de Augé quien explica la pertinencia del olvido para poder dejar atrás el pasado, o no pensar en el presente ni futuro. Mostrando que el olvido es una alternativa de felicidad y paz vital, por lo que teoriza la necesidad del “deber de olvido”, deber que postula al olvido como básico. Siendo que los sujetos necesitan olvidar los traumatismos y vejaciones de su existencia para encontrarle sentido a esta (Augé, 1998). Augé explica:

El olvido es necesario para la sociedad y para el individuo. Hay que saber olvidar para saborear el gusto del presente, del instante y de la espera, pero la propia memoria necesita también el olvido: hay que olvidar el pasado reciente para recobrar el pasado remoto...No olvidamos todo, evidentemente. Pero tampoco lo recordamos todo. Recordar u olvidar es hacer una labor de jardinero, seleccionar, podar. Los recuerdos son como plantas: hay algunos que deben eliminarse rápidamente para ayudar al resto a desarrollarse, a transformarse, a florecer (pp. 22-23).

Las teorizaciones positivas del olvido dejan entrever la importancia de este elemento a nivel individual, siendo que el olvido, más que ser un amnésico que libera a los sujetos de momentos ingratos, permite a estos continuar con su vida, obtener serenidad, seguir adelante... lo que muestra cómo el olvido constantemente resulta benéfico para aquellos que lo emplean.

El olvido positivo al que se hace referencia es aquel que logra posicionarse como estrategia de adaptación, olvido individual que es empleado por los ancianos institucionalizados en el asilo Adela Martínez. Olvido que apoya a los envejecidos a aminorar los malestares que el internamiento les provoca, permitiéndoles olvidarse del pasado, del presente o del futuro y de esa manera sobrellevar las contrariedades propias del encierro.

Las formas del olvido: retorno, suspenso y reinicio

La presencia del olvido como modalidad adaptativa dentro de la institución asilar Adela Martínez, es abordada desde la perspectiva antropológica de Augé, quien, como se ha citado, teoriza el olvido a través de tres figuras; retorno, suspenso y reinicio, figuras inmemoriales que son evocadas por los envejecidos institucionalizados como estrategia de adaptación, dado que estas les permiten aminorar las contrariedades que el internamiento les ocasiona.

El retorno, por medio de la sobre-rememoración desprende a los mayores del presente y del futuro, para que estos se refugien en el pasado (los buenos tiempos). El suspenso, figura que potencia el deslindamiento del pasado y futuro, apoya a los ancianos a cursar con menos incomodidad el presente. El reinicio, al olvidar el pasado y el presente, permite a los envejecidos imaginar futuros positivos (salir del asilo).

Estas figuras de olvido (retorno, suspenso, reinicio) serán tratadas etnográficamente, para comprender de forma puntual, cómo el olvido es empleado por los ancianos institucionalizados como estrategia de adaptación, y cómo el olvido resulta fundamental para la vida y el bienestar de los envejecidos del asilo Adela Martínez.

Respetando el orden epistemológico en que Augé conceptualiza dichas formas inmemoriales, se inicia explicando el retorno. El retorno puede ser entendido como una recuperación impetuosa del pasado, una rememoración desmedida que en tal acto olvida el presente y el futuro. Sujetos que, al solo recordar el pasado, dejan de lado momentos que viven y el futuro que les aguarda, para solo pensar en los tiempos que han quedado atrás, mismos en los que encuentran tranquilidad o felicidad.

El retorno “cuya principal pretensión es recuperar un pasado perdido” (Augé, 1998, p. 66), logra olvido al viajar al pasado e intentar recuperarlo en el presente, siendo que con dicha acción se deslinda del presente y futuro al omitir la latencia de estos tiempos. En la novela de Johanna Spyri, Heidi ejemplifica con claridad el empleo

del retorno y cómo esta avocación de olvido permite a los sujetos sobrellevar situaciones vitales desfavorables.

Heidi, una vez en la ciudad, se aferra al recuerdo de su vida anterior en los Alpes suizos, rememorando ilimitadamente su vida en las montañas junto a su abuelo y su amigo Pedro el cabrero. Evocación de pasado que realiza para evadir el presente que vive, donde ha sido forzada a adaptarse a un nuevo ambiente y a una nueva cultura. La rememoración del pasado es lo que permite a Heidi hacer frente a su estancia en la ciudad, siendo este ejercicio de olvido lo que aminora la ruptura vital que experimenta.

Los envejecidos institucionalizados en el asilo Adela Martínez, al igual que Heidi, emplean el retorno para encarar el momento que atraviesan «la vida asilada», los ancianos reviven incuantificablemente el pasado; su vida familiar, sus actividades predilectas (laborales, sociales), la interacción con sus objetos y posiciones preciadas (equipo de identificación), (Goffman, 2001). Lo que hace del retorno un mecanismo adaptativo que por medio de la memoria apoya a los ancianos a sortear las incomodidades del asilamiento. El retorno es visible en los diálogos de doña Ángela y don Jesús:

Pues está aburridito estar aquí, porque no hay así mucho que hacer, se aburre uno estando por aquí. En el asilo se ponen difíciles las cosas, pues no hay mucho qué hacer, por eso te aburres, yo me aburro, luego pues me pongo a pensar, porque no hay mucho que hacer por aquí... Yo me acuerdo de tantas cosas, en la vida pasan tantas cosas que, qué bonito es acordarse de los años, de la vida de antes, me pongo a pensar desde que era chamaca, y cómo antes la vida era antes diferente, viviendo en el campo, sin luz y que no se usaba el dinero, cuando todo se cambiaba por cosas, si querías comprar chicharrón o pan de dulce, pues cambiabas por tu maíz, bonita la vida en el campo, era bonito estar en el campo, yo me acuerdo de todo, de la vida en el campo, porque pues estás bien y puedes salir a cortar fruta en el temporal de lluvia. Pues estando aquí no hay nada que hacer, se extraña estar afuera, donde está tu familia, donde puedes comer con tu gente, aquí te aburres, pues, que la tele ya te

aburre, pues qué haces, yo solo me pongo a pensar en cosas, pero pues estar aquí está aburrido, porque no se hace nada. Luego no tienes más que estar sentado esperando el sol y la comida, está pesado. (Doña Ángela 89 años, 3 años asilada).

Sí, ya tengo aquí un rato, y te vas acostumbrando a estar aquí... yo pues intento llevármela tranquila, pero se pone difícil, porque pues estando aquí, qué se puede hacer, no puedes hacer mucho, yo me aburro y eso hace difícil estar aquí. Cuando termina el almuerzo, y ya estoy en el patio me siento un rato, y escucho que pasan carros por la calle, y pues algunos suenan mucho, hacen ruido fuerte y pues es porque son camiones grandes y me pongo a pensar en cuando yo manejaba uno de esos, cuando yo andaba de arriba para abajo, para todos lados, de un lado a otro en un carro grande, porque un tiempo yo manejaba, yo aprendí a manejar solo de joven y desde ese día ya me puse a manejar... y me iba lejos, tuve viajes lejos que tenía que ir hasta México, y luego pues vas y vienes el mismo día, estaba difícil, pero después ya te acostumbras y te aprendes bien la carretera, luego ya la conoces de cabo a rabo, toda la carretera, sus subidas y sus curvas, hasta las fondas ya te las sabes, porque pues siempre andas en ellas, de arriba para abajo, y pues te las terminas aprendiendo bien sabroso... Pero pues sí, si pues está difícil estar aquí, porque te aburres, luego pues por lo menos ves la tele o platicas, pero pues te la vas llevando, porque pues luego se pone difícil el asilo, que pues nos cuidan y nos echan una buena mano, pero sí está difícil, difícil. (Don Jesús 87 años, 1 año asilado).

El retorno permite a los ancianos deslindarse del presente y del futuro al solo pensar en el pasado, los diálogos de doña Ángela y don Jesús exaltan el empleo del retorno como una alternativa de salud, quienes al recordar el pasado; su infancia, su vida en familia, sus actividades laborales sortean las incomodidades que el asilamiento les propina, lo que permite ver la presencia de esta figura inmemorial al interior del asilo Adela Martínez.

El retorno, al viajar al pasado con el fin de recuperarlo en el presente, olvida el presente mismo e impide la proyección de futuro, permitiendo a los ancianos institucionalizados sacar provecho al pretérito, tiempo en que encuentran refugio y les apoya a aminorar los malestares del encierro, lo que hace del retorno una modalidad adaptativa esencial para los envejecidos internados.

Bajo el mismo talante inmemorial actúa el suspenso (segunda figura de olvido). El suspenso, como su nombre lo indica, configura una acción de pausa, un momento que toma distancia con el pasado que le dio origen y con el futuro que le aguarda para vivir el puro presente. El suspenso permite a los sujetos experimentar con plenitud el presente, olvidando los otros tiempos (pasado, futuro) liberando a los sujetos de infortunios pretéritos e incertidumbres futuras, para sacar el mayor beneficio al tiempo que cursan: el presente.

El suspenso “cuya pretensión principal es recuperar el presente seccionándolo provisionalmente del pasado y futuro” (Augé, 1998, p. 66), consigue olvido al concentrar toda la atención en el momento que fluye, acción que lo deslinda temporalmente del pasado y del futuro. Los sujetos con el suspenso intentan aferrarse al momento que viven, intentando obtener de este los mayores beneficios. La obra literaria *El lobo estepario* ejemplifica las benevolencias de esta figura.

Harry Haller (protagonista de esta obra) ante la crisis espiritual que lo atormenta, emplea en más de una ocasión el suspenso para apaciguar, olvidar su deseo de suicidio y muerte, experimentando con la mayor fuerza posible el momento que vive, al gozar sin miramientos los excesos y profusiones que el presente le ofrece; alcoholismo, prostitución. Operación que le permite aminorar, olvidar por momentos su pasado tormentoso y su futuro trágico. Mostrando cómo el suspenso, al posibilitar vivir solo el presente, desprende a los sujetos de pasados y futuros infaustos.

Los internos del Adela Martínez utilizan constantemente el suspenso para aminorar los malestares de la institucionalización. Los envejecidos con frecuencia se aferran al momento que viven para olvidar el pasado y no pensar en el futuro,

intentando sacar provecho al momento al presente que viven, a pesar de que este se desarrolle al interior de una institución asilar. Puede entenderse que los ancianos, por la vía del suspenso, como reza el dicho popular intentan dar “al mal tiempo, buena cara”, encontrando, volviendo cualquier actividad que realizan grata, fortuita sin importar lo trivial o monótona que esta pueda ser; jugar cartas, ver televisión. Los testimonios de doña Sofía y doña Ana, muestran las bondades del suspenso, figura de olvido que permite a los mayores gozar momentáneamente el presente.

Al principio no se haya uno estando aquí, porque todos los días te dan ganas de ir por... a donde sea, pero te dan ganas de salir, de no estar todo el día viendo la tele, pues porque se termina aburriendo uno, y pues, pues te da por extrañar, a la gente, salir a donde sea, pero pues ya te vas hallando de poco en poco, después me puse a hacer cosas, ahora pues ya les dije a mis hijos que me traigan unos hilos, y pues ya así para pasar el rato, que no se aburra uno tanto, porque se hace pesado si no haces nada, mejor estar haciendo cualquier cosita. Me pongo a hacer de todo, pues porque tengo tiempo, veo la tele un rato, las noticias, y pues luego me pongo a tejer o a bordar, cocer no, porque no hay máquina y la mía está descompuesta en mi casa, pero hago servilletas para las tortillas o pues ropita para niño... me la voy llevando, haciendo algunas cositas, algunas ropitas, para cuando se ofrezca. Me la paso aquí, haciendo cosas, la vez pasada le di a una muchacha unas servilletas con flores, para que se las dé a sus amistades, un bonito detalle, hay que ser bueno con la gente para que tomen en cuenta a uno, ahora que venga le voy a dar otras que todavía no termino. Luego me dicen mis hijos que ya no trabaje tanto, pero pues está bien, yo les digo, así me la paso mejor, para no aburrirme, porque si no se pone pesado estar pues aquí adentro, se pone mal. (Doña Sofía, 86 años, 2 años asilada).

Esta bonito el asilo, está tranquilo, y pues habemos muchos viejitos aquí, y pues no la vamos pasando, porque esta luego duro, porque pues no te dejan salir, pero pues está luego mejor, porque nos cuidan, yo me la paso platicando con

todos, todo el tiempo, y veo los programas con la gente, luego vienen aquí al asilo la señora que cocina y pues me pongo a platicar, y pues ya me cuentan las cosas que pasan, de todo lo que pasa y que ya uno se entera, porque cuando estás aquí ya luego ni sabes nada, nada de lo que pasa... Yo veo que el asilo está pesado, por eso pues hay que estar bien en lo que cabe, yo veo la tele para distraerme, veo programas de concursos y luego también películas, cuando pasan las películas de antes de Pedro Infante, o así, porque las nuevas son puro ruido, y luego luego y pues me pongo a platicar, porque pues tampoco puedo hacer mucho porque ando mala de mi pierna y de mi mano, que me caí en mi casa antes de que me dejaran mis hijos aquí y ya no queda bien uno, duele con el frío ya no es lo mismo, por eso tampoco no puedo hacer muchas cosas, como antes, pero pues la paso plática y plática, para pues estar a gusto. A mí siempre pues me ha gustado platicar, hasta cuando estaba mi marido, que yo iba al mercado y se enojaba que me tardaba mucho por andar de sociales, en la pura platicada, aquí me la paso platicando, para pasar el rato bien a gusto, bien tranquilo, a mí me gusta platicar con la gente, es bonito platicar, porque así conoces muchas gentes, no como otros que tienen vecinos siempre y nunca los conocen, nunca, ni un saludo. (Doña Ana, 91 años, 7 años asilada).

El suspenso posibilita a los envejecidos disfrutar el presente momentáneamente, logrando con tal procedimiento aminorar los malestares de la institucionalización, las palabras de doña Ana y doña Sofía revelan cómo el uso del suspenso permite a los ancianos asilados olvidar malestares pasados e incertidumbres futuras, al concentrar toda la atención en el momento que fluye, al que intentan sacarle provecho a cada instante, sea mediante la conversación, actividades manuales, ver televisión o cualquier otra actividad que les permita serenar la incomodidad de la situación vital que enfrentan: el asilamiento.

El suspenso, al suspender los vínculos con el pasado y futuro posiciona al presente como el tiempo de mayor importancia, motivo por el que los ancianos que lo emplean como estrategia de adaptación lo refrendan de manera constante, siendo que

su empleo les concede olvido, olvido que les apoya a reducir los malestares que la institucionalización les provoca, porque el suspenso impide a los sujetos “pensar en el antes y el después” (Augé, 1998, p. 66), para que estos puedan saborear aunque sea por breves instantes el gusto por el momento que transcurre.

Por último, el reinicio (tercera figura de olvido). El reinicio, como su nombre lo indica encarna un nuevo comienzo, el reinicio consigue olvido al dejar atrás el pasado y el presente al proyectar futuro. El reinicio, para lograr olvido echa mano de la imaginación, siendo que, para olvidar el pasado y el presente, imagina múltiples futuros. Los sujetos, al solo imaginar futuro, olvidan el pasado del que provienen y el presente que cursan, para vivir solo la ficción, la ilusión de un futuro próspero y saludable.

El reinicio se fundamenta en pensar futuros positivos para olvidar el pasado y el presente. En este sentido, la imaginación juega un papel fundamental, los sujetos que experimentan momentos vitales desfavorables, imaginan constantemente escenarios diferentes, futuros prósperos alejados de los infortunios del pasado y del presente (Augé, 1998). El reinicio puede analizarse como un anestésico de la realidad, que por medio de la proyección de futuro apoya a los sujetos a continuar. La novela *De ratones y hombres* de John Steinbeck muestra las benevolencias inmemoriales del reinicio al apoyar a los sujetos a seguir adelante bajo el signo de la esperanza, la ilusión de un futuro promisorio.

Los protagonistas de *De ratones y hombres* (George, Lennie) ante el maltrato social que enfrentan y la pobreza que los aqueja mientras laboran como jornaleros agrícolas durante la Gran Depresión estadounidense, para encarar las adversidades que enfrentan, imaginan constantemente su futuro, un tiempo venidero positivo en el que serán propietarios de su propia tierra y su propio rancho, en el que podrán ser libres, disponer de su tiempo, comer a su antojo y dejarán de ser maltratados impunemente dada su condición económica adversa.

Al igual que George y Lennie, los ancianos asilados emplean el reinicio para liberarse del pasado y el presente en que se encuentran, imaginando futuro de manera constante. Los envejecidos del asilo Adela Martínez, de forma común enuncian sus planes de abandonar el asilo, volver a sus antiguas residencias, retomar sus actividades y rutinas pasadas, acción que ejecutan con la finalidad de reducir y olvidar por instantes los malestares del encierro asilar. Los relatos etnográficos brindados por don Antonio y don Alejandro exponen la utilización del reinicio.

Lo malo es que cuando uno está aquí te aburres, y pues te dan ganas de irte, yo luego me dan ganas de irme a mi casa, arreglar las cosas y el techo para poder vivir en ella, porque pues al paso del tiempo la lluvia le ha hecho algunos daños, pero se pueden componer con material, yo sé bien cómo hacerle, pues porque yo la hice ya hace un chingo de años, por eso... yo la verdad me trajeron porque me puse mal desde que mi esposa se murió, pero pues ya ando más tranquilo, ya como bien y pues ya no estoy tan flaco, que era lo que a mis hijos les preocupaba, y ya estoy comiendo a mis horas, ya me da hambre otra vez, siempre, normal, todo normal. Yo digo que ya puedo irme, pero mis hijos no quieren, porque la vez pasada sí me puse malo cuando mi esposa falleció... Ahora ya estoy luego pensando en regresarme, para ponerme a trabajar otra vez, trabajar la tierra y pues sacar un dinero, a mi gustaría regresar a trabajar... pienso y pienso en que pudiera volver, podría pues buscarme alguna señora para vivir para no estar solo y ponerme a trabajar la tierra. Luego quiero, más cuando me voy a dormir, pienso en irme, ya no estar aquí, ya estaría bien devolverme para mi casa, porque el encierro está bien difícil, yo guardo la añoranza de regresar a mi casa, y pues trabajar la tierra, ya no estar siempre aquí. El asilo es bueno, nadie nos trata mal ni nos molestan, pero sí, irme es lo que yo quiero, quiero estar afuera, por eso ya pensé en irme y estar en mi casa, para poder estar bien algunos años aunque sea, porque yo todavía puedo trabajar, hacer una lana y de eso llevármela bien, seguir viviendo bien en mi casa, donde uno se siente bien pues porque es donde has estado antes. (Don Antonio, 85 años, 1 año asilado).

Estando aquí adentro está pesada la cuestión, luego pues ya no sabe qué hacer uno, por el asilo se pone pesado, siempre es lo mismo y más de lo mismo, terminas aburriéndote mucho, ya después de un tiempo ni la tele dan ganas de ver, sí a veces pues se ven las noticias para ver cómo anda la cosa política, pero nada más porque lo demás está ya aburrido, siempre es más de lo mismo, yo solo veo cosas de política, las noticias de la mañana y la de noche, a ver cómo van las cosas y pues enterarte de qué pasa con el país... Uno estando aquí pues solo puedes ver noticias y ver qué pasa, enterarte de los políticos y qué hacen, porque no puedes hacer nada, yo no veo la hora de irme, sueño luego con ir a las reuniones del partido, estar afuera, poder ir a ver qué pasa con la política, porque es importante participar como ciudadano y ayudar a los colegas... Sí pues, también ver a la familia a los hijos, nietos y colegas, salir con ellos o comer todos en bola, todos juntos, poder verlos todos días y visitarlos cuando se pueda. Poder pues ya no estar nada más aquí, porque se pone pesado. Yo si me quisiera ir a otro lado, pues tener un trabajo de lo que sea, buscar cómo estar bien y pues seguir uno en todo lo de la política, a apoyar el partido, sería bueno. Yo por eso pienso mucho cómo hacerle, cómo convencer a mis hijos, de que me den chance de irme afuera, pues aún puedo hacer cosas, y no me gusta estar aquí, además, aquí uno no hace nada, sería bueno regresar a todo lo que yo hacía, porque es bonito estar afuera, donde puedes hacer cosas y salir a cualquier lado aunque sea a ver a los cuates, yo por eso pienso y pienso que quiero irme y ponerme hacer cosas. (Don Alejandro 79 años, 1 año asilado).

El reinicio a través de su facultad imaginativa brinda a los ancianos institucionalizados la oportunidad de olvidar el pasado y el presente, para vivir de la ilusión y la esperanza de un futuro mejor, futuro que si bien es en gran medida irrealizable, dado el estado físico y de dependencia de los mayores, la ilusión de este salir del asilo, retomar sus antiguas actividades o iniciar un nuevo proyecto de vida lejos de la institución asilar les ayuda a reducir, hacer soportable la realidad que transitan, lo que hace del reinicio una figura de olvido que por vía de la entelequia

otorga a sus evocantes la oportunidad de olvidar la circunstancia vital que enfrentan (Augé, 1998).

Los diálogos de don Alejandro y don Antonio muestran la función del reinicio. Don Alejandro, como él mismo lo expresa sueña con salir del asilo para dar seguimiento a sus actividades políticas, Don Antonio añora abandonar la institución asilar para volver a trabajar su tierra e iniciar una nueva relación conyugal. Estas proyecciones de futuro son fundamentales para el bienestar de los ancianos, dado que estas, sin importar lo utópicas o imposibles que sean, su evocación es básica para la salud emocional de los envejecidos asilados, dado que con estas evaden los malestares de la institucionalización.

Como puede notarse, el empleo del olvido por parte de los ancianos asilados en el Adela Martínez cumple una función esencial para la salud emocional de los internos. Así, el olvido puede ser entendido como una estrategia de adaptación básica para los envejecidos, quienes una vez internados y privados de continuar desarrollándose socioculturalmente como sujetos, recurren a mecanismos inmemoriales para aminorar los estragos que la institucionalización les inflige.

Sea evadiendo el presente y el futuro mediante el retorno y la rememoración excesiva que esta figura inmemorial encarna, a través del suspenso dejando a un lado el pasado y futuro para solo vivir el presente e intentar sacar de este tiempo el mayor provecho y beneficio, o por la vía del reinicio olvidando el pasado y el presente al imaginar futuros, futuros cargados de utopía y esperanza, mostrando la importancia del olvido al interior de la institución Adela Martínez como estrategia de adaptación y supervivencia.

El estudio del olvido al interior de esta institución asilar, invita a nuevas reflexiones de la vida asilada y la función sociocultural que las instituciones asilares realizan en la época contemporánea, así como las dolorosas rupturas y desvinculaciones que experimentan los ancianos, dado que la presencia del olvido

dentro del marco espacial asilar del Adela Martínez, delata la existencia de problemáticas internas en estos establecimientos.

Que la mayoría de los ancianos institucionalizados exprese sobremanera que son el aburrimiento y el tedio los malestares que más repercuten en su bienestar, revela la necesidad de transformar las instituciones asilares de espacios de clausura vital y muerte social, donde los ancianos generan estrategias de adaptación para enfrentar el encierro como la incuantificable evocación de olvido, a espacios que permitan y promuevan que los mayores continúen desarrollándose socioculturalmente como sujetos de derecho.

García Ramírez en este sentido expresa que los asilos de ancianos deben abandonar su función de espacios destinados solo al cuidado físico de los envejecidos, donde estos cursan esta etapa vital “tejiendo chambritas, y fabricando flores de plástico” (García, 2006, p. 236), para posicionarse como espacios de acción socio-política, mediante su participación en el ámbito público. Propuesta que invita repensar el papel que las instituciones asilares desempeñan en el presente y en el que podrían realizar sobre dicho tiempo los internos que, aun cuando la presente investigación se limita a estudiar la función sociocultural de un asilo específico, también entraña la intención de coadyuvar a investigaciones ulteriores que se propongan como objetivo brindar solución a tales problemáticas... todo en pos del bienestar de nuestros viejos.

CAPÍTULO IX. UNA ETNOGRAFÍA: OPINIÓN DE LOS ANCIANOS ASILADOS ACERCA DEL ASILAMIENTO

En el presente capítulo se presenta un compilado de relatos etnográficos obtenidos durante el proceso de investigación en campo, en el que los ancianos asilados dieron respuesta a una interrogante; ¿Qué siente de encontrarse en el asilo? Pregunta que, si bien ya había sido respondida de buena manera en los relatos etnográficos presentados anteriormente, el cuestionamiento directo acerca de la significación que los envejecidos dan a la institucionalización resulta ilustrativo para la comprensión categórica de lo que el asilamiento representa para los ancianos que lo cursan.

Geertz (1991) en “La descripción densa” anota que la “La vocación esencial de la antropología interpretativa no es dar respuestas a nuestras preguntas más profundas, sino darnos acceso a respuestas dadas por otros... y así permitirnos incluirlas en el registro consultable de lo que ha dicho el hombre” (1991, p. 41), a lo que es posible agregar que el estudio etnográfico profundo posibilita analizar la forma en cómo los sujetos significan e interiorizan su propia existencia, al igual que los sentires que derivan de la experiencia.

Dando continuidad a los postulados de Geertz, Schütz alude a que los sujetos interpretan su mundo a partir de sus experiencias y vivencias; felicidad, intranquilidad... (Schutz, 1962), experiencias y vivencias que si bien pueden ser interpretadas por el científico social, solo pueden ser expresadas, descritas por sus protagonistas: los sujetos. Conocer la manera en cómo es significada la institucionalización asilar de primera fuente, coadyuva al adecuado entendimiento de lo que el asilamiento representa para los ancianos.

Como se ha descrito en el cuerpo de este documento, el asilamiento representa para los envejecidos una de las fracturas vitales de mayor dificultad, en la que encaran fuertes desvinculaciones y rupturas que van desde la muerte social y la desaparición

pública a la separación con sus seres queridos y relaciones social-afectivas, mismas que terminan repercutiendo en el bienestar emocional de los ancianos.

Científicos sociales se han dado a la tarea de investigar la opinión de los envejecidos respecto a su estancia en un establecimiento asilar, recuperando información fundamental, que deja entrever que casi en la totalidad de los casos, la institucionalización representa para los mayores una experiencia negativa, marcada por “sentimientos de tristeza, miedo a la soledad y exclusión de actividades familiares”(Becerra-Martínez, et al., p. 33).

Dentro del asilo Adela Martínez, estos sentimientos no son ajenos, la mayor parte de los ancianos internos, expresan sentirse abandonados, tanto por sus familias como por la sociedad. Explicando que el asilamiento les ha privado casi en su totalidad de incursionar dentro de la comunidad y la vida pública, así como de dar continuidad a sus actividades sociales, culturales, económicas y políticas. Afirmaciones que muestran que el asilamiento encarna uno de los procesos de mayor complejidad que pueden enfrentar los sujetos al lograr edades avanzadas, dado que este altera por completo su estilo y calidad de vida.

Los testimonios que a continuación se muestran, responden a la interrogante formulada a los envejecidos institucionalizados; ¿Qué siente de encontrarse en el asilo?, cuestionamiento que, al ser respondido, revela las múltiples formas en cómo los ancianos asilados significan y experimentan la institucionalización.

Pues me siento bien, algo a gusto, pero el tiempo acá es otra cosa, como si el tiempo no pasara, es pesado porque no puedes salir. Uno se debe acostumbrar a todo, pero pues ya no puedes hacer nada, como trabajar o salir, es algo duro el asilo, estar aquí. Después de un rato le hallas como está la jugada, pero aquí tienes todo el tiempo para pensar, y ya... yo no tuve así muchas cosas que hacer, nunca quise hacer cosas grandes, todo tranquilo, pero estando aquí te dan ganas de hacer cosas, que aunque sea ya de viejo poder estar bien, como tener un negocio, estar en el comercio, algo que deje sacar un dinero, para

comprar cosas y tener una casa, cosas. Aquí me da por acordarme, y pues me pongo a pensar en lo malo que hice, y pues que estoy bien en el asilo, pero es duro. Yo tengo hijos, pero no me visitan, pero ellos me trajeron, mis hijas más que nada, las de abajo, las jóvenes, al final pues aquí me dan la papa, eso es algo... Yo pasé mi vida en Estados Unidos, allá arriba con los gringos, estuve allá arriba años, un puño de años, más de cuarenta, y pues me desentendí de mi gente, pero regresé, ya después me vine para acá. Aquí todo está tranquilo, después de todo todos aquí estamos viejos, y no la pasamos tranquilos. Ya tengo aquí un rato, ya me fui acostumbrando, pero pues estar es duro, después pues ya le hallas, pero siempre piensas, y te dan luego ganas de salirte, pero pues ni qué hacer, hay que seguir llevándosela, no queda otra. Yo en veces solo me siento en la sombra todo el día, al final estas aquí y me pongo a acordarme de cuando me fui al otro lado, de cuando estaba del otro lado, que cuando eres joven no piensas en nada, solo te la llevas y te la llevas, pues porque tienes fuerzas para trabajar y pues sacar unos dólares, y pues puedes estar bien porque trabajas y sacas para la papa, pero después ya de viejo están las broncas por no juntar dinero, por írtelo gastando luego luego. Yo siempre me lo gastaba, en lo que sea, mi dinero no me duraba, y piensas que siempre vas estar igual, con fuerza, pero luego ya ni qué hacer, no te quedaste con nada por solo gastar, y pues por no juntar, puro gasto y gasto, yo luego sí sacaba dinero, pero pues no guardé, ahora ya no queda, aquí pues estás en el asilo tranquilo, ya te la vas llevando, hay que seguir bien, tranquilo írsela, llevándosela. (Don Pablo, 81 años, 3 años asilado).

Estoy bien en aquí, el asilo es calmado y no hay mucho ruido, solo cuando hacen de comer o cuando alguien está viendo la tele muy alto, el volumen, pero está bien, todo está en calma siempre, es calmado el lugar, no como en otros donde todo es puro y puro ruido, pero aquí pues no puedes hacer mucho que digamos, es pesado estar sin hacer nada y estar sin tus cosas, sin tus herramientas, sin tu ropa. Aquí no tengo casi nada de mis cosas, solo bien poquitas, todo casi se quedó allá en mi casa pues no te las puedes traer y ya no

sabes qué fue de ellas. Yo tenía muchas cosas, desde herramientas para sembrar bien la tierra, o como para poder hacer un buen pozo de agua, hondo que diera buena agua, o también algunas para arreglar los carros, pero no sé yo creo ya nadie las usa, es pesado estar acá porque siempre te tienes que vestir aquí con los mismo, ya no como antes que tenías tu ropa de domingo o cuando pues tenías que salir, te arreglabas bien y te salías a la calle, a ver qué había de nuevo o saludar a la palomilla que se reúne de vez en vez, o por ahí nada más, andar dando la vuelta. Aquí no tienes nada, nada, ni las fotos, el libro de fotos para ver las cosas, ya se pone difícil por eso estar aquí, siempre vestido igual y sin tus herramientas para cuando algo se ofrece, es lo malo. De ahí para allá está bien pues porque te dan tu comida caliente y puedes pedir más porque siempre hacen bien para todos, eso es bueno porque no te quedas con hambre y puedes estar bien. Yo me pongo a ver la tele luego un rato porque pues hay señoras que ven sus programas y pues están usando la tele, yo me siento bien, pero luego tanto encierro se pone mal, luego luego te entran las ganas de ya salirte de aquí. Es pesado, yo me siento a veces y a veces no, de tanto encierro te sientes muy lejos de todo, como si ya no existieras, eso es, es algo muy malo, ya no sabes ni qué hacer y más aquí que no hay nada que hacer y eso te va desanimando, y luego aunque algo se ofrezca, que se necesita arreglar algo, no tienes ni unas pinzas o un martillo, nada. Está bien el lugar, te tratan bien, pero si yo me fuera o me saliera no regresaría, me iría a la casa y estaría allá, porque pues aun siento que puedo trabajar y ganar algo, es que sí está bien el asilo, pero no está bien estar aquí, algunas cosas sí porque hay calma y todo está bien, pero de tanto encierro ya no se pone bueno el asunto, te dan ganas de salirte, pero pues aquí tenemos que quedarnos, ya los viejos no es como antes, que todo el mundo los tenía en su casa y estaban hasta que pues ya te morías. (Don Anselmo, 79 años, 1 año asilado).

Está bien el lugar, ya no pelagra uno aquí estando solo en su casa, yo me pongo a platicar todos los días, porque aquí no es bueno nada más estar callado, está mejor platicar con todos y pues conocer a la personas, yo no tengo mucho que

hacer y no me puedo mover mucho, porque me caí un día en mi casa y me dañé mi pierna, entonces fue cuando ya me trajeron para acá para que no fuera a pasar nada otra vez y pues ya te vas acostumbrando, todo en esta vida es costumbre, es cosa de que le vayas encontrando el modito y todo te acostumbras. Yo llegué aquí con mi pata mala, y pues al principio estaba muy bien porque me ayudaban, porque yo no podía hacer así muchas cosas y ni me acordaba de las medicinas y luego no las encontraba y ahora pues aquí me ayudan, el asilo es cosa buena, está bien, al principio es más fácil, pero después sí está aburrido, porque diario se hacen las mismas cosas, no te queda mucho qué hacer y la gente está callada, y pues ya no puedes platicar mucho, pero luego pues si andas movido y me vienen a visitar y me pongo a platicar y estar nada más en el chisme. Yo me gustaba antes ir al mercado y me ponía a platicar con las señoras que venden, se me iba luego la mañana, porque es bonito estar con las personas y saber qué hacen, aquí también la gente luego se pone a platicar y a contarte sus cosas, algunas son recuerdos bonitos, algunas puras tragedias, pero bueno, en ocasiones se pone así. Yo sí extraño poder salir y ponerme a cocinar y poder visitar a las personas, porque cuando te meten al asilo, dejas de ver a las personas y no te enteras de nada, de nada y luego menos de los señores grandes, ya ahorita no sé nada de mis compadres, de los padrinos de mis hijos con los que teníamos una bonita amistad y nos invitaban a sus fiestas, que íbamos junto con mi marido, pero él ya se murió y pues yo seguía yendo como si él estuviera conmigo, porque la convivencia es bonita, pero cuando te estás aquí en el asilo, ya no se puede ir a esas fiestas, ni a ningún otro lado, eso es luego lo que te hace quererte salir y estar allá con la gente que ya conoces de toda la vida, pero pues, me duele la pata y pues no se puede, porque no me puedo mover bien o caminar, entonces solo me iría a dar puras molestias a los hijos, entonces no se puede, mejor me quedo aquí y me pongo acá a buscar con quien poder platicar un rato o a ver pues la tele, a ver que hay algunos de los concursos o a Laura en América o lo que sea, pero algo que te distraiga un rato y pues para que sientas bien, no nada más estar pensando. (Doña Ana, 91 años, 7 años asilada).

Me siento normal, se extrañan muchas cosas, pero al final del asilo es tranquilo y todo está bien, yo estoy aquí desde hace un par de años, pero de igual manera está bien, te acoplas... Yo digo que el asilo es como cuando llevas a los niños a la escuela; primero todo se les va en llorar porque no quieren ir, porque pues no están acostumbrados pero después de un tiempo, todo se pone normal y ya no lloran, todo es normal. Así aquí, igualito que la escuela, porque al principio no te hayas, a todo le pones peros y peros, que no te gusta esto que no te gusta aquello, que no te gusta todo, nada, nada te parece, pero luego ya vas viendo mejor y te acostumbras. Es quieto el asilo, por eso luego te dan ganas de irte porque pues te aburres, y no hay así como que mucho que hacer, yo arreglo mi cuarto, lo tengo en orden, mis cosas para tener todo limpio, como cuando estaba en mi casa, eso todos los días, pues por si alguien entra, que no se vea tirado, todo mal. Si estar aquí luego desespera, porque no ves gente, todo es muy diferente a estar afuera donde se puede salir, aquí pues solo ves para afuera, a la gente, este todo muy normal y quieto. Yo creo que estoy bien, me gusta el asilo, pero me dan ganas de irme, es bonito en ocasiones ver la tele y pasar el rato, pero termina por ser lo mismo todos los días, por eso se extraña poder irte a tu casa, a tu casa de siempre, donde uno fue feliz... pero no queda de otra, porque allá afuera no te dejan hacer nada, ya de grande no te dejan hacer cosas, la misma gente no te deja trabajar, como si no supieras hacer nada, o como si nunca hubieran hecho una tortilla, un chile, no te dan trabajo, y todos los días andas viendo qué comer, aquí nos dan de comer y todo normal, todo se te va en estar sentado, descansando. Es normal el asilo, te dan ganas de irte porque te aburres de lo mismo, pero afuera qué haces si la cosa está dura y pues los hijos no pueden estar dar y dar, porque también tienen sus ocupaciones y deudas, los hijos, la mujer, que el gas y la luz y todas la cosas... Yo ya me hallé aquí, en este lugar, porque la verdad la cosa está dura, ya de grande todo se pone difícil, te tienes que acostumbrar al lugar donde te toque, donde debas estar, porque no puedes nada no hacer nada, es como la escuela te debes de saber unir, y todo normal, yo ya me hallé aquí, extraño mi casa, pero no hay de otra. (Doña Ernestina, 82 años, 2 años asilada).

Es triste estar en un asilo, solo he estado en este, pero yo creo que en todos es igual, que todos los días debes hacer las mismas cosas y ver siempre a la misma gente, eso es lo que se pone duro, pero pues te dan ganas de irte de vez en cuando. Me gusta en ocasiones estar aquí, pues porque nos dan de comer y todo siempre está quieto, está en calma y pues bueno, pero a la larga te cansas, los días se sienten muy largos y luego pues de tanto y tanto encierro, terminas por ponerte algo triste, y pues no sabes ni qué hacer, hasta el hambre se te va. Yo digo que hay personas que pueden acomodarse mejor en un asilo, las personas que se dedicaron a un negocio o una tienda, un lugar en el que siempre estaban y de ahí sacaban su dinero, pero uno que fue camionero está cañón, porque siempre anduviste fuera y más como yo que tenía rutas de las largas y que te vas todo el día o más días, eso se pone duro, porque aquí no vas a ninguna parte, ya te aburre y no hayas que andar haciendo. El asilo es un buen lugar, la gente es buena y hay muchas personas nobles con las que puedes platicar y pasar buenos ratos, pero de ahí en fuera qué puedes hacer; nada. Se extrañan muchas cosas de estar en tu casa, se extraña la familia, los conocidos, las personas con las que te llevabas bien, y todo eso, pero pues aquí no ves a ninguno, todo el tiempo te la pasas encerrado, pero se extraña todo, se extraña ser joven cuando eres libre y puedes salir a donde quieras y poder trabajar, es bonito cuando eres joven, la vejez es algo triste, porque dejas de hacer muchas cosas y más cuando ya estás en un asilo, ahí sí ni para dónde hacerse, ahí si ya estás bien jodido, porque aquí no pasa nada y no sabes nada, todo se va complicando. Yo digo que está bien que el asilo esté cerrado, pero deberíamos ir a algunos lugares, para no nada más estar aquí y aquí, es bueno cuando alguien te visita o se pone a platicar contigo, o también te distraes cuando sacan el dominó y juegas unas manos, cuando se pone bueno o cuando haces algo, estaría bien para que se pasara mejor el tiempo que nos pusieran una mesa de billar, o algo que nos divierta un rato, porque sí, estar en el asilo es muy pesado, y luego no hayas ni qué hacer y se vuelve difícil, pero pues no hay de otra sopa, aquí la tenemos que pasar y pues hay que hallarle el modo porque si no todo se te va en estar triste, y ya triste ni te dan ganas de comer, entonces

hay que buscarle. Yo luego cuando me he sentido triste que hasta el hambre se me va, me pongo hacer cosas, y ya empiezas a comer de poco a poco, hasta que se te olvida que estabas triste y así te la vas llevando, porque si estás triste siempre, pues yo digo que te mueres, porque sino comes qué te espera, sí está pesado. Yo digo que se me hace pesado porque fui camionero y me acostumbré a andar siempre fueras y eso, que por eso luego no me hallo en el asilo, pero no sé. (Don Jesús 87 años, 1 año asilado).

No me gusta estar aquí, porque además no te enteras de nada y no sabes nada, es como ser un cero a la izquierda, y a la izquierda solo se debe de estar en las cosas, asuntos, cuestiones que van en lo del país, porque todos como ciudadanos debemos participar, a mí no me gusta estar encerrado porque no se puede hacer nada, este país ya se lo está llevando bien la chingada, y no se hace nada todavía. Hay gente que cree en políticos chismosos y corruptos, se debe cambiar eso y aquí encerrado nomás no puede hacer nada uno... el asilo está bien, no está feo y está cómodo, la gente es buena y también están camaradas que conoces aquí mismo con los que puedes echar cotorreo y una buena platicada, pero pues nada más eso, de ahí para allá no puedes participar en nada, no puedes casi ni ir a votar, creo yo fui el único que fue a votar la vez pasada y eso porque mis hijos me sacaron, sino, ni eso. Yo estoy cómodo aquí, que ni que, la comida pues está maso menos, pero no se puede hacer nada. A mi desde joven, desde que el PRD era bueno con el hijo de Cárdenas, con el segundo Cárdenas, el Cuauhtémoc yo ya andaba en el partido, echando la mano para que no se robaran las elecciones, siempre yo cuidando urnas y todo, hasta fui el jefe de brigada en Guerrero, que iba a reuniones y todo, y la gente dice que andas de acarreado, pero no es cierto, porque todo lo que hice siempre salió de mi bolsa, yo nunca cobré ni me pagaban, todo por el país... Es lo que se extraña, andar en la política, porque aquí no se puede hacer nada, aquí ya como viejito no puedes salir a ver pasar con el país ni en la calle siquiera, eso es lo peor de estar en un asilo, que ya no te toman en cuenta. La familia viene a visitarme, viene casi todos los fines o algunos no, y me cuentan cómo va todo y

me traen el Proceso, la revista, pero no es lo mismo que enterarte en el momento. Yo la verdad en el asilo, aunque esté bonito, yo me quiero ir para seguir en lo del partido, en la Casa de Campaña, viendo los asuntos.... Porque aquí te vuelves un cero a la izquierda, está bien el asilo, pero yo quiero hacer cosas, veo las noticias me entero de muchas cosas, pero todo aquí se ve desde fuera, no puedes estar en el ajo, ver bien qué pasa y poder ayudar a los colegas, más a los jóvenes, que vean que la política no es nada más andar en el arguende a ver qué te dan o cómo ganas dinero, sino que es algo que ayuda a la gente, es por eso que ya me quedan ganas ya de irme, aunque sea un rato todavía que puedo hacer cosas y ya que esté más pasita ya me devuelvo, yo solo, y ya me quedo aquí sin protestar, porque si está bien el asilo, pero uno que le dan ganas de hacer cosas sí deberían de dejarnos y a ver cómo está la cosa, porque ahorita le están pegando muy feo a AMLO, al Peje, y pues sería bueno ver cómo está el movimiento... yo por eso luego sí me quiero ir, no me quejo del asilo, nos atiende gente buena, que se preocupa por los viejitos que no somos ni de su familia, pero estar aquí termina por volverte ni más ni menos un cero a la izquierda. (Don Alejandro 79 años, 1 año asilado).

Estoy bien, me siento tranquilo, algo... bien, algo tristón algunas veces, pero todo bien, dándole... ya tengo un rato aquí, ya vas viendo cómo está la cosa por acá. Aquí en el asilo de ancianos vas conociendo gente de poco en poco, vienen a visitarme luego mi hijo y su esposa, y se pasan un rato por, por... conmigo, echamos una plática y se nos va luego la tarde. Pero cuando la mujer no se siente mal, porque luego pues tiene sus dolores y "vámonos". Luego luego se la lleva mi hijo para sus medicinas o para que se acueste, para que no se enferme más. Luego vienen y platicamos. Es bueno ver a la gente de uno, porque se platica en confianza, aquí también hay buenos señores y señoras, pero pues no hay como estar con tu gente, porque se extraña y luego no sabes no cómo estarán, más cuando no han venido y pues solo piensas si estarán bien o qué pasará, terminas preocupándote y extrañándolos, yo le digo a mi hijo por eso "hijo, si no puedes venir, ven aunque sea un ratito, para saber cómo andas,

porque sino... puras preocupaciones, ven hijo aunque sea un ratito, porque luego quiero verte mucho”, pero bueno, luego pues no se puede y no viene, es complicado, porque su esposa está enferma de los pulmones y por eso luego no puede venir ni un ratito, y uno pues te dan ganas de verlos, pero pues aquí estamos, los viejitos nos vienen a dejar aquí, y aquí estamos. Luego sí me quiero ir, porque pues aquí no sabes nada, es como si ya te hubieras muerto, porque ni ruido haces aquí, nadie te visita más que tu gente, tu familia, pero de ahí para allá nadie, no señor, nadie, y pues no sabes nada. Es pesado y es triste, porque ya no puedes hacer nada, nada de nada... solo te queda estar aquí, y pues ver la tele y ver si hay algo bueno, alguna película buena, de las de antes, ya no las de ahora porque pues no se entienden luego y pues está duro, puro de lo mismo, pero pues allá afuera no podemos ayudar, porque ya no estamos jóvenes como antes, porque cuando eres joven puedes ayudar y pues en lo se ocupe, echar una mano, pero aquí encerrado, se queda uno sin poder siquiera decir algo... Se pone triste la cosa, el asilo es triste, nos dan comer, nos ayudan, es gente buena y todo, pero de todos modos es triste porque aquí no se puede hacer nada, aquí todo es nomás estar encerrado, el asilo es bueno porque nos echan una mano y nos cuidan, pero de todos modos es triste, la gente de aquí, los que cuidan son buena gente, pero uno quisiera estar afuera con la gente que es de uno. (Don Martin 85 años, 5 años asilado).

Me siento lejos, aquí encerrado se extraña mucho estar en tu casa, se extraña estar con tu gente, con tu gente, con todos, está bien todo aquí, todo está medio bien, pero no hay como estar en tu casa, tener algo qué hacer, y poder andar de un lado para el otro, se extraña mucho. Yo estoy bien y me siento bien, me tomo las medicinas que me dio el doctor, todos los días me las tomo, me dan bien la comida, al final aquí tratan bien a uno, pero estar aquí no está nada sencillo, porque estás solo, ya no ves a tus hijos ni parientes, a la gente que conoces, tus conocidos. Yo aquí me dan ganas de salirme, regresarme para mi casa, andar por mi colonia, donde todos me conocen y me saludan y pues te pones a platicar, y pues ya vas viendo a la gente, aquí no pasa nada de nada, es feo

luego, yo me pongo a recordar cosas, y pues me siento en el sol, me acuerdo de muchas cosas y luego vienen a visitarme a veces y me pongo a platicar, me traen ropa y me dan algunas cosas. Pero ya no queda más qué hacer, solo esperar a que “Dios diga la hora”, aquí ya no creo que yo vaya a salir, aquí me voy a quedar y está bien porque por lo menos, aquí hay gente que te ayude, pero no queda de otra que estar aquí, lo que luego si pone mal, porque pues solo estás como preso. Antes me gustaba ir a los festejos, de cuando alguien es su santo, y pues estar tomando refresco o lo que sea, me gustaba ver a la gente y salir en la calle, pero pues ya no, cuando llegas al asilo, salir no se puede, todo es aquí y pues vas buscando la manera de acoplarte, pero se pone pesado, yo me voy acostumbrando, pero no siempre. En días ya me dan ganas de salirme, de buscar algo que hacer y regresarme a mi casa, pero no sé, porque pues ya no puedo trabajar mucho, es algo complicado estar en el asilo, pero no queda otra, aquí nos traen y luego ya no sabemos cómo hacerle, pero no queda de otra, los viejitos aquí pues no nos queda de otra que irnos acostumbrando. Pero pues sí se extraña la casa de uno, poder moverte, eso se extraña como ver a la gente, todo te acostumbras, pero pues no está fácil nada fácil, menos cuando acabas de llegar, que todo es diferente, al principio es cuando se pone más dura la cosa, porque pues ya no estás en tu casa donde hacías lo que querías. (Don Andrés, 87 años, 7 años asilado).

Está bien el asilo, es un buen lugar donde atienden a la gente grande y nos ayudan, es bonito porque está seguro y aquí pues nada te pasa, puedes estar bien a gusto sin miedo a nada, porque pues la gente no puede entrar, no puede entrar quien sea, deben de pedir permiso, pero pues también nos dan de comer y no la pasamos aquí todos, el asilo es tranquilo, me siento bien de estar aquí, pero también luego te dan ganas de irte porque pues aquí pesa nada más estar encerrado, siempre encerrado, luego me dan ganas de irme a mi casa... Yo antes me aburría mucho de estar aquí, y me daban ganas de irme, ahora ya no tanto porque ya le agarré el modo y ya se cómo hacerle para estar mejor. Me pongo a hacer cosas, todos los días después de que se nos da el almuerzo me

salgo un rato al patio, y me pongo a hacer cosas, tejo servilletas de muchos colores y me la voy pasando. Es bueno tener algo que hacer porque si no, te aburres mucho. Yo al principio me la pasaba bien aburrida, nada más viendo la tele o programas de la tele, lo que pasaran, pero ahora pues ya me fui encontrado aquí, ya se cómo hacerle para que no se haga tan pesado, me pongo hacer mis cosas y ya, así me la paso, de ese modo el tiempo se hace menos largo, ya cada vez los fines de semana llegan más rápido, porque antes el tiempo se hacía largo, pero ahora ya más mejor, mejor la verdad. Está bien el asilo, pero si no tienes nada que hacer se pone muy difícil, por eso mis hijos les digo que no se les vaya a olvidar traerme mis hilos y mis telas, para que yo pueda hacer algo y no la pase mal, sí está bien el asilo, estás tranquilo aquí, pero sí, luego ya no se soporta y te entra como una desesperación y te dan ganas de irte, ya no sabes qué hacer. Está mejor por eso estar haciendo algo, lo que sea, pero algo, para que se haga menos pesado esto de estar aquí en el asilo es algo bueno, pero pues también pesado, porque el encierro puro encierro ya no ves a la gente y ni a tu familia, solo cuando vienen a visitarte pero no es lo mismo como estar en tu casa. Estar en el asilo es bueno, pero pues no es bonito, es bueno porque te ayudan a que estés bien, pero no es bonito porque estás siempre encerrado, aquí adentro buscando algo para no aburrirte. (Doña Sofía, 86 años, 2 años asilada).

El asilo es bonito, porque la gente que está aquí te ayuda y te cuida, a mí me gusta cuando me pongo a platicar, y pues porque ya no estoy allá sola en mi casa, porque también estar nada más solo en tu casa es bien... No te la pasas bonito, porque pues no hay nadie con quién puedas hablar, aquí en el asilo estamos muchos señores y señoras, y pues nos hacemos compañía, pero no es fácil, porque luego ya no sabes qué hacer aquí adentro, porque pues ya no le haces como antes que tu preparabas tu comida y tenías que salir al mercado por tu despensa, eso es lo que... pues luego quieres hacer pero aquí no se puede, porque nos cuidan de no andar solos en la calle. Sí, el asilo está bien, las personas de aquí nos atienden y nos preparan la comida y tienes con quién

platicar, pero sí te dan ganas de salirte de vez en cuando, darte una vuelta, ya no estar solo acá, poder ir a algún lado. Los fines de semana vienen mis hijos, no todos, pero procuran venir a visitarme, es bonito verlos, y poder saber cómo están. Ya tengo aquí un tiempo y ya me la paso bien, desde el inicio estuve bien aquí, pero luego te entra la nostalgia, y te quieres salir de este lugar, para ver cómo están las cosas allá en la casa, cómo va todo y ver también a mis vecinos, ponerme a platicar. La casa se extraña mucho, porque tu casa ya la conoces y sabes bien dónde están las cosas, donde tú las dejaste, y sabes lo que tienes. Yo sabía bien que tantos pasos está esto, que para allá está al otro, y pues ya te sientes bien porque no te da miedo moverte, que te vayas a caer y luego que haces si no te puedes mover. Sí, mucha gente se cae y luego no queda bien ya nunca, ni porque la lleven a hueseros o hospitales, no quedan y no quedan. Por eso luego es lo que en el asilo se extraña, la casa que ya conoces, donde pueden andar y andar, es bonito la casa. Aquí también está bonito, pero pues sigues sin saber bien cómo moverte, más que nada en las noches, si te dan ganas de ir al baño y pues tienes que ir, más si algo te hizo mal o te duele, por eso, yo me la paso aquí bien, pero luego ya te dan ganas de irte, de no estar más tiempo aquí en el asilo, es siempre tranquilo estar aquí, pero ya después te dan ganas de salirte, más cuando ya tienes algo de tiempo aquí, si te da dura la nostalgia por salirte, es luego bien pesado andar nomás en el asilo, pero debes ir hallándole el modo, porque pues aquí vamos estar mucho rato. (Doña Carmen, 85 años, 5 años asilada).

En los relatos etnográficos presentados es visible como la institucionalización asilar representa para los sujetos envejecidos una etapa vital poco satisfactoria, en la que vivencian múltiples fracturas y desvinculaciones, lo que hace del asilamiento una de las experiencias de mayor dificultad para los ancianos. Que la mayor parte de los internos del asilo Adela Martínez expresen sentirse tristes, abandonados, solos, aburridos, olvidados, controlados, aislados, improductivos, secularizados... muestra los malestares e incomodidades que el asilamiento provoca a los envejecidos.

La institucionalización asilar se posiciona como una de las fracturas vitales que más repercute en la vida de los ancianos, dado que está en la generalidad de los casos representa una desvinculación definitiva del envejecido con el mundo. Puede entenderse que el asilamiento “no constituye un rito de separación con una expectativa de integrarse a un nuevo estado social, sino que literalmente es una desvinculación obligada” (Fericgla, 2002, p. 139), que desprende a los sujetos de las dinámicas socioculturales y la vida pública.

García Ramírez describe a la institución asilar “como un espacio en el que acontece el anonimato” (2006, p. 236), donde los sujetos una vez internados quedan al margen de continuar nutriendo su existencia e imposibilitados de incursionar social, cultural, económica y políticamente en la realidad, situación que vuelve a los ancianos quiméricos, invisibles a nivel histórico, por lo que para este autor el espacio asilar está configurado socioculturalmente para el “confinamiento, la disciplina y la sujeción” (García, 2006, p. 236).

En este sentido, si bien “las residencias de ancianos están quizás lejos de los tenebrosos asilos que aun perduraban entre nosotros hace pocos años” (Barenys, 1992), continúan siendo espacios no gratos para los mayores, dado que estos a consecuencia de su funcionamiento interno; encierro, disciplina, reglamentación conforman espacios incapaces de posicionarse como hogares a la vista y sentir de sus residentes.

Las instituciones asilares “aun en su mejor versión, guardan distancia con el hogar si por eso entendemos algo más que techo, manutención, convivencia y prestación de servicios en caso de inhabilitación o enfermedad” (Barenys, 1992, p. 17), siendo que aquellos espacios que son simbolizados como hogares otorgan a sus habitantes nexos y conexiones fenomenológicas que involucran la identidad individual y colectiva, la correspondencia social-afectiva y la historicidad cultural, económica y política. Los asilos, al ser espacios que privan a los sujetos de interactuar de manera plena en la comunidad, son espacios incapaces de colocarse como hogares para los ancianos, a consecuencia de su funcionamiento y estructuración.

Las residencias asilares según su mayor particularidad; cerradas, son instituciones indeseables para los envejecidos, quienes, en la mayoría de los relatos etnográficos recopilados, expresan su deseo de abandonar la institución, salir del asilo para intentar retomar su independencia y reiniciar su vida, argumentos que revelan la incomodidad que el espacio asilar atañe a los internos. Siendo el encierro aquello que más les aqueja, al desvincularlos de sus rutinas vitales y al impedirles el contacto con seres queridos, relaciones sociales, objetos valiosos y espacios preciados.

Los internos del asilo Adela Martínez, si bien muestran una actitud favorable y positiva frente a la situación vital que cursan, expresan de manera abierta los malestares e incomodidades que la institucionalización les provoca. Malestares e incomodidades que como lo muestran los relatos etnográficos están aunados a las desvinculaciones y fracturas vitales suscitadas a partir del proceso de asilamiento (separación: sujetos, objetos, rutinas, espacios), mismas que terminan por volver su estancia en el asilo una experiencia no placentera.

No resulta sorprendente que en la respuesta que los envejecidos dan al cuestionamiento; ¿Qué siente de encontrarse en el asilo? Externen tanto explícita como implícitamente malestar, incomodidad y desagrado, que a pesar de que la mayoría de los ancianos expresen sentirse bien en el asilo, cómodos y tranquilos, las contrariedades y vicisitudes que la institucionalización les provoca son evidentes en sus palabras, opiniones y sentires.

Tales malestares se encuentran en estrecha conexión con las rupturas y desvinculaciones propias del internamiento, que en conjunción hacen del asilamiento un proceso verdaderamente complicado, complejo, bien podría decirse doloroso. La separación definitiva del anciano con el mundo y con todo el instrumental fenomenológico que lo conforma; sujetos, objetos, rutinas, espacios hace de este proceso uno de los más complicados que pueden presentarse en la vejez.

La desvinculación con los sujetos; seres queridos, relaciones social-afectivas, es indiscutible en los diálogos de don Jesús, don Martín y don Andrés, quienes expresan

extrañar a sus hijos, familiares, amigos y conocidos. En el relato etnográfico brindado por don Martin resalta la necesidad y añoranza que tiene de convivir con su hijo y saber cómo se encuentra; “hijo, si no puedes venir, ven aunque sea un ratito, para saber cómo andas, porque si no... puras preocupaciones, ven hijo, aunque sea un ratito, porque luego quiero verte mucho”.

Asimismo don Jesús y don Andrés expresan; “se extraña la familia, los conocidos las personas con las que te llevabas bien, y todo eso”, “se extraña estar con tu gente, con tu gente, con todos”. Ander-Egg afirma que las relaciones social-afectivas son fundamentales para los sujetos, pero de forma extraordinaria cuando se encuentran cursando el ciclo cronológico de la tercera edad, porque en esta etapa se acentúa la necesidad de convivencia y fraternización (Ander-Egg, 2010). El asilamiento rompe en gran medida las oportunidades de los ancianos de convivir e interactuar con sus seres queridos, lo que representa una de las separaciones más sentidas en los asilados.

La desvinculación de los ancianos con sus objetos valiosos y posesiones apreciadas es otra de las rupturas a la que deben hacer frente una vez ingresados. Los objetos y posesiones materiales más allá de su funcionalidad operativa en la vida cotidiana configuran un equipo de identificación con su propietario, razón por la que se vuelven fenomenológicamente imprescindibles para los sujetos (Goffman, 2001). El proceso de asilamiento obliga a los ancianos a desprenderse y distanciarse de gran parte de sus posesiones, dado que al asilo solo pueden transportar lo básico, lo elemental, lo indispensable.

Don Anselmo relata la importancia de los objetos; “Aquí no tengo casi nada de mis cosas, solo bien poquitas... yo tenía muchas cosas desde herramientas para sembrar bien la tierra, o como para poder hacer un buen pozo... también algunas para arreglar los carros, pero no sé, yo creo ya no nadie las usa... es pesado estar acá porque siempre te tienes que vestir aquí con lo mismo, ya no como antes que tenías tu ropa de domingo”. Los objetos y posesiones resultan fundamentales en la identidad y pertenencia de los sujetos consigo mismos, porque a partir de estos formulan su

autoimagen. Así, el distanciamiento del sujeto con su equipo de identificación, da como corolario una de las rupturas más significativas para los internos.

Similar a la desvinculación con los objetos, se encuentra la separación con los espacios, con aquellos terrenos geográficos donde los sujetos desarrollaban su existencia. La institucionalización separa a los ancianos y ancianas de sus contextos vitales, aquellos terrenos en los que se relacionaban socioculturalmente y forjaban su identidad. El asilamiento, al separar a los ancianos de sus espacios de desenvolvimiento termina por repercutir en el bienestar de los ancianos, quienes por lo general, mantienen latente la intención de volver a sus antiguos espacios de residencia: sus hogares.

Los relatos etnográficos de doña Carmen, doña Sofía y doña Ernestina exaltan la importancia de los marcos espaciales y la ruptura vital que enfrentan los envejecidos cuando son separados de estos; “la casa se extraña mucho, porque tu casa ya la conoces y sabes bien dónde están las cosas”, “luego me dan ganas de irme a mi casa”, “se extraña poder irte a tu casa, a tu casa de siempre, donde uno fue feliz”. La desvinculación de los ancianos con sus espacios de existencia se posiciona como una de las rupturas vitales de mayor complejidad, dado que estos deben adaptarse a un espacio que les es ajeno, mismo que termina por truncar sus incursiones e interacciones socioculturales.

Por su parte, las rutinas vitales, aquellas actividades cotidianas que brindaban al sujeto identidad y correspondencia social (laborales, profesionales, recreación) también se ven obstaculizadas con la institucionalización. Los ancianos una vez internados se ven imposibilitados de dar seguimiento a sus actividades y rutinas, lo que despierta en ellos sentimientos de tristeza e improductividad. Los sujetos a lo largo de su vida realizan actividades que les confieren un estatus y un rol determinado, por lo que su cancelación repercute en su identidad personal y autoimagen.

Estas problemáticas son palpables en las palabras de don Pablo, doña Ana y don Alejandro, quienes externan que las mayores contrariedades que el internamiento

les ha causado, derivan de la privación de continuar realizando sus actividades y rutinas cotidianas; salir de compras, preparar alimentos, participar públicamente, realizar diligencias del hogar y laborales. Dichas cancelaciones impiden a los asilados seguir siendo parte de la trama sociocultural (Mishara y Riedel, 2000), situación que desemboca generalmente en la desesperación de los ancianos, quienes al verse imposibilitados de continuar realizando sus actividades y rutinas agudizan sus deseos e intenciones de abandonar la institución asilar.

Vistos los relatos etnográficos surgidos del cuestionamiento ¿Qué siente de encontrarse en el asilo?, son comprensibles las sensaciones de tristeza, abandono, soledad, aburrimiento, olvido, control, aislamiento e improductividad por parte de los envejecidos asilados, dado que una vez internados experimentan múltiples rupturas y desvinculaciones, mismas que repercuten en sus relaciones social-afectivas, en sus actividades cotidianas y en su interacción con sus objetos y espacios preciados, por lo que no resulta sorprendente que la institucionalización represente para los ancianos una etapa negativa.

Estas rupturas y desvinculaciones vitales, como puede entenderse más allá de romper la dinámica vital de los envejecidos, afectan su posicionamiento social, cultural, económico, político e histórico en la comunidad, situación no desconocida por los asilados, y que se vuelve axiomática en los relatos etnográficos obtenidos, donde los internos del Adela Martínez expresan las sensaciones negativas que el asilamiento les produce. Haciendo indispensable replantear el funcionamiento de las instituciones asilares, dado que, por el incremento de población envejecida en el país serán cada vez más necesarias, volviendo indispensable su mejoramiento para la atención de los ancianos del ahora y los del mañana.

CONCLUSIONES

En una sociedad que envejece de modo sostenido y precipitado como la mexicana, y frente a las problemáticas de vulnerabilidad y abandono social en que actualmente subsiste un gran número de personas envejecidas, en el presente apartado final no dejan de incluirse algunas propuestas para el mejoramiento del sector, específicamente el que desarrolla su existencia en instituciones asilares, dado que durante la investigación, pudo analizarse la función sociocultural del asilo rural Adela Martínez, como un espacio paradójico y dual, que brinda cuidado y atención a los ancianos, y paralelamente los anula de las esferas que estructuran la sociedad.

Que los envejecidos institucionalizados en los asilos de ancianos, por el hecho de encontrarse institucionalizados se localicen al margen de las dinámicas sociales, culturales, económicas y políticas, distanciados de sus redes social-afectivas y de aquello con lo que sostenían nexos fenomenológicos (objetos, rutinas, espacios), revela la paradójica función de estas instituciones, que si bien dan cobijo a ancianos en condiciones de vulnerabilidad y abandono, terminan por invisibilizar su presencia en términos socio-históricos, y constantemente a nivel familiar, dado que al ubicarse en un espacio cerrado, que imposibilita su incursión en los terrenos públicos, terminan por volverse quiméricos para el resto de la sociedad.

A ello responde el análisis de esta investigación, al impulso de mejorar la función sociocultural de las instituciones asilares y al reposicionamiento de los ancianos que las habitan, empresa que concierte a todas las estructuras sociales. Que los asilos de ancianos desempeñen una función que sobrepase el cuidado y atención de los envejecidos, y promueva su incursión en el ámbito público, así como las relaciones familiares e intergeneracionales dentro del espacio asilar resulta elemental para que los ancianos institucionalizados accedan a una mayor calidad de vida, a un envejecimiento saludable en el que puedan continuar siendo parte de la vida y de la trama sociocultural.

Mejorar la función sociocultural de las instituciones asilares, donde estas no signifiquen la muerte social ni la desaparición pública de los envejecidos que las residen, no solo beneficiaría a los ancianos que en la actualidad se encuentran institucionalizados, sino al resto de la sociedad, dado que al mejorar la calidad de vida de los ancianos asilados, se garantizaría el bienestar de las generaciones aun no ancianas, quienes posiblemente al acceder al ciclo cronológico de la vejez tengan la necesidad o se vean obligados a recurrir a los servicios de estos establecimientos.

No debe obviarse que la vejez es un destino solo eludible con la muerte, y que datos estadísticos indican que la nación mexicana envejece, por lo que en un futuro próximo la demanda de estos espacios, destinados a la protección de los ancianos será cada vez mayor, motivo por el que propugnar por el mejoramiento de los establecimientos asilares del presente, así como la modificación de su función sociocultural actual, resulta fundamental para garantizar el bienestar de la sociedad anciana del ahora y de los que próximamente formaremos parte de este segmento, toda vez que el envejecimiento poblacional inició en la nación a partir de la década de los setenta del siglo XX y se perfila a continuar agudizándose en decenios posteriores, volviendo prioritario mejorar el estado y funcionamiento de estas instituciones.

Que los asilos de ancianos del presente configuren espacios de confinamiento y muerte social, donde los envejecidos institucionalizados se encuentran al margen de la sociedad, la toma de decisiones y la consideración pública, más allá de hacer de estas instituciones espacios poco gratos y saludables para los envejecidos, vuelve a los asilos de ancianos espacios en los que “acontece el anonimato”, la nulidad social, cultural, económica, política e histórica del sector envejecido, situación que termina afectando severamente la estabilidad emocional y psicológica de los ancianos, dado que al no sentirse parte de la sociedad se adentran en estadios anómicos que hacen del asilamiento una experiencia negativa para los ancianos que la experimentan.

El hecho de que la mayor parte de los ancianos internos del asilo Adela Martínez exprese sentirse triste, deprimido, abandonado, ejemplifica lo que envejecer en los establecimientos asilares significa para los envejecidos institucionalizados, quienes una

vez internados extravían tanto su rol como estatus social, dado que al localizarse en un espacio cerrado, que los confina en la sujeción social, muestra cómo la función sociocultural actual de las instituciones asilares termina por condenar a los ancianos a la no-existencia, dado que al localizarse en un espacio que impide el pleno ejercicio de sus derechos, vuelve a los envejecidos invisibles ante la mirada comunal, situación que hace del proceso de asilamiento uno de los más complicados y adversos que pueden enfrentar los sujetos al lograr edades avanzadas.

Las evocaciones inmemoriales, de olvido, que los internos del asilo Adela Martínez emplean para sobrellevar la institucionalización, dejan entrever cómo el proceso de asilamiento altera por completo la existencia y la calidad de vida de los ancianos, quienes, derivado del internamiento, experimentan múltiples rupturas y desvinculaciones que afectan su bienestar a nivel global (social, físico, psicológico). La recurrencia al olvido como mecanismo de adaptación y supervivencia cotidiana por parte de los ancianos, revela las deficiencias en la función sociocultural de los establecimientos asilares de la época contemporánea, donde estos, al privar a los mayores de ejercer un rol social, cultural, económico, político e histórico, los orilla a la evasión de la realidad mediante el olvido, y las benevolencias inmemoriales de este elemento, en el que encuentran refugio de las peripecias que el encierro les provoca.

El hecho de que gran parte de los entrevistados exprese y demuestre incomodidad de encontrarse institucionalizado, es congruente con las evocaciones de olvido que los ancianos emplean para aminorar las incomodidades y malestares del asilamiento, proceso que como se ha descrito, representa para los envejecidos una ruptura vital que repercute en su calidad de vida, lo que vuelve prioritario cambiar la función sociocultural de los establecimientos asilares, donde los mayores puedan continuar desarrollándose y formando parte de las esferas que estructuran la sociedad.

Una política integral que responda de manera cabal a las necesidades del sector sería impensable si no considera la participación de los ancianos asilados en la construcción de la realidad, sea en términos sociales, culturales, económicos y políticos que promueva su derecho al desarrollo personal y a continuar cultivando sus

facultades. De esta forma, que las instituciones asilares se vinculen a las dinámicas socioculturales de la comunidad resultaría fundamental para la modificación de la función sociocultural de estos establecimientos. La incursión de los ancianos desde el espacio asilar en las esferas que estructuran la sociedad significaría incluirlos en la vida comunitaria y en la conciencia subjetiva de la sociedad no envejecida.

En el caso del asilo rural Adela Martínez, dicha inclusión en el ámbito público podría originarse desde el plano cultural, que el total de los ancianos asilados sea adepto a la religión católica, abre una ventana de oportunidad para la incursión del asilo en términos culturales, a partir de la enseñanza de preceptos religiosos a las nuevas generaciones. Que se promueva y apoye a que los envejecidos institucionalizados abran sesiones preparativas para ritos de paso e iniciación católica (catecismo, comunión), ello permitiría fomentar lazos intergeneracionales y abrir las puertas del asilo al público en general rompiendo las dinámicas de monotonía y repetición que imperan en el espacio asilar, volviendo a los asilos espacios dinámicos alejados de la rutina perpetua.

Del mismo modo puede promoverse la vinculación social del asilo rural Adela Martínez con la sociedad, a partir estrategias de vinculación con las casas de estudio locales (CET, CBTIS), donde estudiantes acudan al establecimiento asilar en calidad de Servicio Social (a hacer compañía a los ancianos para aminorar los estadios anómicos originados por el asilamiento), situación que más allá de coadyuvar a la mejora de la calidad de vida de los ancianos, los haría visibles socioculturalmente, y permitiría a los jóvenes comprender lo que el envejecimiento significa, promoviendo la empatía de la sociedad no anciana hacia la vejez e incidiendo en una cultura de respeto a la comunidad envejecida. Cabe destacar que investigaciones gerontológicas indican que los ancianos que participan en las dinámicas sociales e interactúan con otros grupos poblacionales, presentan mayores grados de satisfacción con su edad, y mantienen un mejor estado físico y anímico (Mishara y Riedel, 2000). Esta experiencia investigada hace plausible la implementación de este tipo de estrategias para la mejora del envejecimiento en las instituciones asilares.

La promoción de actividades y contactos sociales de los ancianos institucionalizados con la sociedad disminuiría el impacto de las duras condiciones de asilamiento y nulidad sociocultural en que se encuentran los envejecidos internados del presente, reduciendo las sensaciones de tristeza, depresión, abandono, olvido con las que perviven comúnmente. Por tanto, la generación de alternativas como la enseñanza e impartición sesiones de contenido religioso y el servicio social de estudiantes en las instituciones asilares para el fomento de relaciones intergeneracionales, apoyaría a la incursión de los ancianos asilados en los terrenos públicos y comunitarios. Acciones que configurarían un acceso a la vida pública y sociocultural de los internados, transformando de igual manera la función sociocultural de los establecimientos asilares, que, al romper su modalidad asistencialista limitada a brindar atención y cuidado a los ancianos, pasaría a ser un espacio de participación y colaboración en el que los envejecidos romperían esa frontera simbólica de nulidad, y vacío social en que se localizan.

De esta manera, promover acciones que vinculen y permitan la incursión de los ancianos asilados en la sociedad, partir de actividades de servicio, permitiría de manera ulterior, abrir más y mayores alternativas de participación, expandiendo la función de las instituciones asilares a otros terrenos públicos, que bien podrían ser económicos y políticos, donde los envejecidos puedan ejercer de manera plena su derecho a la participación, la libre asociación y a continuar siendo parte de la vida comunitaria, transformando al espacio asilar de un espacio de muerte y clausura vital a un espacio de incursión histórica, en que los envejecidos puedan acceder a un proceso de envejecimiento activo y saludable.

Medidas que más allá de dignificar la vida de los ancianos institucionalizados y modificar el papel sociocultural de los asilos de ancianos, permitiría a la sociedad aprovechar la instrucción, el conocimiento y la experiencia de los sujetos envejecidos, quienes históricamente han sido los portadores indiscutibles de la historia oral, las viejas costumbres, las antiguas tradiciones y el conocimiento cultural, así como de los elementos que dotan de identidad a la sociedad, que sumado a décadas de experiencia

técnica, laboral y profesional, de considerarse, haría de la población envejecida un grupo de gran valía, que pese a encontrarse institucionalizado puede ser aprovechado socioculturalmente para incidir positivamente en la transformación de la realidad social.

Por último, cabe destacar, que transformar la función sociocultural de las instituciones asilares, de espacios de confinamiento y muerte social a espacios de interacción sociocultural y participación pública, permitiría hacer de los asilos de ancianos establecimientos activos que garanticen el bienestar de los envejecidos en términos sociales, culturales, económicos, políticos e históricos, desprendiendo con ello a los ancianos institucionalizados del estadio de olvido social en que ahora se encuentran, elevando paralelamente su calidad de vida al permitirles ser parte de la comunidad, la toma de decisiones, el ejercicio de sus derechos y continuar desarrollando sus facultades. Los ancianos asilados pueden contribuir con su instrucción profesional, conocimiento vital y experiencia cultural a la sociedad en general, especialmente a las generaciones jóvenes.

Desterrar a los ancianos asilados de la condición de olvido social, posibilitaría el surgimiento de una figura asilar distinta, que propicie la inclusión y participación de los envejecidos en las estructuras que conforman la sociedad, volviendo a las instituciones asilares un espacio propicio para el envejecimiento digno, y una verdadera alternativa para los sujetos que se aproximan a la vejez. Que los asilos de ancianos sean instituciones con preponderancia en la realidad, colocaría a los envejecidos como sujetos de derecho, como actores sociales, alejados del anonimato en que ahora se localizan. El bienestar de nuestros viejos es el bienestar común, lograrlo concierne a la sociedad global; “a los viejitos aquí encerrados, parece que nos olvidan, que ya no se acuerdan de nosotros... pero estamos aquí vivos, esperando a ver qué pasa”. “Porque morir no duele, lo que duele es el olvido”, sentencia el poeta rebelde.

BIBLIOGRAFÍA

- Albarrán, B. (2016). *La vida itinerante. Entre el trabajo, la escuela y la esperanza*. México: Castellanos Editores.
- Ander-Egg, E. (2010). *Cómo envejecer sin ser viejo*. Madrid: CCS.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*, Barcelona: Paidós.
- Arias, P. (2011). La fiesta patronal en transformación: significados y tensiones en las regiones migratorias. *Migración y desarrollo*,9(16), 147-180.
- Aristóteles. (2007). *Ética nicomáquea*. Barcelona: Gredos.
- Asili, N. (Comp.) (2004). *Vida plena en la vejez: un enfoque multidisciplinario*. México: Pax.
- Augé, M. (2016). *El tiempo sin edad. Etnología de sí mismo*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Augé, M. (2007a). *El oficio de antropólogo: sentido y libertad*. Barcelona: Gedisa.
- Augé M. (2007b). *Por una antropología de la movilidad*. Barcelona: Gedisa.
- Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Gedisa,
- Augé, M. (1992). *Los «no lugares» espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa.
- Banco de México. (2019). Sistema de Información Económica. México: BANXICO. Recuperado de <https://www.banxico.org.mx/SieInternet/consultarDirectorioInternetAction.do?sector=1&accion=consultarCuadroAnalitico&idCuadro=CA79&locale=es>

- Barenys, M. (1992). *Las residencias de ancianos y su significado sociológico*. Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de <http://www.siiis.net/documentos/ficha/53021.pdf>
- Bartra, A. (2003). *Cosechas de ira. Economía política de la contrarreforma agraria*. México:ITACA/Instituto Maya.
- Bazo, M. (1991). Institucionalización de personas ancianas: un reto sociológico. *Reis*, 149-164.
- Becerril, M., Godoy, Z., Pérez, N., y Moreno, G. (2007). Opinión del adulto mayor con relación a su estancia en un asilo. *Revista de Enfermería del Instituto Mexicano del Seguro Social*, 15(1), 33-37.
- Benjamin, W. (1994). *Discursos interrumpidos*. México: Planeta.
- Bloch, E. (2007). *El principio esperanza*. España: Trotta.
- Castañeda, J. (2009). *Vejez, dependencia y salud*. México: Pirámide.
- Cicerón, M. T. (2008). *Acerca de la vejez*, (Vol. 22). Ediciones Rialp.
- Contreras, E. El envejecimiento demográfico en México y su impacto en el sector salud. 2030-2050 (Tesis de licenciatura). México: UAEM.
- Cordero, L., Cabanillas, S., y Lerchundi, G. (2003). *Trabajo Social con adultos mayores*. Espacio Editorial.
- Dallal, E. (2003). *De la edad adulta a la vejez*. México: Plaza y Valdez.
- De la Serna, I. (2003). *La vejez desconocida. Una mirada desde la biología a la cultura*. Madrid: Díaz de Santos.

Fericgla, J. (2002). *Envejecer, una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Heder.

Foucault, M. (2012). *El poder Psiquiátrico*. México: FCE.

Foucault M. (2009). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.

Galindo, J. (1998). *Técnicas de investigación. En sociedad, cultura y comunicación*. México, Addison Wesley.

García, C. (2006). *Los derechos y los años. Otro modo de pensar y hacer política en Latinoamérica: los adultos mayores*. México: Plaza y Valdez

Geertz, C. (1991). *La interpretación de las culturas*. México: Gedisa.

Goffman, E. (2001). *Internados*. Argentina: Amorrortu.

González, K. (2015). *Envejecimiento demográfico en México: análisis comparativo entre las entidades federativas. La situación demográfica de México* (pp. 113-129). México: Consejo Nacional de Población.

Guber, R. (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Halbwachs, M. (1990). *Espacio y memoria colectiva. Estudios sobre las culturas contemporáneas*, 3(9), 11-40.

Ham, R. (2003). Enfoques y perspectivas sobre el envejecimiento en México. En: Salgado de Snyder y Wong, R. (Eds.) *Envejeciendo en la pobreza: género, salud y calidad de vida*(pp. 81-96). México: Instituto Nacional de Salud Pública.

Hegel, G. W. F. (2017). *Fenomenología del espíritu*. México: Fondo de cultura económica.

- INEGI. (2019). Desciende la proporción de personas menores de 15 años de 27.5% en 2014 a 25.3% en 2018: ENADID 2018. Comunicado de Prensa 244/19. INEGI: México. Recuperado de: <https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2019/EstSociodem/ENADID2018>.
- Instituto Nacional de Salud Pública. (2007). *Diagnóstico de las condiciones de vida y bienestar del adulto mayor y evaluación del programa "para vivir mejor"*. Guerrero: INSP.
- Laforest J.(1991). *Introducción a la gerontología. El arte de envejecer*. Barcelona: Heder.
- Marmolejo, I. (2008). *Maltrato de las personas mayores en la familia en España*. Fundación de la Comunidad Valenciana para el estudio de la violencia (Centro Reina Sofía).
- Maroto, M., y Cáceres, C. (2014). *Teorías psicosociales del envejecimiento*. Escuela Universitaria de Enfermería. Universidad Autónoma de Madrid.
- Martínez, F. T. (2012). Fenomenología como método de investigación: Una opción para el profesional de enfermería. *Revista de Enfermería Neurológica*, 11(2), 98-101.
- Mayora, F., Rojas, N., y García, M. (2012). La disciplina escolar a partir de los registros diarios de clase en una escuela venezolana. *Revista de Investigación*, 36(75).
- Mallimaci, F., y Giménez, V. (2006). Historias de vida y método biográfico. En Vasilachis, I. (Coord.) *Estrategias de investigación cualitativa* (pp. 23-60). Argentina: Gedisa.
- Mendoza, J. (2007). Reconstruyendo la guerra sucia en México: del olvido social a la memoria colectiva. *Revista Electrónica de Psicología Política*, 5(15).

- Mishara, B. y Riedel, R.(2000). *El proceso de envejecimiento*. Madrid: Morata.
- Montes de Oca, V. (2013). La discriminación hacia la vejez en la ciudad de México: contrastes sociopolíticos y jurídicos a nivel nacional y local.*Perspectivas sociales= Social Perspectives*,15(1), 47-80.
- Montes de Oca, V., y Sáenz, R. (2012). Cuidado a la salud en la vejez y recursos familiares transnacionales en México y Estados Unidos. *Revista de Psicología*,9(19), 85-102.
- Moragas, R. (2004). *Gerontología social, envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona: Heder.
- Osorio, F. (1998). *El método fenomenológico*.Cinta de Moebio.
- Nietzsche, F. (2014).*Lagenealogía de la moral*. Madrid: Alianza editorial.
- Nocedo, I., Castellanos, B., García, G., Addine, F., González, C., Gort, M., Ruiz, A., Minujín, A. y Valera, E. (2002). *Metodología de la investigación educacional*. La Habana: Pueblo Educación.
- Papalia,D., Sterns, L., Harvey, F.,Duskein, R., y Cameron, J. (2003).*Desarrollo del adulto y vejez*. Madrid: Mc Grow Hill.
- Pelcastre, B., y Márquez, M. (2006). El significado de la vejez en adultos mayores que viven en condiciones de pobreza extrema de cuatro ciudades del país. En: Salgado y Wong (Eds.)*Envejecimiento, pobreza y salud en población urbana: Un estudio en cuatro ciudades de México* (pp. 135-154). México. Instituto Nacional de Salud Pública.
- Pineda K. y Elvira E. (2013). Representaciones y significados en la relación espacio-sociedad: una reflexión teórica *Sociológica*, 28(78).

- Parales, J., y Ruiz, D. (2002). La construcción social del envejecimiento y de la vejez: un análisis discursivo en prensa escrita. *Revista latinoamericana de Psicología*, 1(1), 107-121.
- Papalia, D., Sterns, L., Harvey, F., Duskein, R., y Cameron, J. (2003). *Desarrollo del adulto y vejez*. Madrid: Mc Grow Hill.
- Polivanoff, S. (2011). "Historia, olvido y perdón. Nietzsche y Ricoeur: apertura de la memoria y el olvido a la vida", *El Tábano*, (7), 82-101.
- Ricoeur, P. (2000). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: FCE,
- Ricoeur, P., y Aranzueque, G. (1998). *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid: Arrecife.
- Robles, L., Vázquez, F., Reyes, L., y Orozco, I. (2006). *Miradas sobre la vejez. Un enfoque antropológico*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte, Plaza y Valdés.
- Sáez, N., Aleixandre, M., De Vicente, P., Meléndez, C., y Villanueva, I. (1993). *Cambio y socialización en la tercera edad. Investigaciones psicológicas*, (12), 129-152.
- Schaie, W., y Willis, L. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*.
- Simmel, G. (2015). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Schutz A. (1962). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Taylor, S., y Bogdan, R. (2013). *Introducción a los métodos cualitativos de investigación, la búsqueda de significados*. España: Paidós.
- Todorov, E. (2009). *La memoria, ¿un remedio contra el mal?* Barcelona: Arcadia.

Turner, W. (1999): *La selva de los símbolos: Aspectos del ritual ndembu*, México, Siglo XXI.

Vendrell, J. (2009). ¿Corregir el cuerpo o cambiar el sistema? La transexualidad ante el orden de género. *Sociológica*, 24(69), 61-78.

Warman, A. (2001). *El campo mexicano en el siglo XX*. México: FCE

Warner, K., y Willis, S. (2003). *Psicología de la edad adulta y la vejez*. Puerto Rico: Editorial Universitaria.